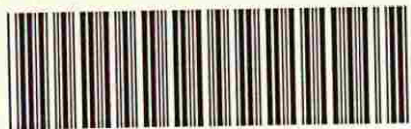


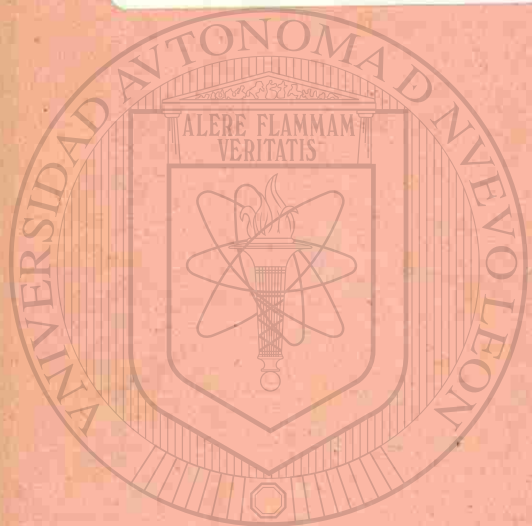
CCI

LOS
ANGELES

PQ4683
.A3
A48
v. 2



1020027096



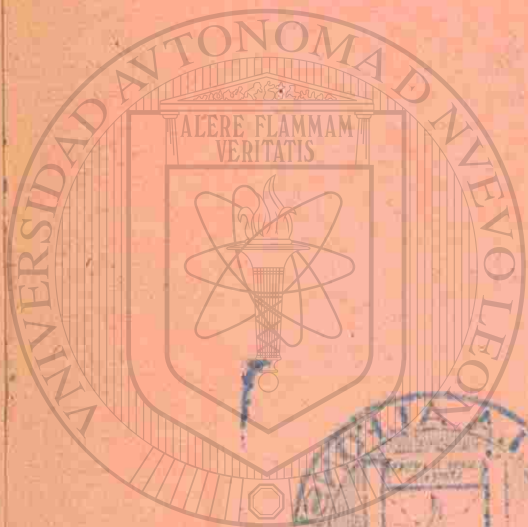
UANL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
RICARDO COVARRUBIAS





U A N L

LOS AMIGOS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
FONDO
RICHARDO COVARRUBIAS DONADIA
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. 177,604
Núm. Autor AS 16 a
Núm. Arg. 31040 R
Procedencia -8-
Fecha
Clasific. [signature]
Catalogo [signature]

OBRAS DE D. H. GINER DE LOS RIOS

EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

- El Colegio de Bolonia*, (en colab.), obra ilustrada, ptas. 6,50
Filosofía y Arte, con un prólogo de D. N. Salmeron, 3,50
Elementos de Filosofía moral, para la 2.ª enseñanza.—(Agotada)
Biología y Ética, (2.ª ed.), para la 2.ª enseñanza, 3.
Programa de Filosofía moral.—(Agotada).
Programa de Psicología, Lógica y Ética, 1.
Programa de Biología y Antropología, 1.
Proyecto para el ingreso en el Profesorado libre, etc.—(Agot.).
Teoría del Arte e Historia de las Bellas Artes en la antigüedad,
 con un Programa de Arte y su historia, 1,50.
La Enseñanza obligatoria, trad. de Tiberghien (2.ª ed.), 2,50.
Moral elemental para las escuelas, id. de id., 2,50.
Krause y Spencer, id. de id., con una biografía del autor, 2.
Mendelssohn, id., con una *Historia abreviada de la música*, 1.
Paris en América, por Laboulaye. id. (2.ª ed., Gaspar), 1,25
Discordia entre la Iglesia y la Italia, trad. del italiano, 2,50.
Pío IX y su sucesor, por Bonghi, trad. del italiano, 3.
Leon XIII y la Italia, por el mismo, id. id., 2.
Poesías de Rios Rosas, publicadas por H. G.—(Agotada).
Fragmentos, retratos y traducciones, por H. G.—(Agotada).
 Amicis.—1870 y 1871, *Recuerdos*; un vol., ptas. 3.
 Amicis.—*Constantinopla*; 2 tomos, 5.
 Amicis.—*Holanda* (en colaboración), un vol., 4.
 Amicis.—*La vida militar, Bocetos*; un vol., 3.
 Amicis.—*La vida militar, Nuevos bocetos*; un vol., 3.
 Amicis.—*Novelas*; un vol., 3.
 Amicis.—*Páginas sueltas*; un vol., 3.
 Amicis.—*Retratos literarios*; un vol., 3.
 Amicis.—*España*; un vol. 3,50.
 Amicis.—*Italia*; 2 tomos 6.
 Rios Rosas, *Poesías* (2.ª ed.)—Un vol.
 Amicis.—*Los Amigos*. 3 vol.

- Milton*, drama en un acto, original y en verso, 1.
Historia de un crimen, drama en tres actos y en prosa, 2.
A tiempo, comedia en un acto y en verso (en colab.), 1.
El último sacrificio, drama en un acto y en verso (id.), 1.
Los parientes del difunto, sainete lírico y en verso (id.), 1.
En busca de protección, juguete original en verso (id.), 1.
Fiera domada, diálogo en un acto y en verso (id.), 1.

EN PRENSA

Amicis.—*Poesías*.

EN PREPARACION

- Estudios*.—*Piamòres*.—*Crítica*.
Lógica, para la 2.ª enseñanza.
Obras completas de Rios Rosas.

OBRAS DE AMICIS

LOS AMIGOS

TRADUCCION DEL ITALIANO

DE

H. GINER DE LOS RIOS

(segunda edicion)



MADRID

IMPRENTA DE A. J. ALARIA

15, Estrella.—Cueva 12

98004

31040

853

A.

PQ 4683

A3

A38
2



ALERE FLAMMAM
VERITATIS

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
ES PROPIEDAD. — 1885

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.



EL REVERSO DE LA MEDALLA

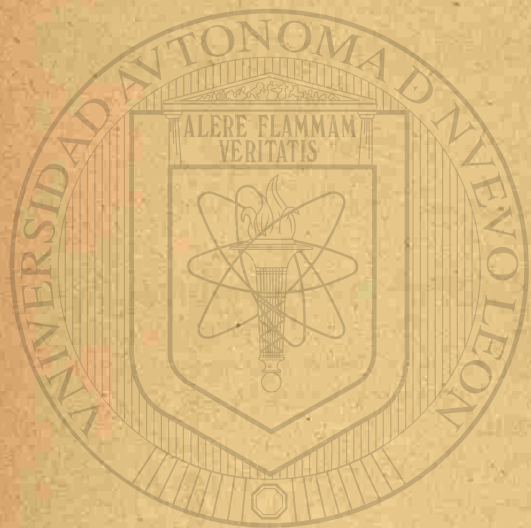
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

11.—OB. DE AMICIS.

I



EL REVERSO DE LA MEDALLA

(INTERMEDIOS.)



E leído tus primeros capítulos: no estamos de acuerdo. Tendré un alma baja... (Un gran escritor ha dicho que el no ser inclinado á la amistad, es signo de alma baja.)

Yo no comprendo la amistad, sino como una asociación para reír.

Cualquier otra cosa que se busque fuera de un recreo momentáneo del espíritu, el cual tampoco se encuentra más que rarísimamente, es una ilusión pueril.

La amistad, como vosotros la entendeis, quiere, en uno al ménos de los dos amigos, un grado de perfección moral que el hombre no consigue jamás y solamente el orgullo nos hace creer ó fingir creer posibles.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA
"ALFONSO"
Año. 1920 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Yo sostengo que una gran parte de nuestros males procede de creer en la posibilidad de la amistad; de no tener siempre por ciertísimo que cada cual de aquellos que llamamos amigos, no es otra cosa que una persona que no tiene interés inmediato en perjudicarnos, pero que nos perjudicará sin la menor duda cuando esto le reporte algun beneficio; ó un hombre en el cual, la ventaja ó el placer que puede obtener de nuestra compañía es momentáneamente más fuerte que la natural aversion que le inspiramos.

Mi palabra es la de Aristóteles:

—¡Oh, amigos míos! No seamos amigos.

No; yo juraría que Orestes y Píldes se despellejaban mutuamente.

¿Apostamos algo á que hacemos decir en una hora, á cualquiera que sea, de modo expreso ó tácito, alguna cosa atrocemente injuriosa para su amigo más íntimo?

Tengo por firme que en la vida de dos amigos, aunque estrechísimos, son más los momentos en que se detestan y se harían daño, si pudieran, que los momentos en que se quieren bien. Considero como un teorema de razon que nadie encuentra más que disgusto de la ventaja ajena, cuando esta no le promete utilidad alguna.

Creo que un hombre sea tanto más feliz cuanto ménos necesidad tiene, por índole ó por estado, de lo que suele llamarse amistad.

Por esto el diálogo *De la amistad* de Ciceron me parece una tirada interminable indigna de un filósofo; y creo que aquel escéptico de Montaigne engaña al mundo cuando se muestra apasionado por su amigo predilecto "predestinado por el cielo."

Un astrónomo poeta ha imaginado, yo no sé en qué planeta de la constelacion del Cisne, una raza de hombres vegetales arrancados de la tierra; pues bien, aquellas pobres criaturas me han parecido siempre los seres más infelices del universo sideral, por la sola razon de que no pueden huir de sus propios amigos.

Dirás que ennegrezco la cosa. Pero esto no quiere decir que sea falso.

Tú habrás sido afortunado. Yo no puedo hacer más, siquiera la modesta sentencia de aquel antiguo:

—¡Felices quienes han encontrado en su vida, al ménos, la sombra de un amigo!

Yo siempre me he encontrado solo. De los que se han llamado amigos, jamás ha recibido otra cosa que disgustos.

De muchacho, me robaban los cuadernos y los

compases; de jóven, las amantes, y de hombre maduro, las últimas ilusiones que me quedaban acerca de la naturaleza humana.

Jamás he tenido una fortuna en el mundo, á la cual haya podido juntar la satisfaccion de ver sobre la maldita faz de uno solo de ellos una expresion de complacencia, y jamás me ha caído encima una desgracia, que no se me haya hecho más dolorosa al ver una mitad de mis *amigos* indiferentes y la otra mitad satisfecha.

Estoy cierto como de la luz del día, que si una desgracia me echase al suelo mañana, todos me volverían la espalda y que aquellos que se vieran obligados á ayudarme, me cobrarían ódio.

He hecho juramento solemne de no pedir nada á ninguno, en ningun caso, porque cualquier dolor que deba padecer en mi soledad, me parecería más tolerable que la odiosa cara que me harían los amigos á los cuales pidiera socorro.

Me observarás que, no obstante esto, yo frecuento los *amigos*; lo cual quiere decir que no puedo hacer otra cosa. Así como no puedo prescindir del periódico y del café. Soy hombre; tengo necesidad de hablar y de oír hablar; práctico los *amigos* para aprender el difícil arte de guardarme.

Pero me *uno* con ellos; no me *combino*. Y si algu-

nas veces me alegran, no los aprecio por esto, como no amo á los profesores de una orquesta porque me hayan divertido con un buen trozo de ópera bufa.

En nuestro comercio, no tiene nada que hacer aquella grosera trompa esprimida que se llama corazon y que vosotros mentais con acento dramático con el aire de sacar á colacion una gran cosa.

Yo no ódio á los hombres, porque tengo conciencia de no valer más que los otros y veo con buenos ojos que no me hagan á mí más daño que el que entre ellos se hacen á sí mismos.

Odio aquella su estúpida manía de considerar como un afecto y de hinchar de poesía, el instinto que les impele á asociarse para combatir el enfado y para dar gusto al amor propio.

Los hombres que se llaman *amigos*, me producen el efecto de los periodistas adversarios que se llaman compañeros. Esta ilusion de la amistad, lo echa á perder todo.

No siento nada semejante, á lo que se quiere decir con aquella palabra, sino durante aquel breve período, en el que, la nueva persona conocida, no se atribuye y no me dá todavía el nombre de amigo, y ni uno ni otro lo desea, ni piensa en ello.

Apénas establecida la amistad, salen al campo los derechos, los deberes, la hipocresía, los desengaños

y los disgustos. El propósito estúpido de querer ser amigos es lo que hace nacer en nosotros mil picardías y mil defectos.

Para vivir lo ménos mal que se pueda, no hay más que un camino: sea cualquiera la persona que se nos presente, hacer el propósito de tenerla lo más léjos posible y cambiar los propios pensamientos con tenazas.

Toda otra manera de juzgar y de querer á los amigos, para mí, no procede de otra cosa que de un pueril deseo de ser felices á toda costa.

Se puede—lo concedo—á fuerza de excusar, de perdonar, de mirar las cosas por un solo lado, de restringir todos los días las propias pretensiones, de contentarse con un placer por cada diez amarguras, de engañar á los otros y á uno mismo, y de adiestrarse de mil modos, conservar hasta cierto punto, la ilusion de tener amigos.

Pero es un trabajo ímprobo para el cual no tengo valor para arriesgarme, ni cualidades para salir airoso. Me parece como la diversion del niño que hace comedias con los muñecos para sí solo. Se necesita una fuerza de imaginacion que me falta, un furor de divertirse que no tengo y una paciencia enteramente contraria á mi naturaleza.

Despues de todo esto, comprenderas que tendré

mucho que decir sobre tus retratos de amigos—de los que conozco los originales—y sobre tus placeres de la amistad.

Por no citar otra cosa, te observaré que has presentado casi todos tus personajes de perfil, de modo que escondan sus facciones más repugnantes y particularmente aquellos defectos, que en mi concepto, hacen imposible la amistad. Me permitiré volverte cualquiera del otro lado.

Tu amigo *domador*, por ejemplo, será un hombre rigurosamente lógico, pero es tambien un terrible avaro que no daría una peseta al salvador de su madre.

¡Qué quieres! Para mí un hombre que lee los periódicos de la mañana en los puestos de los vendedores, pasando las hojas con el puño del baston y que si le pides un cigarro, fija en tí, ántes de dárte-lo, una mirada felina y acompaña despues con los ojos las espirales del humo, sin hablar durante una hora, no puede ser un amigo.

Yo he roto para siempre con él, durante nuestro viaje á Suiza, despues de una suciedad que me hizo en la fonda, porque limpiaba el cepillo de los cabellos sobre mis pantalones de paño. ¡Ese pordio-sero que invita á comer á los amigos y pone en la mesa tres tordos para nueve personas!

También has olvidado citar esto, en medio de los otros placeres de la amistad.

Pues bien; el día en que me vea acosado por el hambre, haré con él el experimento que aconseja Sócrates: iré á pedirle veinte duros con un sollozo comprimido, en presencia de veinte personas, pero solamente para procurarme el placer de ver lívida y descompuesta su cara, como la de un condenado á muerte al primer aspecto del patíbulo.

Tomas por un caballero de buena fé á un "violento."

No contesto. Pero no digiste todos sus defectos. Hé aquí otro "placer de la amistad".

Un amigo que te se echa encima de repente como una apoplejía, en el sosiego del retiro, sienta sus reales en tu casa durante una semana, cambia la colocación de los muebles, apesta la estancia con el cigarro. Hace trabajar como esclavos á los criados, atiza la estufa con tus diplomas académicos, ordena las comidas á su manera, regaña á tus chiquillos, critica tu sistema de educación, discute acalorado y gozoso como en la mesa de un café, dá palmaditas en las espaldas de tu mujer, amigablemente, como sobre la grupa de un potro, hace la corte á la señora de la vecindad, como un cadete, comprometiéndote con su marido, persigue al aya

por los corredores á la una de la mañana, y después se vá de mal humor por haber descuidado sus negocios durante siete días, dejándote en casa un par de zapatos viejos que tendrás que mandárselos por el correo y el encargo de mandarle las cartas y periódicos, lo que te dará que hacer durante una semana.

Hiciste gustoso el retrato del amigo "conciliador;" pero callaste el defecto, ó mejor, la enfermedad horrible que le devora y que le hace insoportable: el creerse un admirable compositor de novelas, y querer á todo trance que los amigos lo celebren en este sentido.

Modesto y sensato en todo lo demás, es insufrible en este orden de ideas.

Es uno de aquellos apasionados *dilettanti* del arte, que los hay en las letras como en la música, á los cuales, un conjunto inexplicable de circunstancias y de accidentes favorables, tiene oculta, desde la infancia hasta su más avanzada edad, la inmensidad de su propia incapacidad.

Hé aquí un problema psicológico, interesante de resolver al que estudia la amistad.

Sería caridad, lealtad, por un lado, el decir al amigo:—"Eres un bruto; deja de importunarme, y de hacer que se rían de tí;"—y de otra parte, repugna quitarle bruscamente aquella ilusión que

le tiene tan contento de sí, y de aquí que esté siempre amable y generoso.

Pero, ¿es justo, despues, que por no irritar su bondad, deba yo condenar la mía al suplicio y esté obligado á mentir vilmente toda la vida y parecer más estúpido de lo que soy, por mantenerlo en la ilusion de ser ménos bruto de lo que es?

He olvidado tambien poner esta situacion entre los otros "placeros de la amistad."

A otro, al amigo "diplomático" lo presenté tambien favorablemente; pero te he callado y no he querido decir de él este importantísimo particular: que es embustero como un ladron.

Es el Lelio de Goldoni, sin ingénio; el engaño que hace éste con un soneto de Florindo, lo haría aquél con el poema de Ariosto. No diría una verdad, aunque supiese que en ello vá la salvacion de la pátria. Miente, niega haber mentido, sostiene no haber negado, y despues vuelve á negar, para volver á desmentir la negacion. Nos quiere hacer tragar bolas como si tuviéramos un estómago de hierro.

Y hace nacer entre los amigos tales complicaciones de errores, forma tales enredos de engaños, que tenemos todos que trabajar de continuo para desenredarlos, y tras de esto, disensiones, y las

discordias que se producen en el círculo tienen origen en su malvada boca; y casi no tiene culpa de ello; no puede decir la verdad, porque no la piensa; quiero decir, que la verdad y la mentira giran siempre dentro de su cerebro, con tal rapidez, que se confunden y no puede ya distinguir la una de la otra.

Pero es una cosa que revuelve el estómago, para los demás; y tú debes contar tambien este suplicio entre los placeros de la amistad tener que tragar, por respeto á los otros, un original de aquella especie, al cual sería más agradable poderle decir alguna vez en su cara que es la mentira y la impudencia, encarnada y corrompida.

Tengo que volver á hablar tambien del "sabio distraído." A tí te gusta; á mí, donde él está, me parece que no se puede respirar.

El querría convertir el círculo de los amigos en una aula de estudiantes ó un "Ateneo." Para mí un docto que hace gala fuera de lugar y sin oportunidad de su doctrina, es un estúpido.

El hombre de mundo, como ha dicho uno que lo entendía, no debe llevar, en sociedad, el distintivo de ninguna profesion; y mucho ménos, añadir, arrojar sobre los amigos los materiales de su almacen. El "especialista" que abusa de la cortesía de los amigos

por acumular sentencias y exponer disertaciones en la cuales sabe que no puede ser contradicho ni juzgado, es como un extranjero bellaco que aprovecha tu ignorancia para decirte en su propia lengua impertinencias que tú no sospechas y que hacen reír á tus espaldas á otras personas que las comprenden.

Te aseguro que cada vez que abre la boca con aquella sonrisa de catedrático y comienza á escupir su ciencia, me dan ganas de apabullarle el sombrero.

Y lo comprende. No me saluda ya, desde una cierta noche, en la que despues de haberle vuelto á la boca por cuatro veces seguidas, una cita de pedante interesado que quería soltar á toda costa, viendo que volvía á empezar por quinta vez, escapé de pronto con la excusa de un dolor de estómago, por no oír el final de la frase. Las indigestiones forzadas de ciencia cruda; hé aquí otro placer de la amistad que me olvidaba celebrarte.

Otro de los condimentados con salsa dulce es el "amigo camaleon." Tú te engañas increíblemente acerca de él, alma mía. Tú no has visto en él sino "el grande hombre." Pero debes saber que en cada amigo hay tres hombres; aquel que se juzga á primera vista, otro que está detrás de este y que se balancea como un oso, de modo que unas veces se muestra y otras se esconde, haciéndote alternativamente, des-

decir y recomponer el primer juicio, y un tercero, detrás del segundo, inmóvil, pero lejano y por eso no visible sino á los ojos perspicaces, el cual es el hombre verdadero.

Pues bien, el tercer hombre es el amigo de que te hablo; yo lo creo el más frio, el más duro, el más malvadamente egoista de los hombres.

No tengo pruebas de ello; pero estoy seguro como de la fecha del año. No veo en sus ojos de cristal, bajo la sonrisa cortés, la ferocidad de un hombre sin conciencia, que te pondría los piés sobre la garganta en ocasiones, por ganarse un palmo de tierra.

Siento frio en la médula de los huesos estando á su lado. Bajo su capa de honradez se oculta el gérmen de un delincuente.

Sin quererlo, cuando estoy en su compañía, y pasan cerca los guardias de órden público, busco con la mirada su mirada, y remiro todas sus conversaciones, como si tuviese el presentimiento secreto de tenerlas que repetir un día delante de un juez de instruccion.

Pero porque comprende que yo lo comprendo, él es tan cortés conmigo, que no hay manera alguna de romper con él, y estoy obligado á fingir que tengo estimacion por él, bien que cada vez que le alargo la

mano, me viene la idea de arrestarlo. Y este es también un placer delicado de la amistad, que has hecho mal en no decantar con los otros.

Has embellecido también "el amigo de varias caras." Sus comezones, no sé por qué, me producen un dolor sordo en la sien izquierda. Pero cómo aun- que hablando de él, has dejado de citar entre los placeres de la amistad aquel que te procura el que te pide prestado los libros? Dejamos pasar que él tendría necesidad de estar un mes en una cuba de agua de sosa y que su entrada en la casa de un amigo es lo que sería la asomada de un toro en una tienda de quincalla, porque en un cuarto de hora te muda una estufa de un puntapié, te moja una silla con el paraguas, arroja al suelo un album con el codo y destroza la silla en que abandona su cuerpo. Pero no se puede tener amistad con un hombre que se hace prestar libros y periódicos de los amigos, desde un extremo á otro de la ciudad, que se ha hecho una biblioteca á expensas de todos que restituye los libros, cuando no se acuerde uno de ellos, incompletos, averiados, con las frases salientes subrayadas con sus uñas de gavilán y con los márgenes señalados por sus dedos de carbonero; vándalo sucio sin educación, que á cada entrada que hace en mi casa, estoy tentado de ponerle la cuenta de daños y perjuicios.

Ha dicho bien un bibliófilo famoso que después de la polilla, el animal más nocivo para los libros, es el amigo del propietario.

¿Y tú crees posible tener una biblioteca y creer en la amistad? Me parece que sería como poseer tierras y creer todavía en aquella sencillez idílica de los campesinos, en la cual creían los señores franceses antes de la revolución.

Has dado una pincelada de color de rosa al amigo "reducido á mejor condición por el matrimonio."

Yo le daría una pincelada de alguna otra cosa en los ojos.

Otro placer de la amistad: el amigo celoso de su mujer.

Lo es de una manera miserable y vituperable.

Si te ha tocado la calamidad de ir á comer á su casa, habreis visto cómo toda su alma está debajo de la mesa, entre los pies de la señora y la punta de tus botas, y cómo á cada mirada que cambiáis con ella, tiembla de que aquello pueda ser un comentario de los ojos al secreto diálogo de los pies. Habrás visto, en el gabinete, cómo te espía fingiendo leer el periódico; cómo se vale del reflejo de los espejos, para tener ó la vista todos tus movimientos; cómo mide la duración de tus

apretones de manos, cómo se le nubla el semblante, cómo dá vueltas alrededor tuyo, cómo te prueba, cómo te fatiga con aquella mirada incansable de eunuco imbécil y feroz, es cosa de preguntarle de pronto si te tiene en el número de los hombres civilizados ó si te supone un salvaje furioso, augurándole al mismo tiempo que le crecerá sobre la cabeza toda la armazon córnea de un armamento de toro. ¿Te parece que podrá ser un amigo un hombre embrutecido hasta aquel signo del sétimo sacramento?

Has puesto también un poco de poesía sobre el amigo caído en la abyección.

¿Te parece bien hacer por él el oficio de regenerador?

Pero debes saber que se adhiere mejor que una abarca de montañés. Es un tirador formidable, el Guillermo Tell de los billetes de cinco. Nos ha sellado á todos cien veces. Tiene un arte infernal. Esgrime sus peticiones en medio de una conversacion alegre y confidencial, que no despierta la más lejana sóspecha; bruscamente, sin una palabra de prólogo, de modo que no te deja tiempo ni aun para bosquejar la más fácil de aquellas tres ó cuatro frases artificiales, que todos tienen en reserva para dar dignidad á la negativa, en cierta

ocasiones. "Se tira á fondo" con una rapidez que hace imposible la parada.

Y tú has olvidado, precisamente, entre los placeres de la amistad, este dulce consuelo: dar treinta pesetas á un amigo "desgraciado;" el cual te dice con voz apagada que está en ayunas desde hace veinticuatro horas, y la noche del mismo día, desde el paraiso del teatro de la Opera donde tú estás de pié, apretado y sofocado, verlo á él, derecho en una butaca, con aquella cara sonrosada y tranquila, bajo la cual se lee toda la lista de una comida de buen gusto, desde las ostras de Venecia hasta la última copa de licor de los Benedictinos.

Y también se tiene el placer de encontrar á la puerta de nuestra propia casa el coche que te ha dejado el amigo despues de cuatro horas de servicio, dando tu tarjeta al cochero; y dar de dormir á otro "desgraciado" calavera, el cual se vá á la mañana siguiente, llevándose por distraccion la palmatoria, el jabon y un par de zapatillas bordadas.

¿Y por qué no has señalado otros cien pequeños defectos odiosos que hacen á los amigos insupportables? Aquella ridiculez del amigo "mefistofélico," por ejemplo, que ha pronunciado muy bien la *rr*

hasta 1865, y que ha resultado herido de pronto cuando han hecho conde á su tío? Y el maldito vicio del "amigo honorario" que á cada conclusion de período, discurriendo, te dá con la mano un golpe de córte sobre el brazo, con la regularidad de un autómeta, hasta el punto de dejarte un cardenal, despues de media hora de conversacion? ¿Y la grosera costumbre del amigo "narcótico" de poner siempre por delante de la cara de los amigos, discutiendo, el puño del baston que tiene la costumbre de tener en la boca todo el dia? ¿Y el "realista de la amistad" que todas las noches, desde las ocho en adelante, fastidia al prójimo con sus ternezas de veinte céntimos la copa? ¿Y el "bribon amable" que abusa de tu amistad para hacerse presentar á toda Italia? ¿Y aquel otro del amigo *alter ego*, el cual, porque está enfermo y porque te llama su amigo con aquella voz de garrucha de pozo, se cree con derechos de estomagarte á cada paso con la historia de sus cataplasmas y de sus porquerías, pidiendo recetas de medicinas, mientras tendría necesidad de preceptos de galanteo?

Vé, pues, que entre nosotros dos, por lo que se refiere á la amistad, hay un abismo. Tú vives de ella, y yo si estuviera obligado á necesitarla para vivir, reventaría. Tú evocas continuamente las imá-

genes de los amigos lejanos, yo trato de olvidarlos, y no hay cosa más desagradable para mí que el ver presentármese por delante de pronto uno á quien creía haber olvidado para siempre.

Cada vez que me sale al encuentro un amigo, me preparo á recibir un disgusto. Cada vez que uno de ellos me hace una demostracion afectuosa, busco en seguida con inquietud, qué mal puede haberme hecho sin yo saberlo, del cual él sienta remordimiento, ó qué inoportunidad podrá meditar inferirme en la primera ocasion.

La dureza de las maneras, en los amigos, me impulsan inmediatamente á la revancha brutal, y su cortesia me deja en el ánimo un sentimiento molesto, semejante á aquello que se experimenta en el paladar cuando se ha tomado un jarabe.

Considero afortunados los días que puedo pasar enteros sin sentir necesidad de la compañía de un amigo.

Estimo el hacer un viaje con uno de ellos como hacer una marcha forzada con los zapatos cortos. No convido á comer á los amigos, porque el estar junto á ellos en la mesa, representa para mí una intimidad de pensamientos y de sentimientos que no existe entre nosotros, y el estar sin ella, me parece una profanacion de la mesa de familia.

No hago depositario á ningun amigo de mis afectos ni de mis secretos, porque entre aquellos cajeros de la amistad á los cuales he confiado alguna cosa en el curso de mi vida, se han ido todos llevándose hasta los libros.

En suma, no creo en los amigos. Deseo su bien no obstante; no porque lo merezcan, sino porque comprendo que habrá siempre meaos daño que temer de la gente contenta, que de la gente descontenta de sus hechos.

Pero el concepto que tengo de la amistad y de ellos, es inmutable, y se puede expresar en el acróstico de sus nombres.

Amici (amigos), ó sea: A, *Astio* (odio); M, *Maledicenza* (maledicencia); I, *Invidia* (envidia); C, *Caballa* (farsa); I, *Ipocricia* (hipocresia).

Añado una sola cosa para ser franco, y es que no te excluyo de la familia de los amigos que he descrito.

Salud.

Gracias.



CÓMO NACEN LAS AMISTADES



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No hago depositario á ningun amigo de mis afectos ni de mis secretos, porque entre aquellos cajeros de la amistad á los cuales he confiado alguna cosa en el curso de mi vida, se han ido todos llevándose hasta los libros.

En suma, no creo en los amigos. Deseo su bien no obstante; no porque lo merezcan, sino porque comprendo que habrá siempre meaos daño que temer de la gente contenta, que de la gente descontenta de sus hechos.

Pero el concepto que tengo de la amistad y de ellos, es inmutable, y se puede expresar en el acróstico de sus nombres.

Amici (amigos), ó sea: A, *Astio* (odio); M, *Maledicenza* (maledicencia); I, *Invidia* (envidia); C, *Caballa* (farsa); I, *Ipocricia* (hipocresia).

Añado una sola cosa para ser franco, y es que no te excluyo de la familia de los amigos que he descrito.

Salud.

Gracias.



CÓMO NACEN LAS AMISTADES





CÓMO NACEN LAS AMISTADES



As amistades son como los matrimonios, de cada diez, se hace uno por amor.

La elección, ante todas cosas, no es enteramente libre: una parte de nuestros amigos proceden de la escuela, otros los debemos á otros amigos, otros nos han sido impuestos por nuestra profesion. Sólo un pequeño número nos hemos buscado nosotros mismos; sin embargo, si queremos ser sinceros, ¡qué raros son aquellos hácia los cuales hemos tenido un sentimiento puro de simpatía!

Nos produciría rubor á casi todos si, en aquellos cuya amistad hemos solicitado, aparentando responder á un impulso generoso del alma, llegáramos á descubrir que respondíamos á móviles interesados. Buscamos al uno para precaver una enemistad,

de la cual no nos podríamos evadir: al otro, porque, envidiosos de él, esperábamos que, conociendo más á fondo el objeto de nuestra envidia, aliviábamos nuestro tormento en la parte que la imaginación le aumentaba; éste, una amistad superficial que pueda llevarse á la manera de una pluma en el sombrero, para servirse de aquella como de escalon para llegar á otra más alta; quién, para recrearse secretamente con sus célebres ridiculeces; quién, por llenar de la mejor manera el vacío pasajero dejado en nuestra vida por otros amigos; quién para matar en su origen una aversión que acaba siempre por declararse entre dos hombres que se encuentran á menudo y no se abordan jamás, por no querer ninguno de los dos dar el primer paso; aversiones que nacen de una mera sospecha recíproca.

El origen de casi todas nuestras amistades, áun las más queridas, ha sido una necesidad ó un interés; y las dos han comenzado con aquellas mismas insipidísimas frases:

—Soy muy dichoso por haber trabado conocimiento con V.

—La fortuna es mía.

Sólo un pequeño número son amigos de aventura, que meten un poco de novela, en medio de la

historia uniforme de los demás: amigos caídos repentinamente en nuestra vida, por el camino, en la confusión nacida de una desgracia, en un lugar desierto y triste, en frente de un peligro, ante un espectáculo sublime, tremendo ó soberanamente ridículo, en uno de aquellos momentos en que se abre el alma y se ven unos á otros hasta lo más profundo y se leen en la cara.

Hay también casos, en los cuales no sabemos ni cuándo ni cómo ha nacido la amistad: hemos olvidado el sitio, los presentadores, la primera impresión; nos los encontramos allí, entre los demás amigos, sin historia, sin fecha, sin sello de origen, como larvas salidas de la tierra.

Pero cómo tienen principio las amistades verdaderamente afectuosas, y cómo llegan hasta lo profundo del alma, es bien difícil de señalarse. Aquí, la variedad de los casos es realmente admirable.

El mecanismo de nuestros sentidos es tan complejo y tan delicado, expuesto á tantas influencias y sugeto á tantas alteraciones, que son poquísimas, entre nuestras amistades, aquellas que tienen un origen sencillo y limpio.

Nacen de contrastes raros de pasiones, de accidentes, en apariencias fútiles, de circunstancias que debían producir racionalmente efectos en un todo con-

trarios, de caprichos de la fantasía, de mil razones extraordinarias é imposibles de prever, como nace el amor.

Ved á vuestros más íntimos amigos. Habrá que buscar mucho tiempo para encontrar ejemplos curiosos.

Con uno os habeis encontrado desde un principio en una casa ó en un círculo de conocimientos comunes, ó en frente del mundo, en una condicion, de rivalidad indeterminada, como es frecuente entre jóvenes de un mismo círculo; y habeis empezado por detestaros fierísimamente.

Pero despues, tan ambicioso y tan orgulloso uno y otro que el miedo de verse sobrepuesto fué más fuerte en vosotros que el deseo de fraternizar y habeis venido á un pacto, habeis hecho un tácito acuerdo de respetaros y de no combatiros, renunciando ambos al predominio.

Y acercándoos y estudiándoos, no solo aquellas cualidades que os enemistaban, os han unido poco á poco, pero el recuerdo de aquella primera rivalidad, ha quedado entre vosotros como el perfume de una esencia conservadora y regeneradora de vuestra amistad.

Ved este otro. Os encontrais cada día por la calle: os era superlativamente antipático, lo compren-

día y rehús el tropezaros, os encontrábais cada momento, uno en frente del otro, á vuestro pesar y cambiábais entre vosotros miradas de perros; deseábais ocasion de poderos hacer daño; algunas veces os lo habeis hecho indirectamente; os proponíais, cuando un conocido comun os hubiese puesto frente á frente, haceros una mueca elocuente; y un día, finalmente, se hizo la presentacion y cambiásteis cuatro palabras...

¡Maravilla de las maravillas! Cada cual ha encontrado en el otro, primero una voz, una sonrisa, una manera, despues un modo de pensar y de sentir, diverso en un todo, no solo esto, sino perfectísimamente opuesto á aquel que se había imaginado por mucho tiempo: ha sido una doble trasfiguracion moral, casi instantánea.

Habeis quedado los dos en un principio atontados, despues contentos, y luego agradecidos uno á otro por aquella sorpresa.

Habeis sentido la necesidad de daros una reparacion recíproca, os habeis hecho mil demostraciones de simpatía y habeis estrechado una amistad, tanto más tenaz, cuanto más fuerte había sido la aversion.

Otro. No lo conoceis, pero sabeis que no os estima y le odiais mortalmente; pero la necesidad de arran-

caros del corazón el cáncer de aqu el desprecio es más poderosa y os empuja hácia él.

Buscáis el medio de ganároslo, os fingís mejor de lo que sois y realmente os haceis mejor con aquella ficción.

Conquistáis fatigosamente su estimación y su amistad; y después de haber hecho todo esto con el propósito lejano de vengaros y cuando tenéis finalmente la venganza en la mano... Y bien, no; os acordáis que es demasiado tarde, os sentís agradecido á aquel hombre por la cura á hierro enrojecido que ha practicado en vosotros mismos, y le quereis bien y lo anteponeis á un amigo que jamás os ha herido en el amor propio.

Otro caso, también muy singular; un hombre público, un artista conocido; no le habeis visto jamás, pero detestáis sus ideas, sus gustos, su carácter. Os encontráis juntos. Parece que vuestro primer movimiento debía ser huírle para no contradecirle ó mentir.

Pero ¡qué! Tanto le habeis maltratado, habeis devorado tanta rabia disputando con sus defensores, habeis estado tanto tiempo junto á él, analizándolo por todos los lados y revolviéndolo por todas partes, que os parece encontrar una persona familiar y todo el ódio antiguo se cambia de improviso en una simpa-

tía de la que vosotros mismos quedais pasmados. A la cual no deja de unirse un ligero remordimiento que os despiertan sus cortesías de víctima inconsciente y nace una amistad viva y duradera.

Otro es un hombre que os agrada poco, frio y presuntuoso.

Un día, sin embargo, le veis hacer en sociedad, en presencia de señoras, sin culpa suya, una de aquellas figuras bufas y tremendas que hacen sonreír á la compañía y llorar por dentro al de la caída.

Vosotros sois de aquellos que sienten la vergüenza de la vergüenza ajena.

Aquel desgraciado os despierta una piedad tan profunda, y por efecto de la piedad una simpatía tan viva que, ayudados también un poco por el sentimiento de la superioridad que os dá su humillación, aprovecháis la primera ocasión que se os presenta para colmarlo de delicadezas y demostraciones amistosas, sincerísimas, las cuales os conquistan su gratitud.

De donde nace entre vosotros una amistad que se reavivará siempre en vuestro corazón, aun después de muchos años, cada vez que evocais la imagen de aquella cara, como la visteis en aquel momento, aca-lorada y llena de vergüenza.

Y todavía, de cómo nacen estas amistades no podemos dar cuenta. ¡Cuántas otras nacen de una confusión de sentimientos que jamás logramos explicarnos!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Es una maravilla pensar en todo este trabajo que se hace en el mundo, en las innumerables criaturas humanas ocupadas en tejer y destejer de continuo, por miríadas los hilos de la amistad.

Imagínalos los pobres que cambian el primer saludo desde las ventanas de su bohardilla; los viejos enfermos que traban amistad poco á poco, encontrándose cada día sobre el banco de un jardín público, gozando de los rayos del sol; los concurrentes que se encuentran cada año en la misma fonda de una ciudad lejana, los campesinos de provincias remotas que se encuentran juntos en la cámara de un cuartel, los extravagantes de todas especies que reconocen á grandes distancias la parentela de su cerebro en un opúsculo loco, y se escriben y se leen; los viajantes que forman cadenas interminables de amigos á través de los continentes; toda la confusión que producen cada año en las amistades de cada ciudad, los cambios de casa; todas las personas que se acercan y reunen conf-

nuamente las desventuras, las fiestas, los matrimonios, los públicos regocijos, la miseria, el trabajo, el vicio y el delito.

Es como inmensa contradanza en la cual, millones de manos se buscan, se aprietan y se separan, un eterno agitarse de débiles que buscan al fuerte, de orgullosos que buscan á los humildes, de almas nobles que buscan las almas generosas, de infelices que buscan consuelo, de dichosos que buscan los placeres, de necios que buscan á los necios, un cruzarse perpétuo de demandas y de ofertas, una contratacion interminable, un ligarse de mil maneras, con mil pactos, con mil fines distintos. Un torbellino sin término y sin fin, afanoso como una lucha en la cual los unos persiguen, huyen los otros, otros se esconden, este baja, el otro sube, aquel sigue á una muchedumbre, el otro vaga solitario, quién es disputado por mil manos, quién es rehusado por todos, en medio de un alternarse infinito de abrazos afectuosos, de hipócritas apretones de manos, de graciosas inclinaciones de cabeza, de promesas de caricias y de injurias. Una gigantesca comedia de carácter y de enredo, terrible, burlesca y piadosa, en la cual todos somos actores y recitamos durante toda la vida.

Veamos un poco los particulares de cualquier escena y los signos distintivos de cualquier máscara.

*
* *

Un gran número de amistades, se deciden á la primer mirada.

Es maravilloso, cómo entrando en un círculo de personas desconocidas, juzgamos rápidamente y casi siempre sin error, cuáles podrán convertirse en amigos nuestros, cuáles no serán en la vida ni carne ni pescado y á cuáles no podremos domesticar jamás.

Los primeros que nos llaman la atención son dos ó tres rostros de los que solemos llamar *malas caras*; fisonomías malévolas ó que revelan una naturaleza á la cual sentimos que jamás podrá ser simpática la nuestra; porque, en suma, la antipatía que nos inspira un desconocido no deriva de otro sentimiento; y es en efecto, raro, que no cese inmediatamente, cuando descubrimos ó se nos asegura que aquella persona ha recibido de nosotros una impresión totalmente distinta.

Entre cien ojos reconocemos de pronto aquellos dos ojos que nos anuncian un enemigo natural; nos com-

prendemos mutuamente á la primera impresion; adinamos en un momento mil diversidades de opinion, de sentimientos, de gustos que deben existir entre nosotros; experimentamos un sentimiento de inquietud, como quien se apercibe de que es expiado; nuestras miradas se encuentran á cada momento, á pesar nuestro; no sentimos libertad ni en el alma, ni en la palabra, ni en la expresion del rostro; estamos como dos de aquellas plantas, que puestas una enfrente de otra, languidecen y mueren: y la fuerza repulsiva es tal entre nosotros que ni siquiera intentamos vencerla y nos cansamos al fin de saludarnos y hablarnos tan seguros estamos los dos de que todo lo demás sería inútil.

Y no tan pronto como estos, pero tambien fácilmente se reconocen ciertos otros con los cuales no seremos jamás más que amigos de estornudo; gentes que son capaces de amistad y que la inspiran á algunos; pero que para nosotros tienen algo de gelatinoso, de vítreo y elástico como los moluscos, que los hace imposibles de coger con la mano.

Es una cosa extraña, en verdad. Los vereis cien veces, os los presentarán una vez cada seis meses y jamás sucederá que os acordeis inmediatamente de su cara y de su nombre; no tienen nada, ni fuera, ni dentro, que os despierte una curiosidad, que os

deje una impresion buena ó mala, que os haga volver hácia ellos, siquiera un pensamiento fugitivo, un momento despues de haberles dejado; están destinados á escaparos perpétuamente de la cabeza y del alma como el agua de un cedazo; y despues de tres años que le conocéis y os creéis un íntimo amigo suyo, todavía os tocaría pasar este suplicio, de encontraros alguna vez en medio de dos de ellos, los cuales no se conocen; pero traban conversacion por medio de vosotros y se entienden y os tocan con el codo para que les presenteis mutuamente y se maravillan é impacientan de vuestra tardanza y os hacen sudar frío por una hora, en la incertidumbre de qué sea peor: pasar por un villano cornudo no presentándoles ú ofenderles mortalmente, confesando á los dos que no sabéis quién diablos sean.

Pero de todos estos malos encuentros, ¿cómo nos compensan aquellas pocas amistades, que se estrechan precipitadamente, de una parte y de otra por impulso instantáneo de simpatía!

En medio de un tropel de gente nueva para vosotros, veis una cara abierta y sonriente que sostiene vuestra mirada con la suya.

Es una ilusion singular.

Os parece haberle visto otra vez, no sabéis donde; pero de seguro en un lugar y en una ocasion agrada-

bles. Os acercáis y os dirigís la palabra casi involuntariamente.

Es otra sorpresa. La voz, la pronunciación, el gesto, todo parece que os despierte antiguas memorias confusas y agradables. Os abordáis con cualquier pregunta: vuestros pensamientos se encuentran ántes que vuestras palabras; escapan de vuestras bocas las mismas expresiones; cadenas enteras de sentimientos é ideas, apénas tirando del primer eslabon, salen y se confunden rápidamente, haciendo inútil la continuación del discurso. Hacedis como esos fuegos artificiales gemelos que caen desde la cima al fondo, los dos á la vez, lanzando las mismas chispas, rodando en idéntica dirección y luciendo los mismos colores.

—¿Pero quién es?—os preguntáis uno á otro en el fondo del corazón, mirándoos ansiosamente, con los ojos llenos de benevolencia.—¿De dónde ha salido? ¿Por qué no nos hemos conocido ántes de ahora?

Y como en las combinaciones químicas, hay también en vuestra aproximación, algo de electricidad y de calor; la conversación tiembla, la risa relampaguea, las caras se colorcan. Os hacéis agasajo recíprocamente; os espresaríais con palabras explícitas la simpatía, si no fuese por el temor de parecer precipitados y pueriles; y pensáis ya con placer en el día

en que una intimidad mayor os consentirá expresarla sin reparo; buscáis ya con impaciencia de adolescente las palabras francas y graciosas con que la espresaréis.

Porque la benevolencia rejuvenece y exalta.

Al primer encuentro, sigue el período de gestación de la amistad. Es un período lleno de sucesos psicológicos imprevistos.

Con muchos, es excesivamente difícil: somos como dos viajeros en el cupé de una diligencia destartada, que tardan un tiempo infinito en extenderse, acomodarse, volverse, arrellanarse bien en los almohadones, ántes de encontrar la manera de estar perfectamente, sin caer sobre el compañero.

Con otros, después de haber hecho un buen trozo de camino juntos, nos acordamos de haber equivocado el camino, de habernos metido por una senda que nos obliga á ir demasiado juntos y debemos volver atrás á fin de tomar camino más ancho, para no darnos de continuo con los codos.

Algunas veces nos echamos atrás de pronto, la mañana siguiente del primer encuentro: nos hemos conocido en medio de la alegría de una velada de brándis, nos hemos dicho delicadezas de borra-

cho, y, cuando nos volvemos á encontrar con la cabeza despejada, avergonzados los dos de aquellas expansiones alcohólicas, nos hacemos comprender recíprocamente, con frío continente, que no sirve el camino hecho la tarde anterior, y que es preciso rehacerlo paso á paso, como exploradores temerosos.

Con algunos—es caso curioso,—después de brevísimo tiempo, la amistad queda parada á la mitad del camino de la intimidad, inmóvil, como petrificada, y ni uno ni otro, aun quedando buenos amigos, damos un paso hácia adelante en toda nuestra vida.

Hay también alguno, del que, separándonos después del primer conocimiento, ó el espacio ó los negocios, queda perpétuamente un amigo esbozado, doliéndonos no poder llevar á cabo la amistad, porque la idea nos parece bella, y aquel primer boceto promete algo bueno.

También existe el amigo, á quien encontramos bruto é imperfecto, y nos obliga á trabajar en él desde el primer día, con todos los cepillos y todas las limas que tenemos á nuestro alcance; pero hacemos el trabajo de buena gana porque vemos que la madera es excelente y acabaremos por labrar en ella lo que queramos.

31040

Pero cometemos casi todos un error con el nuevo amigo; el de querer aprovechar el caso para presentarle de nosotros mismos un ejemplar tirado aparte: á amigo nuevo, nuevo hombre. Ocultamos los defectos, exageramos la cortesía, nos ponemos y ponemos la amistad á una altura en que no nos podemos sostener ni sostenerla, dando lugar á desengaños peligrosos.

¡Qué rabia nos dá entónces el amigo viejo, en aquel período de la luna de miel de la amistad, cuando viene á caer en medio de nosotros y del amigo novicio, obligándonos con su familiaridad brutal á mostrarnos, tales cuales somos, echando á perder todo nuestro pequeño trabajo de impostores!

Después se presenta la cuestión de tratamientos, que no debemos nunca resolver de propósito, porque el *usted* ha de caer por su propia fuerza, cuando ya no lo sostiene la naturaleza y el tono de la conversación, convertida en familiarísima; y al derribarlo á la fuerza, se derriba demasiado prematuramente aquel obstáculo gramatical, en torno al cual debe girar la impertinencia que pierde su más aguda punta en la vuelta.

Con los amigos más íntimos, en efecto, nos encontramos con que un día nos tuteamos, sin acordarse cómo ni cuándo se ha comenzado: la sílaba

afectuosa ha penetrado entre nosotros, furtivamente, y ha trasportado todos los verbos á la segunda persona, sin sorprendernos el hecho.

Con otros, por más que se haga, no se logra abandonar el *usted*: es la expresión esencial de nuestra manera de amistad; abandonado cien veces reaparece siempre, y al cabo, es preciso dejarlo estar.

Vienen después ciertos amigos indeterminados, con los cuales se oscila continuamente, entre las dos fórmulas, sin que ni una ni otra nos satisfaga, hablando algunas veces de una manera indeterminada, á saltos y vueltas, como dos extranjeros que empiezan á balbucear un idioma desconocido. Hasta que un día, enfadados con aquel lío, se recurre á un tratamiento provisorio que nos deje tiempo para prepararnos mejor á un *tú* definitivo.

Pero ¿quién nos devuelve la alegría infinita de aquel *tú* que á nosotros, todavía muchachos, nos concedían alguna vez, contra todas nuestras esperanzas, los amigos, ya grandes, jóvenes que contemplábamos desde abajo como amos del mundo; la alegría de aquel *tú* magnánimo que nos elevaba de un golpe á la dignidad viril, llevándonoslo á casa como un tesoro, haciendo de él gala, como de una enseña caballeresca?

Ahora, el placer de nuestros *tú* pedidos y con-

cedidos no dura más que una tarde, el tiempo que se necesita para aburrirnos de él. Es un cambio que pasa para nosotros casi inobservado, en medio de todos los demás cambios que han ocurrido entre nosotros.

El principal de ellos, es el de la cara. ¿Quién no ha notado esta singular transformación? Después de un año de intimidad el nuevo amigo ha cambiado de cara á nuestros ojos; nosotros le vemos á través de nuestra amistad, embellecido ó deformado, pero casi siempre muy diverso á como le hemos visto la primera vez: no encontramos el sentido de la primera impresión que rarísima vez permanece intacta; y algunas veces también, para formarnos un concepto justo de él, tenemos necesidad de resucitar su primera imagen, y de juzgarlo con aquella; y no siempre lo conseguimos, porque la imagen nueva nos dá vueltas continuamente delante y nos esconde la antigua.

Así ciertas palabras familiares de nuestra lengua, adquieren poco á poco para nuestro oído un sonido particular, que no es el suyo verdadero, el cual nos hiere después, como cosa nueva, cuando aquella palabra, escapando de nuestra boca en un momento de distracción llega al oído, casi de sorpresa, como si fuera pronunciada por otro.



Son, sin embargo, grandísimas las diferencias, aun entre gente de la misma edad, contrayendo nuevas amistades. Hay tipos que es útil conocer.

Algunos, por ejemplo, llegados á cierta edad, hacen punto, no ciertamente por aversión á sus semejantes, sino porque no saben qué cosa hacerse de las amistades que vengan después.

Tienen ya el número y aquella variedad de amigos que corresponde á las necesidades de su espíritu y á las condiciones de su horario: tienen ya todos los departamentos del alma y del día ocupados; son gente metódica y discreta; ya no dan billete: podían llevar un cartel sobre la frente con la palabra "completo," como los tranvías; no rechazan á la gente con malas formas; son, por el contrario, corteses con todo el mundo, pero no hablan más que con la mano en el postigo, prontos á daros con él en las narices con dulce violencia y pidiéndoos perdón.

A este número pertenece también una especie de

monógamo de la amistad, que vive con un amigo solo, un *fénix* de hombre que el ha descubierto y que le ha fascinado; absorto en aquella única adoración no quiere ver á otros á su alrededor; es como aquellos cuerpos, que, combinados una vez, pierda la afinidad y no se prestan ya á ninguna nueva combinación.

Los hay también que no contraen amistades, porque no sienten, ni jamás han sentido la menor necesidad de ella; no tienen el sentido de la amistad, como otros no tienen el sentido de la música; pasan la vida como aquellos budistas fanáticos, contemplándose el ombligo: solos, no desean la compañía, pero buscados no huyen: son indiferentes; para todos tienen la misma sonrisa y el mismo saludo; ni alegres, ni tristes, ni corteses, ni groseros.

No dicen nada con la mirada; su mano parece muerta; no sienten caricias, ni desdenes, ni simpatía, ni antipatía.

Miran las demostraciones de amistad que cambian entre sí, los otros seres, con una especie de estupor, como mirarían los movimientos simpáticos de dos plantas, ó los amores de aquellos seres fabulosos del otro mundo que tienen dos almas y dos sexos, en un mismo cuerpo.

Y se reconocen fácilmente en la sonrisa que marcan en semejantes ocasiones, animados por una chis-

pa de curiosidad psicológica mezclada á una ligera expresión de majadería y velada por una sombra de pudor ofendido.

También hay arañas; gente que se reconoce pronto cuando caen en medio de personas desconocidas, aunque de honrado aspecto, por una mirada que vuelven á su alrededor que parece decir:

—¿Ladrones? ¿Traidores? ¿Espías? ¿Apestados?— y por un tono de visible fastidio y casi de repugnancia que ponen de manifiesto cuando usan de la palabra; tono tan vivo que no intentan siquiera ocultarlo por respeto á los presentes; y de este modo rehuyen todo nuevo conocimiento, no tanto por efecto de una triste experiencia que tienen del mundo, cuanto por una repugnancia instintiva que experimentan por el hombre, como por un animal deforme y feroz: no tanto por odio cuanto por miedo; ni hay otro medio de infundirles confianza, cuando os encontráis frente á uno de ellos, que mostrándoles inmediatamente que ellos también os inspiran una aversión invencible y un desprecio profundo.

También entre la gente fácil y pegajosa, existen tipos frecuentísimos é igualmente fáciles de descubrir.

Uno es aquel que busca un nuevo amigo cada día, porque cada día pierde uno viejo: insoportable á te-

dos, é incapaz de gobernarse en la soledad, se vé obligado á llenar continuamente los huecos que se hacen á su alrededor, reclutando amigos por todas partes, sin simpatía y sin eleccion; se reconocen en la mirada desconfiada y en la humildad rastrera.

Otro es el ambicioso, de mirada fría y palabra ardiente, pródigo de cumplidos y alabanzas, que busca amigos como un candidato busca votos, no con el fin de una ventaja particular, sino con un segundo fin, vasto é indeterminado, para el cual le es preciso tener abiertos mil caminos, y ninguna ayuda le parece que debe descuidarse. Una especie de acaparador de amistades, de tesoro de simpatías, que tira el billete de mil para recoger los céntimos, y hará fructificar con provecho, á tiempo debido, su capital desparramado.

El tercero es el más bello: es el enamorado del género humano. No ha habido dolorosa experiencia que le haya podido curar. Lo habreis conocido cien veces, en un vagon ó en una butaca en el teatro. Sonríe á todos, se acerca á todos, busca medio de trabar conversacion con todos; olvida sus acciones, escucha religiosamente los discursos de los demás, y, reconocido en el alma á quien le hace buena cara, se convierte en suplicante con quien muestra no cuidarse de él, quedando asustado

si rehusais el pedazo de naranja con que os obsequia; no encuentra paz en medio de diez personas desconocidas, hasta que no ha obtenido una mirada ó una palabra cortés de todos los diez. Es un verdadero mendicante de amigos; y mete juntos cada año un peloton, y tiene un pueblo en la memoria, y podria conquistar la amistad de la humanidad entera, y aun así, no se daría por satisfecho. Se encontraría infeliz, cuando no pudiese repetir cada día la frase predilecta: que es como la enseña de su vida:

—Hoy he hecho un conocimiento...

Pero también los más benévulos y los más confiados se hacen difíciles con la edad.

¡Cómo trabábamos amistades á los diez y seis años! Antes de conocernos estábamos ya unidos por un lazo: éramos compañeros de armas de aquel ejército inmenso, diseminado por el mundo, que se preparaba, temblando como un océano, á la gran conquista de la vida, y los colores en que nos reconocíamos unos á otros, eran los colores de nuestra cara y la palabra de orden brillaba en nuestra frente.

Encontrándonos un día en un paseo solitario por el campo, éramos amigos; y como los niños que se enseñan todos los juguetes al verse por primera vez, nosotros nos revelábamos en seguida nuestros más íntimos pensamientos: al cabo de una hora, todo estaba dicho: predilecciones de cosas y de personas, sucesos de escuela, secretos de familia, amores y dolores imaginados ó reales, creencias religiosas, propósitos y esperanzas para el porvenir. Y á

medida que anochecía y apresurábamos el paso hacia la ciudad, ya salpicada por puntos luminosos, las confidencias se hacían más íntimas, las palabras más bajas y más ardientes, la imaginación se exaltaba: éramos un caballero aventurero que había encontrado un hermano en el bosque, habíamos descubierto nuestro amigo ideal, lo sobreponíamos ya á todos, nos decía el corazón que jamás nos separaríamos de él. Entrábamos en la ciudad los dos cogidos del brazo, nos decíamos adiós con acento de afecto viril, dándonos un apretón de manos que significaba un juramento y volvíamos á casa, con nuestro Pilades en el corazón, soberbios, empolvados y contentos.

¡Pero ahora! La experiencia..... A propósito: ¿cómo es que nos cambia tanto en tan pocos años, esta decantada experiencia, la cual, en suma, para una grandísima parte de los hombres que llevan una vida retirada y monótona, se reduce á un pequeñísimo número de hechos insignificantes?

¿No será caso de decir que somos demasiado fáciles en considerar como efecto de la experiencia lo que es efecto de nuestro decaimiento? ¿Y que nuestra desconfianza de las nuevas amistades, no deriva tanto de nuestros desengaños, cuanto de la pérdida de la virtud que nos hacía confiados ántes?

¿Nos hemos hecho más sabios, ó se ha empequeñecido el ánimo?

El hecho es, que ahora miramos toda cara nueva, como un explorador en la guerra mira todo nuevo horizonte: uno y otro pueden esconder un enemigo.

Cuando aparece por primera vez una persona desconocida que parece dispuesta á convertirse en amigo, nos planteamos de pronto cien problemas:

¿En qué cosa nos podrá perjudicar? ¿En qué otra nos ayudará? ¿Le dominaremos? ¿Nos dominará? ¿Durará la amistad?

En un momento desfilan ante nuestra memoria todas las demás personas que nos fueron presentadas como aquella, que nos sonrieron y nos apretaron la mano del mismo modo y que despues nos arrepentimos de haber acogido como amigos.

Nuestro pensamiento corre en seguida al primer desengaño, que será inevitable tambien con aquel recién venido, á los disgustos, á las malas inteligencias, á las disputas acres, á las conciliaciones fatigosas que no conseguiremos evitar con aquel, como no hemos logrado evitarlos con los otros: y el valor nos falta para comenzar de nuevo aquel *vía-crucis*.

Es doloroso; nos encontramos en un estado de hostilidad secreta con el género humano; hemos llegado á aquella edad en que parece que sea recha-

zada por nosotros la raza de la gente amable, como dice un filósofo.

Y tardamos un rato en interrogarnos mutuamente con los ojos, adivinando cada cual, el pensamiento del otro.

Hacemos verdaderos diálogos mudos, que se podrían traducir fielmente en palabras.

Si hay cierta ligera simpatía entre nosotros no dejamos de hacer nuestras reservas.

—Tú tienes aire de caballero; pero puedes muy bien no tener otra cosa que el aire.

—Tu cara no me disgusta; pero tambien hay bellas flores que apestan como la carne putrefacta.

—El corazon me augura bien de tí; pero no sería la primera vez que se equivoca.

—No, no me fio todavía de tu sobre.

—Basta; tengo necesidad de estudiar mejor tu frontispicio.

Y en tanto nos damos la mano cortesmente cambiando un "hasta mañana". O bien no nos agradamos de ninguna manera y entonces el diálogo de las miradas toma otra forma.

—V. me parece bastante mal.

—Me lo he imaginado de pronto y celebro poderle decir que V. me ha hecho la mismísima impresión.

—A mí también me ha ocurrido al principio; queda, pues, sobreentendido que esta presentación será como no hecha y que al encontrarnos en la calle, no nos miraremos cuando estemos separados.

—Entendido, con mucho placer; pero le confieso que sería un verdadero consuelo, poderle aplicar sobre la nuca una buena vara verde.

—Yo también estoy acariciando el mismo pensamiento, pero daría la preferencia á un buen garrote viejo.

—Confíemos en una buena ocasión.

—¡Dios nos oiga!

Y esto pensando nos saludamos respetuosamente. Lo cual pasa todos los días.

Y cada vez que encontramos á un amigo antiguo, nos ratificamos en el solemne propósito.

—Nada de nuevas amistades. Cualquier simpatía que inspire un desconocido, rechazarlo. Cerrar el santuario del alma á todos y no dejar abierto más que un pasadizo en el que no pueda detenerse nadie. Y tener siempre en la memoria esta gran verdad: *que cada uno es enemigo de cada uno.*

*
**

¡Propósitos vanos!

Por más que se diga "el hombre es siempre para el hombre la mejor fuente, así de dolores como de felicidad" y se acaba siempre por volver á buscarlos.

Se jura con facilidad: no más amistades; pero mil casos imprevistos nos hacen romper nuestro propósito: una alegría que nos hace expansivos, un dolor que nos deja débiles, un proyecto para el que tenemos necesidad de ayuda; una demostración calurosa de estimación ó simpatía que se coge imprevistamente y nos obliga á tender la mano con gratitud.

Siendo el amor propio infinito, y por consecuencia, infinitos los modos de manifestarse, estamos continuamente expuestos á que cualquiera se apodere con un golpe de mano de nuestra amistad.

Y por otra parte, por muy experto que sea y se

desconfie de toda nueva cara que se presente, aun el concepto que nos formamos á primera vista de cualquier persona desconocida, la cual no nos sea absolutamente repulsiva, es siempre, en cierta manera, mucho más favorable de lo que nosotros mismos creemos: tan verdad es, que llegados á cierto grado de familiaridad con el nuevo amigo, sea tan amable y estimable como se quiera, siempre sonreimos de nosotros mismos, pensando en el cuidado que ponemos desde un principio á esconderle ciertas debilidades, de las cuales nos parece que él ha de estar exento y siempre, aunque haya crecido en el afecto, nos acordamos que el respeto ha disminuido.

Pensamos haber experimentado cien desengaños; pero el solo pensamiento de que al fin de cuentas no es absolutamente imposible que la persona desconocida sea una excepción maravillosa y encarne finalmente para nosotros el ideal de la amistad perfecta, este solo pensamiento, alumbrado por un rayo ligerísimo de esperanza, basta á inducirnos á aquel nuevo experimento.

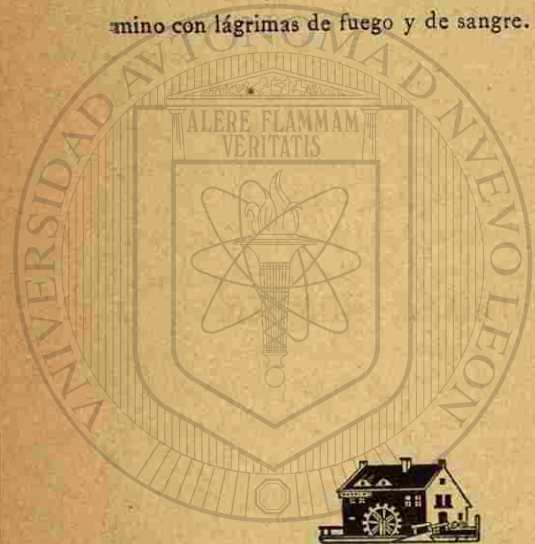
Y despues, todos hemos experimentado cuán tristes y estériles son aquellos breves períodos de nuestra vida en los cuales tenemos el propósito de considerar á todos como enemigos, y nos vengamos sobre los desconocidos que podemos rechazar, de las amargas.

que hemos recibido de los amigos, á quienes no podemos castigar.

Sin apercibirnos, no hacemos más que odiar en los otros los defectos de que no queremos corregirnos nosotros mismos; creemos despreciar á nuestros semejantes y nuestro desprecio no es más que la impotencia de nuestros rencores; nos vemos obligados á reprimir en nosotros todos los sentimientos de admiración que nos despiertan los actos generosos y los nobles caracteres, á sofocar todos los sentimientos de piedad que nos inspiran las desventuras, á rechazar brutalmente todos los pensamientos indulgentes y benévulos, todas las imágenes simpáticas, todos los deseos afectuosos, que nos acuden en tropel á nuestro despecho, desde lo profundo del alma, donde tempestean nuestros buenos deseos comprimidos.

Por algun tiempo nos mantiene todavía fuertes el orgullo; despues, un impulso imprevisto del corazón, nos arroja violentamente en medio de los hombres, desarmados y arrepentidos, llenos de piedad por nosotros mismos y por los demás, con el ánimo abierto á nuevas amistades, dispuestos á contentarnos con aquello poco bueno que hay en cada uno, persuadidos de que es inícuo, de que es vil, de que es estúpido hacerse enemigos del género humano, y luchar unos contra otros sin conocernos, nosotros, hombres, ata-

dos á la misma cadena, condenados á los mismos dolores, débiles, miserables, moribundos, que perdemos nuestra madre y nuestros hijos y regamos nuestro camino con lágrimas de fuego y de sangre.



CÓMO SE ROMPEN

U A N L

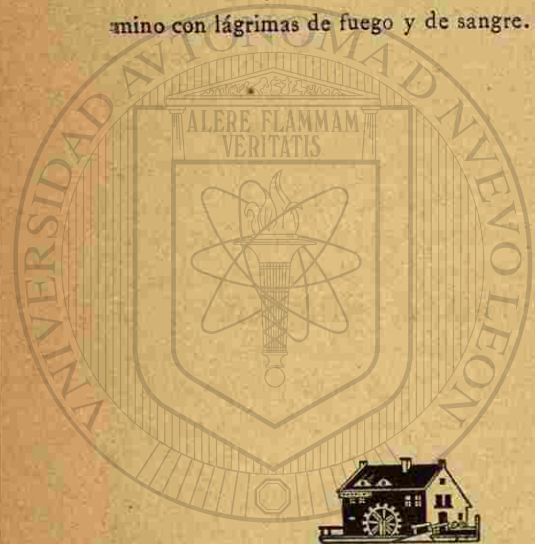
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dos á la misma cadena, condenados á los mismos dolores, débiles, miserables, moribundos, que perdemos nuestra madre y nuestros hijos y regamos nuestro camino con lágrimas de fuego y de sangre.



CÓMO SE ROMPEN

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CÓMO SE ROMPEN



EMOS visto cómo se forman las amistades, veamos ahora cómo se rompen y de qué modo se reanudan.

Continuamente perdemos amigos. Todos, dando una mirada al pasado, vemos el camino de la vida sembrado de ruinas de amistades, poblada de espectros de amigos perdidos, que nos hacen, desde lejos, demostraciones de ira, de reproches y bur-las y nos obligan de vez en cuando á sostener con ellos violentas disputas, de algunas de las cuales sa-limos maltrechos, de otras justificados, pero de todas tristes, como de aquellos sueños en que nos parece hablar con gente muerta.

Perdemos amigos por culpa nuestra, por culpa de otros, por fuerza de las cosas, de mil maneras, por mil razones, terribles, jocosas, infantiles, inf-

cuas, ridículas, increíbles, inexplicables, indefinibles.

La mayor parte de las amistades, sin duda, se rompen por pereza; por una pereza de ánimo que está en muchos, los cuales, á la primera dificultad que surge entre ellos y un amigo, antes de emprender aquel largo trabajo fatigoso de pequeños sacrificios y pequeñas correcciones de sí mismos que harían posible la continuacion de la amistad, escogen la manera de romperla con los dos piés y la rompen sin ira, abandonando al amigo delicadamente, como se abandona un par de guantes que no se pueden poner al primer esfuerzo.

Estos quieren que los amigos se encuentren desde luego acomodados á la propia índole sin una costura y sin una arruga, y como encontrarlos es difícil, se pasan toda la vida probando y abandonando amistades y mueren casi siempre sin haber encontrado y conservado una sola.

Otras amistades se pierden por un error en que caen á menudo los hombres de naturaleza ardiente y expansiva, los cuales, engañados por ciertas cualidades simpáticas, creen poder hacer un amigo íntimo de uno que por su índole no es á propósito más que para ser un comensal agradable una vez al mes, ó un cómodo baston de paseo una vez á la semana; á veces

se abren á él con una confianza á la que no corresponde, le dedican su afecto al que no se muestran agradecidos y que no está en condiciones de devolver, y cuando recuerdan haberse equivocado, heridos en el amor propio, le devuelven todo cuanto les dió, con una precipitacion brutal que le ofende justamente y hace de él un enemigo: quieren forzar la hoja de la espada y la espada se rompe.

De otros amigos nos separamos con un desengaño más triste, despues de una larga familiaridad durante la cual se ha conseguido, con mucho arte, esconderle enteramente la verdadera alma.

Poco á poco, por ciertas sutiles grietas que dejan descuidadamente abiertas, entrevemos en ellos profundidades oscuras de egoísmo que nos contristan; las apariencias de un buen acuerdo duran todavía por algun tiempo; despues la repugnancia se hace irresistible, y al primer pretexto que se ofrece, el nudo de la amistad ya no se suelta sino que se rompe para toda la vida.

* * *

Pero se dan en la vida de todos, momentos llenos de peligro para las mejores amistades, disposiciones de ánimo infelicitasimas, durante las cuales, sería bueno que no se encontrasen ni siquiera los amigos más íntimos.

Todos conocemos los pequeños dramas que pueden sobrevenir—son tan antiguos como el género humano—y todos hemos sido actores de ellos, al ménos una vez en la vida.

Expresamos una opinion fuertemente ligada á nuestro amor propio.

Creemos encontrar al enemigo propicio, y encontramos una resistencia.

Es una fatalidad.

Desde las primeras palabras nos apercibimos los dos de que aquel día hay dentro de nosotros, otros dos *nosotros* que no se reconocen ni se comprenden.

El lenguaje, con una progresion tenuísima se ha-

ce áspero: cada palabra va sobre el otro como una hoja afilada; es como un genio maligno interpuesto entre nosotros que coge al vuelo los pensamientos y nos hace decir lo que no queremos y nos perturba el corazón y la cabeza.

Inútilmente buscamos de vez en cuando detenernos por la pendiente, aferrándonos á cualquier pensamiento benévolo: todos huyen á nuestras manos y vamos siempre al fondo del precipicio: nos esforzamos todavía por sonreír, pero tenemos la cara pálida y nos tiemblan las manos.

Todos los recuerdos de nuestra bella amistad se esconden uno despues de otro en una nube de ira que nos ciega; y entonces, brutalmente, como el bárbaro que suelta un puñetazo á falta de argumento, nosotros soltamos una de aquellas palabras insensatas y deplorables que destrazan una amistad para siempre.

Instantáneamente sigue un gran silencio.

En aquel silencio sentimos como por primera vez el sonido y el sentido verdadero de la palabra que se nos ha escapado y quedamos como soñando. Pero el orgullo se apodera otra vez de nosotros y nos arranca de allí bruscamente.

Sentimos necesidad de estar solos. Nos dirigimos por una calle solitaria. ¿Quién ha podido olvidar

II.—OB. DE AMICIS.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO CASTELLANOS"
Calle: 1625 MONTECITREY, MEXICO

jamás aquel inexplicable malestar físico, aquella humillación y tristeza que nos oprime en aquellos momentos, volviendo á casa solos, de noche?

Acuden en tropel á nuestra mente todas las palabras acres por las que hemos sido provocados, repetimos con obstinación las palabras ultrajosas que hemos dejado escapar para experimentar al sonido de aquellas palabras el sentimiento irresistible que nos las hizo parecer justas. Soplamos en nuestra ira, nos esforzamos por irritar nuestro orgullo para que se mantenga firme y no nos deje solos, desarmados frente á nuestra conciencia; miramos con ojos hostiles á los desconocidos que pasan, como si en cada rostro leyésemos un reproche que rechazamos soberbiamente.

Es inútil. Una voz insistente como de persona invisible que camine á nuestro lado, nos pregunta apresuradamente en tono de doloroso reproche si es verdad que aquello ha sucedido, si aquella palabra ha salido de nuestra boca, si es posible, si no volvemos de pronto atrás para decir que hemos tenido un momento de aberración.

Pero la sangre está todavía revuelta, los nervios agitados resisten; nosotros rechazamos aquella voz; desdeñamos justificarnos.

Pensamos también en los otros amigos, con los

cuales nos uniremos todavía más en adelante, hacia los cuales tendremos también más cuidados y más benevolencia que en lo pasado; en los muchos casos de nuestra vida, en los cuales, no teniendo razón, por cierto, lo hemos reconocido y reparado á tiempo; en todo lo que hay de bueno y de noble, á pesar de nuestros defectos en el fondo de nuestra naturaleza y en las pruebas que nos hemos dado y en las que nos proponemos darles; y saludamos con una expansión de benevolencia insólita á un conocido que pasa, como para demostrar á nosotros mismos que somos verdaderamente justos y honrados, con quien no nos obliga, provocándonos, á salir de nuestras casillas.

Pero en tanto bulle la ira, y en aquel silencio que se hace poco á poco en el ánimo, vuelve á sonar de repente aquella maldita palabra y la ofensa crece en nuestro pensamiento, se agiganta, y se hace monstruosa, inconcebible, intolerable.

Pensamos con un sentimiento de amargura y de fastidio indecible, al día siguiente, en la nueva condición en que nos encontramos respecto al amigo ofendido, en el tormento inexplicable de volverlo á ver, en el esfuerzo fatigoso que debemos hacer para sostener nuestro orgullo bajo el peso de aquel pensamiento que deberemos llevar, sabe Dios por cuan-

to tiempo. No lo llevamos más que hace algunos minutos y nos parece tenerle un mes encima: estamos ya fatigados.

Quisiéramos no haber trabado nunca amistad, no haber oído jamás aquel nombre, quisiéramos marcharnos, ¿qué sé yo? caminar algún tiempo en medio de gente nueva y olvidarlo todo.

No nos dejaremos jamás llevar á una disputa irritante; esta ha de ser la última vez que dejemos vencer nuestro orgullo: se paga demasiado caro, un momento de irreflexión.

La ira se ha desvanecido, no queda más que la tristeza, tristeza en la cual surgen mil hermosos recuerdos de la amistad que hemos matado: confianzas fraternales, manifestaciones simpáticas de la índole de nuestro amigo, discursos consoladores que ahora resultan todos placenteros; todo lo que hay de bueno en él se revela y se enciende, por decirlo así, en nuestra memoria y cada recuerdo nos dá un golpe en el corazón.

Hubiéramos querido ser nosotros los ofendidos, poder cambiar nuestro estado de ánimo con el suyo....

De pronto, una idea generosa pasa y nos ilumina....

Pero ¡qué! El orgullo se levanta como salva-

je furioso, la sangre se rebela y toda el alma rechaza aquella idea.

Un día, tal vez de aquí á mucho tiempo, cuando se presentará la ocasión; pero por ahora es imposible, nos revolveríamos furiosos contra quien nos quisiera acercar por fuerza.

Sin embargo, hay alguno que continúa hablándonos al oído obstinadamente, con acento dulce y triste, razonando, rogando, aconsejando, diciendo mil cosas sensatas y nobles, que inútilmente nos esforzamos por no oír y á las que estamos obligados á responder:

—Sí, es verdad, es lógico, es justo....

Daríamos cualquier cosa por encontrar á nuestro amigo frente á frente, por sentir su mano en la nuestra, ántes de haberla buscado. Entonces, sí, haríamos sin esfuerzo, el acto de reparación que la conciencia nos impone.

Experimentamos cierto consuelo internándonos en aquel pensamiento.

Nos parece ver á nuestro amigo en el fondo de la calle, como un punto negro: sentimos su paso que se aleja por una calle vecina; camina á nuestra espalda, desaparece en una puerta, lo entrevemos en un coche que pasa, toda la ciudad está llena de su imágen, por todas partes se nos aparece su

cara pálida y contrastada, con la huella de nuestro odioso insulto sobre la frente.

¡Ah! Esta vez estamos bien seguros de nosotros mismos; mañana iremos á buscarle; toda huella de resentimiento habra desaparecido; la última resistencia del orgullo será vencida; iremos á pedirle su amistad; unas cuantas horas aun en este estado, y todo habrá terminado.

Y entónces, la voz íntima nos dá el último grito.

—Y bien; no, no debes esperar á mañana. Haz un esfuerzo rápido. Arroja ese último resto de orgullo. Corre tras de tu nuevo amigo, alcánzalo, lo reconocerás de lójos, en la calle desierta, volviendo á su casa, como tú, sólo y melancólico, pensando en la amistad perdida, en tu injusticia y en la vanidad de los afectos humanos; acércate á él á pasos furtivos, mírale la cara, y dñle una vez aquella bendita palabra que es la más noble palabra humana, cuando el corazón la dicta.

—¡Amigo, perdóname!

Y sentirás si hay alguna satisfacción del amor propio, algun triunfo del orgullo, que valga una sombra de la alegría de estrecharle entre tus brazos.

*
* *

Lo que nos impide realizar aquel acto, es, casi siempre, el temor de que pueda aparecer aconsejado por la humillacion.

Pero es imposible. Quien va á buscar la paz de aquella manera, por impulso violento del corazón y de la conciencia, tiene algo en el rostro y en el acento, que destruye toda duda acerca del sentimiento que la mueve.

Bajo sus palabras humildes se siente temblar la entereza del ánimo: se comprende que aquel ímpetu de afecto viene de la misma fuente de que deriva el valor y la fuerza, se comprende por una expresion, casi imperiosa de la voz, profunda y trémula, que parece querer decir:

—Yo cumplo mi deber: cumple tú el tuyo.

No, no es el temor de parecer rastreros quien impide, casi siempre, aquel acto valeroso y noble: cuando la pasión es fuerte, todo temor desaparece. Nos detiene, en cambio, esto: que no son bastante

vivos y sinceros, en nosotros, ni el arrepentimiento, ni el afecto de amigo.

Aquella generosa tentacion de humillarnos nos viene, en parte, de un sentimiento noble, sin duda; pero entra en nosotros, la mayor parte de las veces, aunque sea en pequeñísima parte y apenas perceptible para nosotros mismos, el bajo pensamiento de librarnos de un temor ó de un peligro con una apariencia de buena accion que engaña nuestra conciencia.

Esto, lo comprendemos confusamente, y no estando bastante seguros de nosotros mismos, nos osamos....

¡Ay de quien dé este paso sin sentirse empujado por un sentimiento purísimo! No hay término medio entre ser un ángel y un bellaco. Quien no sea sincero se delatará inevitablemente, ó en el acto mismo con los ojos sin brillo y la voz sin emocion, ó despues de la reconciliacion con otros mil signos infalibles.

El amigo, al cual leerá en la cara la deshonrosa duda, se le hará odioso; el recuerdo de su humillacion inútil, se le hará insoportable, y será condenado al suplicio de perpétua ficcion ó á reconocer abiertamente que ha mentido, y acabará la amistad.

No, ántes de pronunciar aquellas solemnes palabras:—¡Amigo, perdóname!—debemos sondarnos lo profundo del alma para ver si somos dignos de decirlas.

Quien las ha profanado una sola vez ha perdido la virginidad del honor.

Pues bien; aquellas palabras han sido dichas y acogidas como merecen: no ha salido todavía de la boca la última sílaba, cuando los amigos se confunden en un abrazo, diciéndose:

—¡Olvidémoslo todo!

Entonces la amistad entra en un período nuevo, y por algun tiempo está como rejuvenecida, y vuelve á los cuidados y á las delicadezas de sus primeros días.

El que ha perdonado pone todo su cuidado en esconder, por temor de que parezca un triunfo, el sentimiento de complacencia que es imposible que no experimente; y el otro procura de todos modos ocultar aquel poco de vergüenza que le queda, no de haberse humillado, sino de haber ofendido al amigo, y procura ocultarla por temor de que sea interpretada como vergüenza de haberse humillado.

El primero, que se siente hallarse en deuda con quien le ha pedido perdon, coge al vuelo toda

oportunidad para demostrarle su estima, y su afecto por él, lejos de menguar, ha crecido, y subordina á él el orgullo, espontáneamente, para evitar toda sospecha de que pueda abusar de su victoria; el otro, ansioso de probar al amigo que no sólo se le ha humillado por debilidad, sino por afecto, le rodea de cortesías, lo antepone á todos, y quisiera poderle dar de su amistad una prueba solemne y memorable.

Está bien seguro entonces de que jamás saldrá de su boca una palabra ofensiva contra el amigo; porque sabe que el acto nobilísimo, con el cual ha borrado la primera ofensa, no puede repetirse más de una vez. Entonces se siente ligado á él por su afecto sagrado: sería preciso que aquél le ofendiera mortalmente para romperlo.

La prueba ha sido saludable, lo ha hecho aun más cauto y más respetuoso por algun tiempo con todos los demás amigos, le ha extirpado del alma uno de sus defectos más graves.

Hay todavía entre ellos un sentimiento de sujeción recíproca; se aperciben de repente los dos de que alimentan un pensamiento comun, el recuerdo fresco de algun suceso del cual no podrán volver á hablar hasta dentro de muchos años; pero es la comunidad frecuente de aquel pensamiento jamás

expresado, lo que les liga más estrechamente, dando cierta expresión de timidez simpática á las miradas con que se escrutan y á los discursos con que procuran distraerse uno á otro de aquel recuerdo.

Su amistad jamás ha sido tan delicadamente atemperada por el respeto y la reserva, tan graciosa sin artificio, tan afectuosa sin desigualdades, tan placentera sin descanso.

Y si otra vez se corre peligro, se puede estar cierto de que en el momento más peligroso, bastará á tenerla á salvo el recuerdo de aquellas dos palabras que resonarán al mismo tiempo al oído de los dos, como el eco de voz grave y profunda:

—¡Amigo, perdónamel

*
* *

O estas palabras no son dichas ó la enemistad ha terminado, una de las pequeñas enemistades de que está lleno el mundo, no gangrena, sino carcoma de la sociedad humana.

Apenas despertados, después de una noche inquieta, cuando el pensamiento os envuelve de improviso como una tela de araña en que ponéis la cabeza caminando, y os dá un enojo imposible de explicar. Otro enemigo, otro anillo arrancado á la cadena de los propios amigos, un nuevo tropiezo en la vida, una nueva causa de molestia y amargura que agregar á las otras innumerables; una persona más á quien temer, de quien huir, á quien vigilar; otra nube en los ojos, otra piedra al cuello, otra espina en el corazón.

Recacéis en otra vileza casi siempre: os arrepentís más ó menos vivamente de vuestra ofensa, según que vuestro amigo perdido es más ó menos temible por su carácter y por su lengua; en el primer caso dais

á vuestro temor el falso color del afecto, y en el segundo, os excusais y os consolais fácilmente.

Una incertidumbre os inquieta. ¿Cuál será su ánimo? ¿Os odia? ¿Os desprecia? ¿Os perdona?

Esta duda acerca de sus sentimientos se os hace más penosa y más siniestra que la seguridad de su odio. Despues vienen las emociones dolorosas de los encuentros.

La primera vez, la sangre os bullé y parece que recibais un golpe en medio del pecho.

Por más que estéis preparados siempre, os parece una cosa extraña y triste el ver pasar por delante, inmóvil y casi muerta para vosotros aquella cara que se alumbraba otras veces por una sonrisa benévola cuando aparecía la vuestra á lo lejos; y el saludo que dedica al amigo que llevais al lado, de modo que os apercibais que á él solo va dirigido, os oprime el corazon como una injuria imprevista é inmerecida.

Pasan los días y los meses y con maravilla vuestra, no os habeis acostumbrado al vacío, por pequeño que sea, que ha dejado en vuestras costumbres y en vuestras conversaciones la desaparicion del amigo.

*
**

Pasan los años: ó una ocasion favorable reconcilia á los dos enemigos, ó la enemistad dura toda la vida. ¡Cómo se alarga entónces, cómo se enrosca, cómo se retuerce y cómo agita sus cien colas envenenadas!

Se dice que habría que escribir una "Historia de la amistad," una historia de la enemistad sería obra por lo ménos tan original.

Como seríamos cautos para romperla con un amigo, si en el momento de decir la última sílaba, viéramos desfilir delante, en dos alas, todos los que por razon de sangre ó de interés, ó por aduccion, ó por propio placer, vinieran de una y otra parte á sostener con escaramuzas de artillero la tremenda batalla de dos cuerpos principales.

Desde el día siguiente al primer choque, las dos familias se dividen; las dos señoras se huyen, los niños se vuelven la espalda; los amigos que tienen á uno de los dos entre cejas, van á afilar la lengua.

á casa del otro; un servicio regular de espionaje se establece en torno de los dos adversarios de modo que ninguna palabra amarga pronunciada por uno de ellos sea perdida; ciertos amigos íntimos de una parte, toman por su cuenta poco á poco á ciertos amigos íntimos de la parte contraria; nace en breve tiempo una horrible confusion de acusaciones, sospechas, despechos, rencores, en los cuales, cien bocas soplan y cien manos atizan; muchos importunos, ofendidos por la mala acogida que tienen aquí y allá, rompen, al fin, con este, con el otro, con los dos; los amigos comunes tienen que desvelarse de continuo discutiendo para que los dos beligerantes no se encuentren nunca cara á cara con armas cortas; la fortuna y los honores que reciben de vez en cuando, enconan los rencores que empezaban á apaciguarse; la enemistad pasa algunas veces por una cadena de amigos y parientes, de una en otra ciudad, desarrollándose en antipatía y odios entre gente que no se conoce: descien- de á los niños, sube á los personajes, que la toman á punta de lanza, serpentea oculta durante años enteros; estalla despues á gran distancia de tiempo y de lugar, aquí en una batalla electoral, allá en una polémica literaria, y se reproduce en otras enemistades, cuyo primer origen es igual-

mente ignorado por las dos partes, y cuyas consecuencias no llegan jamás á noticia de las dos personas que han sido ocasion de todo, uno con una palabra aventurada, otro con soberbia testada.

Y esto acontece bien á menudo, por una palabra, aun entre amigos que se quieren bien desde hace muchos años.

A quien le ha sucedido, no es posible que le salga de la memoria ni siquiera un detalle de lo que ha visto y oído aquel día.

No olvidará jamás, ciertamente, aquella larguísima noche de insomnio pasada revistando mil veces, con maravilla casi incrédula, los particulares de la escena dolorosa que obligó á uno y otro á aquel paso buscando á un tiempo por todas partes si queda todavía un camino de arreglo honroso y la posibilidad de un caso imprevisto, de un entrometimiento imperioso de amigos, de una carta conciliadora que echase todo á rodar; el malestar experimentado hácia el alba, al aparecer los dos testigos cuyo grave rostro mata toda esperanza; la tristeza de aquella interminable carrera en coche á través de la ciudad todavía gris y silenciosa, por aquellas calles desiertas donde

á cada paso se encuentra un recuerdo que parece ya lejanísimo, de un encuentro con el amigo, de una conversacion apresurada y alegre, de un saludo cordial ó burlon, cambiado al separarse; la primera sensacion del aire libre del campo que arrojó de la mente el último fantasma de la noche y reclamó toda el alma al sentimiento de la realidad, contemplado hasta entonces como en un sueño; el malestar sentido de piés á cabeza al escuchar aquellas palabras: —¿Están? — En el momento aquel, al ruido de las hojas agitadas, sucede un silencio que parece altísimo; la emocion rápida y profunda, mezclada de no sé qué estupor, experimentada al ver al amigo pálido, descompuesto por una vigilia fatigosa; el sentimiento de amarga tristeza que nos embarga al observar de escapada aquella cara, aquella actitud que nos era tan familiar, oyendo aquel sonido de voz que nos recordaba tantas cosas, viéndole poner el guante en aquella mano que habíamos estrechado afectuosamente tantos años, y descubrir aquel brazo con el cual nos habíamos oprimido tantas veces el corazon cuando nos separábamos por mucho tiempo; el pensamiento que nos asaltó entonces, el ímpetu instantáneo de ternura que nos empujó á un hilo de arrojarnos sobre él, con los brazos abiertos para cubrirle la frente de besos; y despues, la maravilla dolorosa que nos asal-

tó de repente, al sentir en su brazo un temblor de ira; el fuego que entró poco á poco en nuestras venas, el murmullo que se hizo en nuestra mente; el velo que se extendió ante nuestros ojos, á aquellas palabras percibidas confusamente: —Alto. —Deteneos. —Tocado. — Y aquella mancha color de púrpura entrevista como en medio de una niebla.

¡Ah! ¡Cómo han caido todos al fango, entónces, el orgullo, la ira, el rencor, la memoria de la ofensa, la ostentacion del valor, la sujecion de los testigos! Fuimos ofensor y ofendido; pero nos hemos arrojado al cuello de un salto con la fuerza de cien perdones en el alma, con la ternura de cien amistades en el corazon, sofocados por la compasion, murmurando precipitadamente las más afectuosas palabras que jamás salieron de nuestra boca, enjugando aquella sangre como nuestra sangre, besándole la cabeza como á un hijo, pidiéndole su afecto, jurándonos á nosotros mismos sobre nuestro honor que nunca pasará una sombra sobre nuestra santa amistad; y al alejarse de allí nos invadió un sentimiento de inexplicable desprecio, viendo en tierra, abandonada en el polvo, sórdida y siniestra, la espada que hablamos ensangrentado en su carne de hermano.

* * *

Pero la generalidad de los amigos rompen sin estrépito, como personas prudentes y educadas que quieren *salvar las conveniencias*, y esta separacion que no vá acompañada de injurias y escenas violentas que hacen imposible la reconciliacion, dan lugar á ciertos estados de enemistad singularísima que merecen un estudio particular.

Uno de los más frecuentes es el que sigue. Dos amigos se disgustan y separan bruscamente con parte igual de causa; pero con la presunta certeza de que jamás se reconciliarán. Por mucho tiempo creen firmemente que se odian. No puede imaginarse cuánta gente hay en el mundo, la cual cree odiar y no odia; poco más ó ménos igual al número de los que creen amar y no aman; porque un verdadero odio no requiere ménos fuertes ni ménos raras cualidades de ánimo que las que requiere un verdadero afecto.

Despues de haber creido por mucho tiempo

odiarse, se acuerdan con un creciente sentimiento de simpatía de que jamás se odiaron y se sienten dispuestos á una franca reconciliacion. Pero el orgullo impide á los dos dar el primer paso.

Por esto, aquella enemistad aparente bajo la cual vive la amistad antigua, se prolonga años y años.

Y durante este tiempo, hablan bien uno de otro; algunas veces, y casi de oculto, se prestan pequeños servicios; no es raro que en un sitio público, volviéndose improvisadamente, sorprenda uno la mirada del otro que se fija sobre él con expresion de benévola curiosidad. Cien veces dicen entre sí los dos:—Es tiempo de acabar,—y se deciden á hacerse una visita al día siguiente.

Pero ha pasado tanto tiempo, la cosa parecería extraña, no se vería medio de encontrar una introduccion que no fuera bufa, se encontrarían en un embarazo de niños los dos: mejor es dejar las cosas como están.

Cuando más los dos amigos se acercan con el desco, cuando más claramente adivinan el uno en el otro el propio sentimiento, mas rehuyen las ocasiones de encontrarse, porque es más viva en ellos la vergüenza de no tener valor de romper aquella última capa de hielo; de modo que si antes se mi-

raban algunas veces, ahora vuelven la cabeza, y su continente, que expresaba al principio indiferencia, acaba por expresar decidida aversion.

Despues de seis ó siete años finalmente, despues de diez años algunas veces, un hermoso día volviendo en direccion opuesta la misma esquina, se encuentra cara á cara, se miran, están un momento inciertos, con la cara encendida, sonrñen, uno tiende la mano.... y todo ha terminado.

La mayoría de las enemistades procede de razones fútiles, por esto la mayor parte de los enemigos acaban por reconciliarse bien ó mal; así que en la inmensa tela de la amistad humana puede decirse que se trabaja poco ménos en remendar que en romper. Las ocasiones son infinitas. ¿Cómo se puede resistir cuando se vé caminar delante de nosotros, en un camino solitario, á nuestro enemigo, no visto desde mucho tiempo, sólo y triste, con luto en el sombrero, con aquel caminar lento y como incierto de quien vacila aun bajo el peso de un gran dolor?

¡Qué miserable nos parece en aquel momento la causa de nuestra enemistad!

Se titubea un poco, despues se alarga el paso cautamente, y se va á pasar un brazo por el suyo, y la enemistad no es más que un recuerdo oscuro y lejano.

A veces son los niños de uno y otro que, reco-

nociéndose por la calle, escapan de la mano de los dos y corren á encontrarse, colmándose de caricias. Y entónces ¿qué hacer?

No pueden estarse allí, esperando que se separen y no pueden llamarse sin vergüenza: se ven obligados á seguir el ejemplo gracioso que les dá la santa ignorancia.

A menudo tambien, despues de muchos años son el hijo de uno y la hija del otro que se enamoran perdidamente y parece que la enemistad de sus padres en vez de refrenarles, les inflame y enardezca.

La mesa, sin embargo, es la pacificadora más frecuente y más eficaz de las enemistades. La inadvertencia de los amigos comunes os ha puesto demasiado cerca en un banquete carnavalesco; os mirais al sentaros y callais durante un rato; pero hay entre vosotros un maldito bufon que os obliga á reír á carcajadas y vuestras miradas encontrándose á vuestro pesar en estas risas, se entienden poco á poco y acomodan las cosas con su diálogo mudo, despues del cual, levantándoos, excitados tambien por la sangre de uva, os encontrais hablando amistosamente, sin recordar cómo habeis empezado.

Muchas reconciliaciones se hacen tambien de continuo, ménos por afecto que por interés oculto, al cual se quiere dar apariencia de afecto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECAS
"ALFONSO REYES"
Año. 1923 MONTEREY, MEXICO

Algunos, rota una amistad en un primer ímpetu, se encuentran tan desconcertados en sus costumbres, privados de tantas pequeñas comodidades y placeres, que despues de haber vagado unos cuantos días solos, como aburridos, sin saber donde meter la cabeza, van á buscar al amigo, humildemente, como irían á buscar á un servidor despedido, reconocido indispensable despues que ha tomado el camino.

Otros, visitados por la fortuna, contentos de sí y del mundo, piden como una gracia una amistad perdida, únicamente para quitarse aquella sombra de los ojos, y ver todas las cosas en su punto, como administradores prudentes y escrupulosos de la propia dicha.

Otros se reconcilian espontáneamente con sus enemigos cuando un golpe de fortuna les ha llevado en alto, no ya con un fin innoble, sino porque desvanecida la esperanza de tenerlo por debajo, no encuentran ya gusto en la enemistad, se cansan de una lucha inútil y cesa el ódio verdaderamente en ellos, cesando la posibilidad de poder satisfacerlo.

Pero no siendo el corazon quien las ha provocado, á todas estas reconciliaciones no sucede por lo general más que un simulacro de amistad.

Rarísimas son las que, despues de ellas, la amistad proporciona todos los frutos que dió en un principio.

*
* *

Todo esto no nos salva de los casos de amistad asesinada. Imprevistamente, bajo la apariencia de una afeccion antigua y probada, descubris la maledicencia más bajamente calumniosa, vuestros secretos más íntimos publicados, vuestra casa manchada, todo aquello que habeis dado ó confiado á vuestro amigo arrojado por él y dispersado á espaldas vuestras con una mano, mientras con la otra os colocaba la vuestra sobre su corazon.

Bajo aquel golpe vacilais como á un martillazo en el cráneo, y el edificio entero de vuestra amistad vacila y tiembla como para derrumbarse.

No hay cosa más horrenda que estas personas amadas que se corrompen de repente en vuestro abrazo.

¡Oh, la noche de infierno pasada, en seguir con la imaginacion ardiente al enemigo, en alcanzarlo, en meterle balas de plomo en el cerebro y hojas de acero en el corazon, ahullando como fieras! ¡Y

las horas, aun más angustiosas pasadas mordiéndose las manos, despues que, hablando con él, le habeis oido burlarse de vuestra ira que dejó caer con desprecio!

Ningun consuelo se os concede: ni la venganza, ni el perdon, ni el olvido.

El mónstruo que no tiene sangre y no presenta presa, se os ha unido al alma por mil recuerdos que no podeis matar; sentís su voz por la calle; su aliento en medio de vuestras palabras; os parece ver su huella odiosa por allí donde pasais; crecis verle huir por todas partes como un ladron, cargado con las confidencias afectuosas que os ha robado y por mucho tiempo os sentís como atsigados por aquel recuerdo y corrompidos por aquel odio vuestros sentimientos; mirareis con desconfianza á vuestros amigos más íntimos, rechazareis la cortesía de los desconocidos, tendreis necesidad de hacer mal, de negar, de reir y no reposareis de aquel tormento más que para experimentar una gran tristeza de estar miserablemente cambiado.

*
* * *

Pero cuando el amigo no es despreciable y tiene tambien su razon de odiar y la ofensa hiere más el orgullo que vuestro corazon, el odio puede destruirse con la voluntad, trabajando paciente y regularmente un poco cada día: desatando, por decirlo así, uno á uno todos los nudos que lo forman, y separando poco á poco todos los hilos de cada nudo.

La mayor parte no lo consiguen, porque lo hacen mal; creen librarse de aquel silicio del odio, esforzándose en no pensar en el enemigo, de suprimirlo casi de la propia memoria; lo cual no logra más que exacerbar su pasion, porque cada vez que aquella imágen se representa, y es inevitable, á su mente, le entra con otra tanta violencia con cuanta había sido arrojada y encuentra el corazon siempre vírgen y fresco para sentir el efecto.

Es preciso, por el contrario, fijar aquel pensamiento en la mente y procurar endulzar en el menor tiempo posible todo lo que tenga de amargo.

Grabarse aquella imágen en la cabeza y darle vueltas por todos lados; figurarse detalladamente, todo aquello que nuestro enemigo podrá pensar, decir y hacer contra nosotros, buscando siempre lo peor de lo peor é insistir pacientemente en estas ideas, de manera que ninguna de ellas pueda jamás presentarse de sorpresa y bajo un aspecto nuevo á reavivar con una sacudida imprevista nuestro ódio.

En un principio se tiembla ante esta prueba. Pero despues de habernos atormentado un poco con la imágen de nuestro enemigo, acaba por descansar nuestra sensibilidad por lo que hace á él; aquella figura, ya no se nos presenta con aquellos monstruosos y enormes colores con que la vemos antes, mirándola confusamente y de pasada en un ímpetu de desden impaciente.

Mas tarde procuramos tambien examinar la persona con mayor frialdad, esforzándonos, como si estuviéramos fuera de quicio por reconocer algun lado suyo bueno, alguna cosa que pudiera hacernos parecer, en parte, excusable su sinrazon para con nosotros, algun acto suyo, ciertas espresiones del rostro, ciertos aspectos cómicos que lo hicieron amable y agradable en otro tiempo.

Y aprovechamos nuestros mejores momentos para arrancarnos á nosotros mismos alguna nueva con-

cesion; intentamos dar un paso hácia adelante á cada momento de tregua que nos concede nuestra pasion distraida de un placer ó de una emocion afectuosa; nos representamos al enemigo en el pasado y en el futuro, en todos sus aspectos más conciliantes y más compasivos: niño, en brazos de su madre; adulto, vacilando bajo la sacudida de la primera gran desventura de familia; hombre maduro, encorvado sobre una cuna, con el terror y la desesperacion en los ojos; viejo, deshecho por las enfermedades, extendido sobre su lecho de muerte, con las manos blancas cruzadas.

Y puesto que nos apercibimos de que el ódio se inflama expresándolo, no lo expresemos, impongámonos silencio cada vez que suena á nuestros oidos aquel nombre; y este esfuerzo, que siempre es más fácil, nos deja el ánimo más tranquilo.

Hagamos todavía más: esforcémonos alguna vez en elogiar al enemigo con acento que no haga traicion á la mala gana; y esta ficcion es de grandísimo efecto, porque siempre sucede que odiamos realmente ménos á aquellos enemigos respecto de los cuales somos elogiados por portarnos noblemente, por aquellos que leen en nuestro corazon.

Arrojados así con un artificio, ó turbados ó interrumpidos violentamente ciertos pensamientos hos-

tiles, van dispersándose poco á poco de la mente, como se dispersa una bandada de pájaros.

Quedamos admirados al ver que podemos obtener tantas cosas de nosotros mismos, con los mismos medios, con las mismas palabras, puede decirse, con las cuales solíamos tener otros.

Y acabamos por poner cierta curiosidad en encontrar no sé qué deleite en nuestro trabajo oculto de limador infatigable de nuestro ódio. La imágen del enemigo nos despierta todavía un sentimiento de aversion cuando surge inesperadamente; pero es un sentimiento mucho ménos duradero, un dolor agudo y rápido como el de un golpe en el codo; y si insiste alguna vez, tenemos á mano mil imágenes y mil pensamientos pacíficos que, á una señal de la voluntad, acuden en tropel, disciplinados y unidos y cierran el camino del corazón á la ira que quiere penetrar.

Otro poco de perseverancia y llega un tiempo en que aquella imágen ya aborrecida é insoportable, á fuerza de ser evocada, pensada, palpada y hecha familiar en nuestra mente, entra, vuelve, sale, se confunde con otras imágenes, sin producir la más ligera perturbacion. Evoquemos entonces las palabras más acerbas que nuestro enemigo pueda decir contra nosotros, traigamos á la memoria las

particularidades más odiosas de su ofensa, y no sentiremos ninguna amargura.

Y entonces exhalaremos un gran suspiro y pronunciaremos el grito de triunfo.

—¡El enemigo no existe, el ódio ha muerto, el corazón es libre!

¡Así pudiéramos librarnos de los enemigos que nos odian porque tienen razón para odiarnos! No hay hombre honrado, no hay hombre de corazón, no hay caballero que no se haya portado villanamente con alguno de sus amigos. Tenemos todos enemigos cerca ó lejos, á los cuales no podemos decir una palabra que nos justifique.

Les hemos ofendido en el fondo del alma, con el corazón ligero, en un tiempo en que el sentimiento poderoso de la juventud nos hacía soberbiamente sordos á los tímidos reproches de la conciencia, y nos parecía que los casos de una vida vária y agitada, nos harían olvidar fácilmente aquellas pequeñas villanías de nuestros primeros años.

Y las olvidamos, con efecto; pero no para siempre. Quince años después empezamos á sentir el remordimiento y la vergüenza.

Léjos, ocupados por mil pensamientos, rodeados de gente nueva, abrumados de satisfacciones del

amor propio, y bien queridos de todos, nos vemos comparecer delante aquellas caras de amigos ofendidos, los cuales, cada vez que hablamos de bondad y de amistad, nos dicen:

—¡Mientes!—y se ocultan tras la gente que nos aprecia.

Y con cuanto más ardor nos esforzamos por corregirnos y ennoblecernos, tanto más sonora llega á nuestro oído y más profundamente perturba nuestro ánimo aquella voz.

Daríamos la estimación y la benevolencia de otros cien, por conseguir la benevolencia y estimación suya. Sentimos que jamás tendremos completa paz hasta que no estemos en paz con ellos. Y cien veces, de noche, sobreescitados por aquella idea, hacemos propósito de escribirles, de ir á pedirles su amistad perdida ..

Pero siempre nos espanta el pensamiento de que nos rechace, lo cual nos empujaría á una lucha estúpida y brutal; ó nos impondría una resignación superior á nuestras fuerzas. Sin embargo, aquel acto de buscar la paz, no es noble, sino en cuanto lleva consigo el riesgo de incurrir en el castigo que hemos merecido...

Pero sin duda, es mejor esto, porque continuando con aquella espina clavada en el corazón, encontra-

remos palabras más persuasivas, que hace aun más eficaces un acento sincero de tristeza, cuando diremos á nuestros hijos:

—Sed buenos amigos; no seais nunca los primeros en romper si á ello no os obliga la dignidad, mantened firme la amistad, hasta que os falten las fuerzas del corazon, porque los placeres del orgullo desaparecen pronto y los tormentos de la conciencia duran siempre.



EN EL CAMPO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

remos palabras más persuasivas, que hace aun más eficaces un acento sincero de tristeza, cuando diremos á nuestros hijos:

—Sed buenos amigos; no seais nunca los primeros en romper si á ello no os obliga la dignidad, mantened firme la amistad, hasta que os falten las fuerzas del corazon, porque los placeres del orgullo desaparecen pronto y los tormentos de la conciencia duran siempre.



EN EL CAMPO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EN EL CAMPO



LEJARSE de los amigos es útil, de vez en cuando. La amistad tiene necesidad cada año de un cuidado reconstituyente.

Después de ocho meses de vida de ciudad, al comenzar el verano, estamos todos un poco usados á los ojos de los demás: cansados de encontrarnos en aquel lugar, á aquella hora, aquellas acostumbradas caras, hablando de las mismas cosas, haciendo siempre los mismos sacrificios de la razón y del sentimiento á los deberes de la cortesía y á la necesidad de la concordia, hemos hablado más de lo que hemos pensado; empezamos á repetir y la misma fuente de las bromas no dá más que buches de agua turbia.

Además, habiendo tropezado los unos con los

otros, por tanto tiempo, no hay ninguno que no tenga heridas que curar y muchas pequeñas impresiones desagradables, de las cuales desea curarse.

La estación ardorosa pasa también sobre la amistad; nos movemos todos un poco aburridos, impacientes por cambiar de aire y casi siempre dejamos la ciudad con un placer vivo, seguros de que por mucho tiempo no pensaremos en ella, sino para alegrarnos de haberla dejado.

*
**

¡Qué hermosura la de los primeros días en el campo! Es un rejuvenecerse: nuevas cosas, nuevos colores, nuevos olores, nuevos sonidos: la persona y la cabeza libres: la respiración del alma ancha y profunda; un sentimiento nuevo de fuerza y de salud en los huesos, en el cerebro y en el corazón; y una alegría, no experimentada hace tiempo en encerrarse y profundizar en nosotros mismos, y en encontrar la originalidad íntima de nuestra naturaleza bajo las mil impresiones que nos ha dejado la vida social.

Por algunos días, empujados hacia atrás por la fuerza de la costumbre, volvemos todavía con el pensamiento entre los amigos; pero no para desearlos.

Recorremos el tiempo trascendido, las luchas, los disgustos y así de lejos, viendo más claramente las cosas, reconocemos los errores, encontramos el camino por el cual nos hubiéramos podido evitar muchos disgustos, modificamos nuestro juicio

sobre ciertos amigos, meditamos nuevas maneras de mantenernos con algunos, trazamos nuevos planes de vida, nos proponemos volver á la ciudad corregidos y aumentados en ventaja nuestra y de los demás.

Pero bien pronto abandonamos tambien estos pensamientos.

El campo nos aferra y se posesiona de nosotros por entero. Tan verdad es que la soledad es para el espíritu, lo que la dieta para el cuerpo: lo aclara, lo vigoriza y lo conforta.

En aquella paz encontramos el sentimiento de mil placeres delicados y sencillos, rehacemos el gusto para ciertas voluptuosidades juveniles de la fantasía que no sentíamos hacía mucho tiempo, pensamos más fuerte y con más firmeza; los más pequeños sucesos de nuestra vida mental adquieren una gran importancia en aquella quietud uniforme: seguimos el hilo de un mismo pensamiento libremente y sin esfuerzo á través de los días y de las noches, y las reflexiones, las fantasías, las imágenes, no desparramadas cuotidianamente en la conversacion, se acumulan dentro y nos hacen sentir como un renuevo de vida que nos da valor y firmeza.

Nos parece extraño, ahora que respiramos el aire libre y gozamos la plena posesion de nuestra mente y nuestro tiempo, haber podido vivir por

meses y meses en aquel círculo siempre igual de cosas y de personas, obligados á seguir paso á paso los pequeños sucesos de cada día cargados con mil deberes y mil consideraciones, y obligados á conquistar hora por hora nuestra libertad de espíritu, interrumpida por toda especie de encuentros, de visitas, de chácharas, de contratiempos.

Nuestros días se suceden lentos y tranquilos, llenos de luz, de verde y de silencio; y no sólo la ciudad no nos inspira ningun deseo, sino que el pensamiento de tener que volver un día nos turba y nos hace aun molestas las pocas cartas del correo, como si llevaran entre sus pliegues un poco del ruido de aquellas anchas calles, de aquellas casas enormes, de aquel horizonte cerrado, del inextinguible fragor, nervioso, afanoso, que durante trescientos días nos ha perturbado la cabeza y trastornado el trabajo.

Después, un hermoso día, mientras estamos á la sombra en un lugar solitario, con las manos cruzadas sobre la nuca, atormentados por el chirrido de las cigarras, aparece por detras de un árbol y se nos presenta improvisadamente la imágen de un amigo; no como la veíamos un mes antes, amarilla por la luz del gas y súa por el polvo y el barro, sino lavada, fresca, casi rejuvenecida, sonriente, con una sonrisa nueva, en actitud de Meístófeles simpático que nos tiende la mano lleno de tentaciones de la ciudad; y después de aquella, tras los demás árboles, otras figuras de amigos, todos los fantasmas de nuestros amigos, cambiados como el primero, que tienden todos á un tiempo la mano, diciendo:

—Y bien: ¿han terminado las meditaciones?

Desde aquel momento, la campiña está invadida por la ciudad y cambia de aspecto; la muchedumbre de los amigos llena los solitarios senderos, se esparce

por el prado y cubre con su vocerío el murmullo de los pájaros.

Y también la imágen de los ménos simpáticos resulta agradable. Poco á poco volvemos con la imaginación á la ciudad, les buscamos en los lugares familiares, les acompañamos en sus paseos habituales, desde casa á la oficina, á la Universidad, al Banco, al Círculo, á la Bolsa, y aquellos caminos interminables no nos parecen ya tan fastidiosos.

—¿Qué hará aquel majadero de ingeniero? ¿Y el profesor, qué mezcla en su ahogadero de laboratorio, con aquella cabeza pelada, siempre ansioso de campo y siempre condenado á la ciudad? ¿Y "Portos," sobre qué montaña ejercitará sus incommensurables siestas, á la sombra de su Panamá inmenso, y qué valle cisalpino hará resonar con su voz de cañón? ¿Y el amigo "Camaleon," quién sabe en qué tierra de Italia suelta en estos días las cataratas de sus versos extemporáneos? ¿Y el "secretario," á qué parte del mundo habrá llevado su pipa, su sed y su república platónica?

Fantaseando nos los representamos á todos: los unos bajo los emparrados de las quintas, al caer el sol, en medio de hermosas señoras, que ríen, entre dos sorbos de café, oprimiendo la taza con los afilados dedos; los otros, trepando por las cimas de

los Alpes, pequeños y negros, entre la niebla de la montaña; otros, muertos de aburrimiento en los teatros caldeados y desiertos.

¡Cómo tenía razón el que decía:—Me place la soledad cuando estoy en compañía, y me gusta la compañía cuando estoy en soledad.—Ahora, todo lo que está lejano se embellece á nuestros ojos: los cuidados del campo han acabado; al último de nuestros amigos, que apareciera de repente en nuestro jardín solitario, le agasajaríamos como al primero; nos los imaginamos á todos más amables, más agudos, más fieles de lo que son.

Nos parece imposible ahora, haberles mirado con malos ojos y disgusto tantas veces por razones pueriles. Disputas, rencores, despechos, resentimientos del orgullo, todo nos parece tan mezquino y despreciable en aquel inmenso espacio verde y azul, á los piés de aquellas enormes montañas, de donde vemos apenas la ciudad como una vaga mancha blanquecina, allá abajo, en el fondo de la llanura.

Ahora, de los amigos no recordamos más que las bellas acciones, y de la amistad, los placeres. ¡Oh! las buenas cenas, las conversaciones alegres y cordiales en familia, las visitas inesperadas de amigos predilectos, despues de las largas horas de trabajos precipitados y febriles, allá abajo, en aquel ángulo

rumoroso de la ciudad, donde los soplos de las máquinas de vapor, las músicas de los Regimientos, el canto de los operarios, el temblar de los edificios sacudidos al paso de los carros y coches, nos llamaba al trabajo, nos hacía amar la fatiga!...

Y en tanto pasan los días: á la serenidad del verano, suceden las lluvias pensativas; al aura ardiente, los soplos repentinos de viento húmedo, que traen los primeros saludos del invierno y hacen sonar el canto del fuego; el árbol que extiende sus ramas ante la ventana, palidece; el Otoño ha llegado, la bella estación que hace pensar y amar; durante la cual se desea tanto bajo el empujado purpúreo, estrechar y besar dedo por dedo por horas y horas, la mano de una mujer á quien se quiere.

Entonces los amigos se descan aun más. Nuestro pensamiento ha hecho provisiones: tenemos mil cosas que decir; ha trascurrido mucho tiempo: tenemos muchas cosas que preguntar.

¡Qué ha sucedido en estos meses en la pequeña ciudad que nos hemos fabricado, en la ciudad grande? El Doctor "rubio y de gentil aspecto," debe haber estrechado la hija de su matrimonio en Montecatino; nuestro poeta matemático habrá, por fin, terminado su estudio famoso sobre las jorobas; el pintor de "la calle de San Telmo" tendrá que contarnos las peri-

peccias de su fuga económica á través de la Escocia; el amigo diplomático se habrá hecho cantar con su presea de "insidiador de tálamos" en todos los veinticinco cantones de la libre Elvecia; y aquel simpático Alberto de los Albertos nos entretendrá á horcajadas en la silla; contándonos su aburrimiento de tres meses, sobre el banquillo burocrático en su Agencia.

¿No faltará ninguno? ¿Veremos á todos los niños sanos, bronceados y crecidos...?

El invierno está aquí: la campana de los muertos ha sonado; las hojas caidas corren y se encuentran en pequeñas bandadas á lo largo de los senderos resbaladizos, sobre los cuales se cruzan las ramas arrancadas de los árboles dejando pasar la luz blanca y fría del sol moribundo; las ropas de invierno esparcen ya por la estancia su grato aroma de alcanfor; las cajas se amontonan; la estacion ha terminado.

Y entónces se dá una última mirada de despedida, desde la ventana, á aquel bello horizonte, á aquella vasta paz en que se han pasado tantas horas serenas, y un pensamiento triste nos asalta:

—¡Otro año ha pasado! ¿Volveremos aquí todos? ¿Volveremos á recrearnos ó á llorar? ¡Oh terrible misterio del mañana, y pobre vida nuestra!

Pero la llegada á la ciudad borra toda tristeza; los primeros días son como el regreso á la patria;

buscamos á los amigos, agasajamos á todos, tomamos con alegría las antiguas costumbres, nos tratamos con mil consideraciones, es como una nueva vida, y como si nos dijéramos uno á otro, y nos lo decimos, en efecto, entre palabra y palabra:

—Veamos si conseguimos pasar este nuevo año, en mejor armonía que el año pasado, ser más tolerantes, más justos, más sinceros, más hermanos.

Hagamos por conseguirlo.





LA MALEDICENCIA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA MALEDICENCIA



é aquí un vicio congénito á la amistad; hagamos su diagnóstico.

Lo primero que salta á la vista es el orden con que los amigos se agrupan, se separan y se entrelazan para decir mal los unos de los otros continuamente. Como si bailasen juntos una cuadrilla intrincadísima, debemos llamar la atención sobre cada una de las figuras, que próximamente coinciden en toda gran reunion de amigos. Los que poseen ingenio y astucia forman un grupo aparte, que cortan chalecos constantemente, á los simples y tontos; estos se alian entre sí, por envidia algo, y otro poco por represalia para maltratar á los primeros.

Al poco rato ocurre una mutacion; cada uno de los ingeniosos, se une á un tonto para herir á todos

los de su clase uno tras otro, según la inquina que á cada cual tiene; cada uno de los tontos maltrata á todos los iguales suyos, mostrando que no pertenece á su compañía.

Luego los bribones en mayor ó menor grado, de uno y otro grupo se asocian para rebajar la reputación de los honrados á su nivel, y estos se juntan para flajelar á los primeros; los de carácter dudoso se coaligan ya con unos ya con otros para divertirse con todos.

Van luego especificándose; cada uno, se junta con los que tienen profesión distinta á la suya para murmurar de todos sus compañeros, y todos los que ejercitan el mismo oficio se entienden para ayudar la misa á los colegas que sobresalen, los cuales por su parte, juntos con los amigos que más gallean en las otras profesiones les pagan en la misma moneda, aliándose todos contra la medianía.

Fórmanse dentro de estos grupos, otros menores, compuestos de pocos amigos, bien íntimos, los cuales toman el pelo generalmente á todos los demás, y si lo hacen entre sí son siempre dos á dos, tres á tres, en los descansos que les deja libres la maledicencia general.

Cada murmurador agudo y temible forma á su alrededor una pequeña corte en la cual se ceba todo

el remanente de la compañía; y la familia entera, con todas sus subdivisiones está de acuerdo en jugar á la pelota con un cierto número de desgraciados, que siempre se encuentran en cualquier círculo de amigos, como en los colegios y que parecen nacidos para ser víctimas y motivo de entretenimiento para todos.

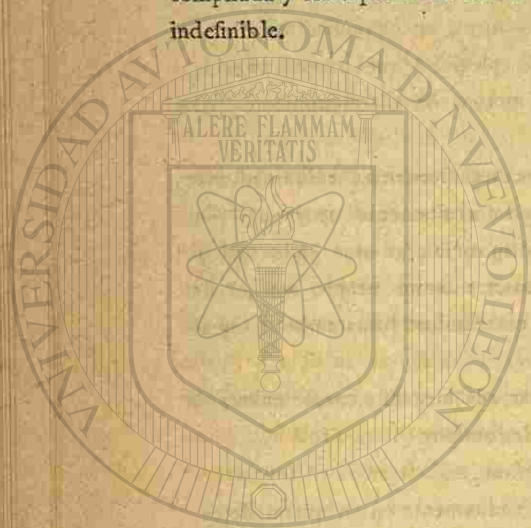
Añádense á todas estas frecuentes combinaciones, las innumerables que fortuitamente ocurren y que nacen de la buena disposición en que cada uno se halla siempre para casar su amor propio con el del primer advenedizo, recreándose lindamente á espaldas de los ausentes.

Baste esto para dar una idea de cómo se enlaza la maledicencia entre los amigos.

El trabajo es continuo.

Todos se ocupan asiduamente en encontrar defectos, en recoger ridiculeces, en descubrir faltas, y en revelar secretos; el hallazgo de uno pasa á ser inmediatamente del dominio común; una enorme cantidad de dicharachos corren de boca en boca, trabajados continuamente, añadidos, abandonados y vueltos á tomar, formando una gacetilla oral en la cual todos están abonados y todos son colaboradores, tiene sus períodos de florecimiento y sus períodos de languidez; recoge en confuso monton agudezas, tonterías, ver-

dades, mentiras y calumnias; á veces es terrible, malvada frecuentemente, chismosa siempre, pero compilada y leída por todos con un placer y un gozo indefinible.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*
**

Causa maravilla el ver qué bien marcha este proceso entre amigos de cierta edad en la sociedad bien educada. Sigue su curso regularmente la maledicencia como los humores en un cuerpo sano, y hay familias de amigos que en este respecto pudieran tomarse como ejemplo del "orden en la libertad." La prudencia de todos hace que cada cual ignore por completo el mal que de él se dice, probando todas las satisfacciones de la maledicencia y ninguna de sus amarguras.

Cuando alguno, por una rareza, va á contar á otras las malas ausencias de un tercero, sobre ser muy mal recibido, se le mira con más inquina que al maldiciente. La sociedad echa fuera de sí poco á poco á los delatores porque quiere gozar en santa paz los placeres de la maledicencia.

Se tolera algun espionaje á veces, con tal de que se lleve á cabo con gracia, que moleste sin causar ofensa, avivando por decirlo así, un poco, la circula-

ción de la maledicencia sin que se originen desórdenes. Si ocurre que alguno se resiente y arma estrépito, todos lo desaprueban porque este resentimiento es una amenaza para la libertad de todos; bien pronto se restablece el orden.

Y no solo la murmuración no viene á turbar aquella hermosa armonía, sino que concurre á mantenerla porque cada cual se representa más benévolo y más cortés para su amigo después de haber purgado con los demás el poquillo de hiel que contra él tenía. La maledicencia es reconocida tácitamente por todos como un desahogo del espíritu, necesario y útil, con tal de que no exceda de ciertos límites que un reglamento sobreentendido fija taxativamente.

Todos adivinan ó creen adivinar lo que se dice de ellos, dándose cuenta hasta donde llega su derecho de revancha, sin pasar nunca más allá.

Todos escuchan al murmurador, tenga ó no tenga razón con la deferencia benévola que saben han de necesitar ellos á cada momento.

Conociéndose todos unos á otros, cada cual al oír hablar mal de un tercero, comprende muy bien los móviles secretos de quien habla y sabe discernir lo que hay de justo de lo que hay de calumnioso en sus palabras.

No se da el caso siquiera de que pinchando uno á

un amigo, el que le escucha muestre desconfianza en el fondo de su espíritu, por más que consienta de palabra: basta que escuche y no desconozca su derecho de decir mal de los amigos.

De este modo viven contentos y la mútua estimación nunca disminuye. Es este un ideal que pocos grupos de amigos alcanzan, después de larga experiencia, de haberse poco á poco desembarazado de los miembros peligrosos, reduciéndose la compañía á una familia selecta de murmuradores refinados y discretos.

En la mayor parte de los grupos ocurren choques frecuentes y se producen heridas que exigen largos trabajos de componenda; entre la gente vulgar, se originan riñas; entre los jóvenes ocurren duelos; entre hombres maduros enemistades irreconciliables. A cada momenso la sinfonía general de la murmuración se interrumpe, una nota discordante de algun torpe é inesperto en el arte, viene á alterar la armonía.

En todos los grupos hay, sin embargo, una tendencia irresistible á llevar las cosas de tal suerte que todos tengan asegurado "el goce pacífico de sus propios derechos," y si bien lentamente, el perfeccionamiento es contínuo.

Nace la dificultad de la gran variedad de maldicientes, que son tantos como caracteres. Sólo recogiendo los principales tipos hay para hacer un hermoso ramillete.

Entre los más terribles están los maldicientes biógrafos, que abrazando la vida entera del amigo le buscan hasta las más pequeñas travesuras de la adolescencia, llegan hasta sus antepasados, se extienden á los colaterales é inquierén informaciones orales y por escrito á los amigos cercanos ó alejados; acumulan documentos, se mueven para llegar á esclarecer puntos oscuros como si fuesen cuestiones históricas, y anatomizan á algun desgraciado mes por mes, sin ira, con verdadero placer, pacientemente y sin parar hasta haberlo reducido á migajas: solo entónces pasan á otro. Estos son los murmuradores pedantes.

Otros, á quienes pudiéramos llamar toros furiosos, no hablan mal sino rara vez, pero con violencia;

prorumpiendo impetuosamente en impropiedades y palabras malsonantes, sin tomar aliento, hinchándose las venas del cuello y moviendo los ojos llenos de fuego, como si tratasen de rematar su víctima en aquel instante y no tener más que pensar en él; desahogada toda la furia se aquietan repentinamente, y se serenán enjugándose el sudor que brota de su frente.

Existen también los agudos, sutiles maldicientes, fríos y feroces, que dicen pocas palabras bien pensadas, bromitas con punta acerada, que hacen sangre y se quedan clavadas en la herida. Apénas lanzan el dardo, esconden la mano, y se ponen á hablar de otra cosa con aire indiferente.

Otra variedad la constituyen los murmuradores bufones que no muerden á los amigos sino por el lado ridículo, haciendo de la menor cosa un verdadero carnaval, voceando y gesticulando, hasta llegar á reducir el hombre más sério del mundo en el polichinela de la compañía; sin mostrar nunca la menor intención malévola, casi sin apercibirse, empujados á veces—á pesar suyo,—á aquella escena burlesca por una invencible necesidad de reirse de todo.

No faltan los maldicientes que dicen pestes del amigo con palabras dulces y benignas, con voz

cariñosa, sonriendo modestamente, mostrando no querer dar, á lo que dice, el significado que todos penetran; todo lo arregla al fin de la letanía con decir:—*Se habla por hablar*; lleno de dulzura y de ingenuidad.

Se encuentra asimismo el maldiciente bribon, que sin decir nunca mal de nadie obra peor que todos: suministra á los demás los materiales para la murmuración, para que los trabajen y los divulguen; dan el tema que les importa desenvolver, estimula á las malas lenguas y se separa luego á gozar tranquilamente las dulzuras de la murmuración sin fatiga y sin peligros.

No escasea tampoco el murmurador maligno y bestia, que lleno de bilis su cuerpo sin saber desahogarla en ingeniosidades, ni en razonadas y elocuentes filípicas, se contenta con hacer la parte del trombon en la orquesta y en medio de la algazara de la compañía repite siempre la misma nota villana, una sola palabra en la cual pone toda su alma:

—Es un asno; es un charlatan; es un bribon—á intervalos iguales.

El maldiciente piadoso que dice mal de los amigos con verdadero dolor, obligado por la fuerza de su propia conciencia, levanta ampollas poniendo una cara muy triste y con voz afectuosa, aparentando

escusarlo en el momento que le clava los dientes más profundamente, defendiéndole de algun pinchazo que los otros le tiran para darle uno más seguro y moviendo la cabeza á cada frase malvada que pronuncia, como si quisiese decir:

—Es doloroso tener que hablar así de un amigo; pero la verdadera amistad es sincera.

El maldiciente más hipócrita de todos es el que tiene entre sus uñas al amigo y no dice de él ni bien, ni mal, pero tiene una manera especial de examinarlo, de oprimirlo y revolverlo por todos lados, sin pronunciar jamás juicio alguno hasta que concluye dejándole lleno de manchas y sucio como una pera que pasa por cien manos.

Por fin, el maldiciente mudo que se presenta con la boca cosida por bellaquería, pero cuando los amigos despedazan á algun ausente, se complace con toda su alma, consintiendo con la cabeza y animádoles con su sonrisa, con la mirada y áun con el gesto; y si se le pregunta de improviso su parecer, se compone su semblante contestando siempre:

—Yo no quiero meterme en eso.

Y qué elocuencia emplean casi todos los maldicientes!

No parece sino que las facultades intelectuales ganan cuando se habla mal de los amigos, y que los más idiotas dejan escapar ráfagas de ingenio.

Gente que hablando de otras cosas estomagan con su palabrería deslabazada y monótona que provoca el sueño, hallan en la maledicencia agudos chistes y frases llenas de colorido que sorprenden y tienen sujeta la atención de sus amigos.

Tontos que á todos embroman, que son los primeros en descubrir en las personas graves y respetables, ciertos defectos escondidos y ridículos que habíanse escapado á las miradas más perspicaces y aciertan con la palabra gráfica que los define, palabra que por lo general hace fortuna.

Algunos de índole fría y taciturnos se exaltan con la murmuración, tienen arrebatos de facundia tribunicia y apenas puede reconocérseles, al fin caen en la

imbecilidad la excitación les arrastra más allá de lo que quisieran dejando al descubierto nuevos argumentos de crítica, ensanchan poco á poco el asunto llegando á conclusiones imprevistas y prorumpiendo en salidas teatrales que arrancan aplausos como si fueran comediantes; de suerte que habiendo empezado á hablar con acrimonia acaban por experimentar una satisfacción de amor propio que les reconcilia secretamente con el amigo maltratado al cual son deudores de su propio triunfo.

Los sin seso y embrollones, llenos de defectos y de vicios llegan á ser los hombres más sensatos del mundo; cuando se ponen á hablar mal de los amigos parece que poseen realmente y en alto grado todas las virtudes cuya falta lamentan en los demás, razonan admirablemente con una sensatez digna y persuasiva, con una expresión de sinceridad, con un semblante grave y paternal que inspira respeto y simpatía á quien no los conoce íntimamente.

Muchísimos que no tienen otra vena de ingenio artístico, son verdaderos artistas en la maledicencia; arreglan á las personas en un periquete con discursillos muy ceñidos, en los cuales hay orden y armonía una exageración templada por un gusto exquisito, una mezcla inteligente de seriedad y de bufonería, una pincelada eficaz á cada palabra.

Muchos, al contrario, no son buscados ni festejados en sociedad más que por su valentía en decir mal de determinadas personas sobre las cuales han hecho un estudio particular.

En muchas conversaciones no es posible sostenerse ni una hora, sino cuando se le echa la casa encima al vecino: cesando la maledicencia, sucede siempre al ruido alborotador y alegre un aburrimiento que mata.

Casi en todos los círculos de amigos, después de haber hablado de mil cosas indiferentes, se viene á caer en la murmuración, porque todos encuentran en este campo una manera fácil de hacerse oír; todos poseen una fraseología rica y un tesoro de observaciones y alguna idea propia. Entonces se reaniman las voces, se encienden los ojos, la gesticulación se hace imperiosa; el que estaba para irse se sienta de nuevo, los que estaban lejos se arremolinan con sus sillas en derredor, y cuando la reunión se disuelve, es raro que aun el más insípido tartamudo de la compañía no vuelva á su casa contento de haber hablado bien y de haberse hecho escuchar. Y esto, porque las pasiones todas son elocuentes, y la maledicencia va inspirada por el amor propio, que es la más ingeniosa y la más elocuente de las pasiones.

*
* *

Si: hablamos mal de los amigos por amor propio, porque en cada censura que hacemos de ellos va sobreentendida una alabanza para nosotros mismos, y echándoles en cara un defecto nos vanagloriamos indirectamente de la virtud contraria á aquel defecto. Es muy cómodo este sistema de alabanza que nos preserva de toda contestación, porque abrazamos con nosotros al que nos escucha, considerándole inmune del defecto que queremos que critique con nosotros.

Dos amigos casi nunca hablan mal de un tercero, si no es para gratificar mutuamente su respectivo amor propio de una manera decente; tan verdad es esto, que después de haber maltratado á la víctima, quedan siempre satisfechos uno de otro, como dos personas que se alaban delicadamente; y no hay cosa que estreche más la amistad de dos personas desconocidas, que el hallarse juntos hablando mal de un amigo comun.

Hay otro motivo que nos arrastra también á la murmuración contra nuestros amigos más íntimos, y que viene á ser como una necesidad de compensarnos del sacrificio que hacemos, á cada uno de ellos, de una parte de nuestra libertad de juicio, callando en su presencia todas las verdades que pudieran ofenderles.

Una vez que el amigo se ausenta vaciamos el saco para reivindicar nuestra libertad como si ejercitásemos un derecho incontestable, y es tan natural todo esto, que en la mayoría de los casos lo hacemos sin que sentimiento alguno de maledicencia nos arrastre. Más á menudo buscamos la murmuración por gusto nuestro que por daño de los demás.

A cada paso nos encontramos dispuestos á maltratar á un amigo con la misma sonrisa en los labios y con ánimo poco diferente del que mostraríamos alabándole; y á veces, en el momento del ataque, rebatimos dentro de nosotros mismos una por una todas las censuras; si se nos presenta delante en aquel momento, sin tener que hacer el menor esfuerzo, sin parecer que fingimos, y en efecto no fingimos, le acogemos con las demostraciones de benevolencia acostumbradas. Estamos tan ocupados de nosotros mismos, por otra parte, que no

nos queda gran tiempo ni mucha voluntad para estudiar á los demás profundamente; por esto hablamos mal, casi siempre con mucha ligereza, de los amigos, más por vanidad que por otro cosa, y dudando siempre aun de los juicios que pronunciamos con mayor seguridad.

Hablamos mal de los amigos por instinto de represalia también contra los hombres, sin tener hastío concreto contra ellos; experimentamos una vida tan dura, es tan difícil obtener la estimación cumplida de las gentes, tan disputadas las alabanzas, mezcladas las satisfacciones á tantas amarguras del amor propio, que se nos impone la necesidad de arrojar á través del camino de los demás lo que ellos arrojan en medio del nuestro; no pudiendo caminar nosotros lo que quisiéramos, buscamos seguir, estorbar el paso de algun modo á los que caminan á nuestro lado para que fácilmente no nos pasen delante.

Maltratamos á los amigos con nuestra lengua sin otro afán que el de que aparezca que somos conocedores perspicaces de los hombres; y los maltratamos sin apercibirnos y como forzados por la entonación de los discursos fáciles, en los cuales la maledicencia se insinúa furtivamente; hablamos mal por condescendencia, por una cierta pereza vil que nos hace preferir una maledicencia que nos avergüenza á una

defensa que promovería una discusión fatigosa para nosotros y desagradable para los demás; murmuramos por mal humor en momentos determinados que nos echamos encima del primero que se presenta sin razón alguna, como borrachos bestiales, para desahogarnos de algo, quizá de un disgusto de familia ó de la acritud que deja en nuestro espíritu un dolor de nervios ó una indisposición de estómago... Otras veces, y no pocas, murmuramos por malevolencia y por envidia.

*
**

¡Qué arte tan refinado se emplea! El temor de que nos contradigan, que es como decir que seamos acusados indirectamente de ligereza, de injusticia y de envidia, nos hace circunspectos; antes de soltar la lengua, tanteamos al amigo por ver si está dispuesto á hacernos eco; nos interrogamos mutuamente con la mirada, sin que ninguno de los dos se arriesgue el primero.

No es raro que entre dos amigos, por recíproca desconfianza se respete algun tiempo á un tercero á quien los dos tienen ganas de meter el diente, no echándose encima hasta que no se tiene la seguridad de estar perfectamente de acuerdo.

A veces apercibido de que se ha llegado un poco lejos, impulsados ambos á dos por la vergüenza, se echan atrás alabando á una voz, ligeramente y sin persuasión, algun mérito sin importancia del amigo á quien maltrataron poco ha, para poder continuar maltratándolo, despues de aquella caricia con la conciencia más tranquila.

No es extraño, sospechando recíprocamente el sentimiento que nos impulsa á hablar y el ligero desprecio mútuo que se pinta en los ojos que sigamos adelante hablando mal; siempre con mucha parsimonia, con aire de no retirarnos uno á uno los vituperios más gordos para rescatar la parte de estimacion que cada cual siente haber perdido en el ánimo del otro.

Aun hallándose de acuerdo en la crítica, titubeamos un momento, consultándonos con la vista siempre que intentamos llevar algo más allá la maledicencia entrando en un órden de cosas más delicadas y más graves que hasta entonces; y cuanto más graves son estas y más feroz la murmuracion, tanto más se mitiga el lenguaje y se dulcifica la voz, como para atenuar en nuestra conciencia la tristeza de nuestras palabras.

Cuando parece que quien nos escucha ha de juzgarnos malignos y orgullosos por lo mal que hablamos de un amigo, cambiamos de discurso, haciéndole recaer sobre otro cualquier objeto, el primero que se nos ocurre, diciendo de él muchísimo bien con una extraordinaria benevolencia, haciéndonos pequeños y humildes á su lado, para mostrar así, que hemos maltratado al primero con conciencia y que no somos bocas de infierno para todos.

Ordinariamente, para que nos aprecien justos y

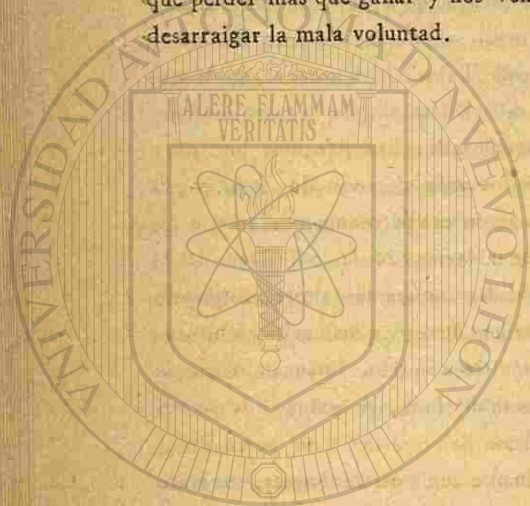
discretos, al infeliz que hemos destronado despiadadamente le dejamos el mérito de la bondad; la bondad no se niega porque no causa envidia, siendo como es una cualidad que no sirve, sino perjudica á las miras de la comun ambicion; despues de haber dicho que Fulano de Tal es un ignorante, un tonto, un cornudo con cabeza de atun, una persona insoporable terminamos diciendo:

—Es un pobre diablo despues de todo.— O bien: —Es en el fondo una persona honrada.

Otras veces por salvarnos de la odiosidad de la maledicencia, hablamos pestes del amigo, fingiendo repetir cosas oidas por otros, y á las cuales, ó no damos fé ó negamos en absoluto, insinuando en la negativa una ligerísima duda, si vemos que se nos crec á piés juntillos.

Por maldiciente que sea nuestra lengua, tenemos siempre tres ó cuatro amigos privilegiados, de los cuales no nos atrevemos á hablar mal: hemos protestado con demasiado calor en muchas ocasiones y públicamente de nuestra amistad por ellos; hemos hecho ostentacion de esa virtud nuestra; hemos dicho veces en momentos de expansion, que les considerábamos como hermanos, y si hablásemos mal de ellos mostraríamos una versatilidad vergonzosa; quisiéramos purificar la boca pero la lengua tiene

comezon; buscamos la manera de servirles delicadamente sin hacer traicion á nuestra mala intencion, pero es imposible, el amor propio tiene que perder más que ganar y nos vemos obligados á desarraigar la mala voluntad.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



A pesar del ingenio que todos ponemos por obra para decir mal de los amigos, casi todos nos engañamos como necios, en echar cuentas de lo que los amigos pueden decir de nosotros.

No hay casi nadie sinceramente persuadido de aquella vieja sentencia de que haríamos un buen contrato renunciando al bien que se diga de nosotros con tal de que no se dijera nunca mal.

Deriva esta ilusion de no estar bien persuadidos de otra verdad, cual es, que no somos juzgados tanto por las cosas que hacemos ó decimos pensadamente, como por las que hacemos y decimos sin pensarlas, toda vez que en éstas se revela nuestra naturaleza más francamente que en las primeras.

Ahora bien; nuestras inadvertencias las olvidamos y no pensamos que los demás se acuerden de ellas, que la que uno no recoje la recoje el otro; que son cien á estudiarlas y que se ayudan entre sí poniendo en comun el fruto de sus observaciones; que vein-

te palabras dichas en veinte ocasiones distintas, si cada una por sí no importa, combinadas y comentadas por cuatro amigos, revelan secretos de nuestra alma que nosotros creíamos inexcrutables; la sospecha del uno se convierte en certeza al encontrarse con la conjetura del otro, y que las sospechas y las conjeturas de unos y de otros se buscan continuamente que como no pasa día sin que murmuramos de alguien, discurriendo con holgura y á nuestro gusto, analizando los hechos con todo cuidado y bajo todos aspectos, así no pasa día sin que alguna pareja de amigos haga el mismo estudio sobre nosotros y descubra algo de nuevo que corre luego de boca en boca sirviendo de asunto á otros para profundizar más su análisis.

Este trabajo hecho todos los días por un par de amigos, de vez en cuando sirve de tema á diez que se juntan y entre los cuales se despierta el afán de sobresalir por la sutileza y por la expresión cáustica: siempre que de este modo se habla de uno, todo el material de la murmuración que ha ido reuniéndose en muchos años, se revisa y se utiliza.

Si pudiésemos oír todo lo que dicen de nosotros nuestros amigos, bien en voz alta, bien en secreto, quedaríamos confundidos; hallaríamos defectos que nunca hemos creído tener, injusticias de que no

hemos tenido conciencia; haríamos memoria de un sin fin de despropósitos y tonterías y bribonadas que saliesen de nuestros labios muchos años atrás sin que volviessen á pasar por nuestra imaginación, oiremos horrores, supersticiones malvadas, casos del código penal, dichas á porfía, como bagatelas y para dar sabor á la conversacion: confidencias que hemos hecho con grandes recomendaciones de guardar el secreto: dar á ciertas acciones ó palabras inocentísimas, locas y aviesa interpretación; ridiculizar á espaldas nuestras los amigos á quien tratamos francamente con tímido respeto de inferioridad y otros rabiosos criticándonos por cosas que el día antes merecieron las más vivas congratulaciones con voz que parecía brotar del corazón; un destrozo de nuestros hechos que excedería en mucho los cálculos más negros.

Se helarían nuestras palabras en la boca, si cada vez que hablando á un amigo sentados á la mesa del comedor, que es como el púlpito de la murmuración cotidiana y tranquila de la familia llegase á nuestro oído, la mitad tan sólo de lo que se dice seguramente de nosotros, en aquel mismo momento, en cualquiera otra mesa semejante á la nuestra y con idéntica beatitud á la que traspira de nuestros ojos y de nuestra voz.

Hay, sin embargo, una gran diferencia entre unos y otros, no tanto en merecer cuanto en atraer la maledicencia.

Los hay, por ejemplo que se sustraen á ella en virtud de sus mismos defectos, que son de aquellos defectos útiles, casi necesarios al comercio de la vida y por los cuales, más que por las virtudes es respetada y acariciada mucha gente, mientras que otros pobres diablos llenos de buenas cualidades son fustigados, sin misericordia por algun pequeño defecto saliente y agudo que todos ven y que á todos hiera.

Hay algunos de los cuales no se dice nada malo porque no tienen nada ni de desagradable ni de envidiable; el que intenta morderles pronto se cansa, maravillado de no encontrar nada que sepa á algo; la maledicencia le olfatea y sigue adelante como hacen los perros con las piedras.

Gozan los bonachones de una especie de inmu-

dad á quienes se puede decir todo en su cara, porque maltratándoles á escondidas, no se siente el gusto del fruto prohibido.

Se economiza también la murmuración hasta un cierto punto en aquellos que tienen la condición de ser en todo y á todos notablemente antipáticos, porque hasta da fastidio el hablar mal de ellos y no se saca sustancia en derribar las puertas abiertas de par en par.

En mejor situación se hallan los bribones reconocidos; quedan á un lado porque no se les puede herir sino con grandes golpes y no se experimenta verdadero placer más que en la murmuración que consiente el trabajo delicado y tranquilo de la pequeña tijera. Lo pasan bien y sin dificultad los que tienen la franqueza ó la astucia de pro- palar todos sus secretos, de confesar todos sus defectos y de dirigirse vituperios á sí mismo, mostrando así la mayor indiferencia por la estima ó por el desprecio de los demás; de suerte que los amigos no hallan donde morderles sin que se encuentren con las señales de los propios dientes, olvidándoles por esto como olvida el crítico ciertos libros, cuyos autores se consideran unos bestias en el prefacio.

Poco se maltrata ordinariamente á los que no di-

cen nunca mal de nadie, porque no se conocen lo bastante, sirviendo como nada para esconder el interior de uno, el abstenerse de la murmuración en la cual se revelan los defectos de uno, como se manifiestan ciertos defectos físicos al tirar á la esgrima.

De algunos otros no se habla más en el círculo de amigos en que viven, porque no ocupan todavía bastante lugar; son demasiado jóvenes y demasiado oscuros; es preciso que crezcan; serán elevados al honor más tarde, cuando hayan logrado los años de la juventud social.

Los que peor se encuentran son los que á muchas buenas cualidades que les hacen estimables reúnen grandes defectos sobre los cuales hay mucho que contar, porque sobre estas desigualdades se agarra divinamente la maledicencia, y el sujeto presenta muchas caras, y da motivo á discutir, á estudiar, decir y desdecir, provocando rabiosas y elocuentes discusiones: estos son el blanco cotidiano de la maledicencia de todos, afanándonos por darles golpes precisamente porque la estimación que nos imponen, hace que á cada momento se alce ante nuestros ojos.

Entre estos hay algunos muy raros de los cuales no se dice na la malo; porque no sabemos por qué

no sabemos por qué lado atacarlos, son tan buenos, lógicos, justos y respetables que no hay manera: la conversación frecuentemente gira en torno suyo, les roza, tocándoles, pero nadie se atreve á meterles la uña.

No se renuncia por esto, sin embargo, á decir de ellos alguna cosa; á tanto llega el despecho por no poder decir nada. Se dice:—Fulano no me agrada—sin más. O se añade como excusa: —No sé por qué. Es una antipatía misteriosa. Nadie nos puede matar por semejante cosa.

Hay una maledicencia de la cual nadie se escapa: la que se fija sin traspasar nunca el exterior de la persona en la imitación de la cara y de los gestos, la simulación de la voz y de la pronunciación, el ridiculizar ciertas costumbres físicas y ciertos vicios de lenguaje; maledicencia, ó por mejor decir, crítica horrible que nos llega más á lo vivo que la otra porque nos expone al ridículo más terrible: la desestima y porque no perjudicando el carácter de la persona tiene todo el agrado sin la odiosidad de la maledicencia ordinaria, todos la aplauden y hacen eco sin escrúpulos.

Y no hay que hacerse ilusiones, á todos nos toca un poco, áun á los que no tienen nada de ridículo, puesto que la imitación exacta de una actitud ó de la manera de hablar tiene una fuerza cómica por sí misma que despierta la risa.

Todos tenemos, sin embargo, algo que se presta á la broma y que no es imposible advertir, como no

es imposible sorprender en el espejo el movimiento de nuestra mirada: observamos en nosotros mismos pequeñísimos defectos, ó dejamos escapar algunos gordos y más ridículos, que el amor propio no consiente ni aun sospechar de lejos, precisamente porque son grandes; y moriremos sin conocerlos, porque el temor de ofendernos detendría siempre á los amigos de decirlos; nuestra sorpresa será grande al no haberlos advertido, el día que nos los echasen en cara.

Esta maledicencia especial tiene sus artistas, buscados y agasajados por todos, y tanto más temibles cuanto que cada uno tiene luego sus imitadores, pequeño grupo de discípulos que se perfeccionan en su escuela; existiendo en todos la manía de imitar la imitación, más que de imitar la naturaleza.

Cada cual tiene una habilidad particular: el uno imita los mohines y la risa, como si en diez años no se hubiera ejercitado en otra cosa: otro reproduce vuestra manera de razonar, metiendo en su discurso la sustancia de nuestras opiniones y todos los uzares comunes y estribillos de nuestra conversacion, que ha ido tomando uno á uno en años enteros de observacion, combinándolos, como si fuera un mosaico, con arte ingenioso: otro que tal, es insuperable en la imitación de uno solo de nuestros gestos que los ami-

gos le hacen repetir continuamente, teniendo que oprimirse para no estallar de risa, el gesto con el cual de cuando en cuando, volvemos y revolvemos la mano extendida, mirándola con complacencia.

¡Quién sabe cuántas veces mientras creemos que un amigo nos oye con toda su atención, vanagloriándonos por ello, el tunante está estudiando una inflexión de voz peculiar nuestra, que aun le falta, para hacernos la caricatura perfecta en el círculo de amigos, en el cual somos el asunto preferido; cuántas veces valiéndose de mil artificios no somos arrastrados á una conversacion que sirve de diversion á la compañía, que se empeña en hacernos caer en ciertas repeticiones ridículas, en las cuales caemos regularmente, sin apercibirnos, siempre que se suscita aquella conversacion; cuántas veces mientras estamos solos en nuestra habitacion, absortos en una lectura que nos exalta, ó sobrecojidos por heróicas imaginaciones que nos hacen tomar actitudes de estatua antigua, hay un salon en el extremo opuesto de la ciudad, ó una sala de fonda, en la cual resuena un concierto de carcajadas homéricas y de estrepitosos aplausos, verdadera bacanal carnalesca, provocada en una compañía de gente alegre, por un amigo nuestro, dulce y tranquilo, que como un mono imita nuestra mímica.

*
* *

Es raro que los amigos se detengan en la pura broma porque de esta se resbala, por muchos caminos, sin notarlo, en la verdadera maledicencia: frecuentemente más bien no es la burla sino una manera de prepararse el terreno para hablar mal de un amigo sobre el cual no se aventura uno á estender la garra repentina y brutalmente.

En la maledicencia procedemos todos segun ciertas reglas dictadas por nuestro interés. Somos indulgentes, la mayor parte por los defectos aún los más graves que no nos atañen; no tenemos piedad contra el orgullo porque nos hiere la vanidad; para la ambicion porque nos corta el camino; para la avaricia porque nos defrauda; para la tontería porque nos irrita, pero jamás decimos nada malo del amigo que nos abruma con atenciones y en su casa es un tirano villano y odioso para con sus inferiores. Somos feroces contra todo lo que remueve la envidia.

El amigo que trabaja con infatigable ardor y con

éxito, se preocupa mucho de los cuartos, se embrutece en el trabajo, prostituye su profesion, no sabe vivir en el mundo, se hace egoísta, se ríe de los amigos, no es capaz de sentimientos nobles, y llegará á morirse físico sobre sus riquezas, sin que le llore ni un perro. El que posee el amor de una mujer y parece feliz con su amor, no se comprende cómo haya podido inspirarlo, es ridículo y debe ser burlado; es burlado, olvida sus negocios, ostenta su pasión como si fuera un colegial, no tiene dignidad, se ha hecho insoportable, de día en día se nota su mayor estupidez y ya no se tiene en pié.

El que parte para un largo viaje de placer, derrocha el dinero, debía haber elegido otro país, [va á estallar de aburrimiento en el camino, se volverá sin haber visto nada, y se dará aires ridículos de gran viajero.

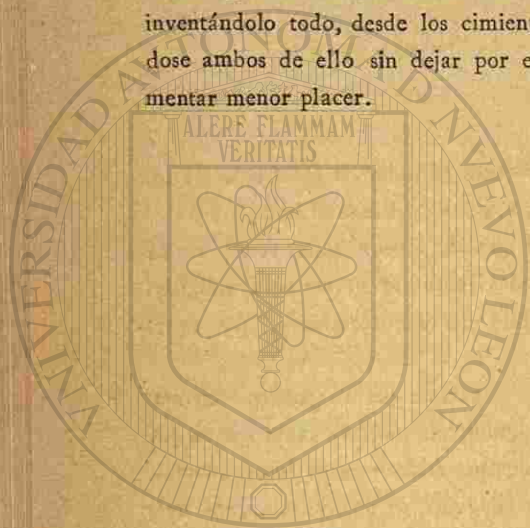
A tanto obliga la necesidad de hablar mal, que cuando nada se ocurre que criticar en una persona, se repite una misma cosa hasta el infinito, haciendo sobre ella interminables variaciones, como hacen los violinistas sobre un motivo de música, sin aburrirse jamás; trescientas sesenta y cinco veces se cuenta, en ciertas tertulias nocturnas, que Fulano de Tal comete errores de ortografía y que tiene una deuda de trescientas pesetas con su peluquero.

Inesperadamente llegan ayudas: se ha dicho de un amigo todo lo posible, comenzando ya á saciarse, y se presenta en la familia un amigo nuevo que conoció al mártir en otros tiempos y en otro estado, y que lleva un buen refresco de noticias y documentos nuevos, sirve de alimento y hace reverdecir la maledicencia durante otro período de tiempo.

Todos se ingenian para alguna cosa; los unos, para poder hablar mal de su amigo, interrogan sobre puntos técnicos á sus compañeros de profesion; otros acuden al abogado para saber su conducta en asuntos de intereses; á las antiguas amantes, sobre sus amores; á sus amigos extranjeros, acerca de cómo habla su lengua. No hay necesidad de investigar siquiera: la materia circula y basta aferarla al pasar.

Se sabe todo y se saca partido de todo; sábese que pidió prestado para poder tener palco en el teatro; se dice que al final de la comida se da una cabezada con los labios colgantes como un búfalo; que trata con dureza á las personas del servicio; que no ha perdido ni una noche siquiera por la última enfermedad de su mujer; que ha dejado en manos de su hija una novela muy mala, y por olfatear, olfatea la maledicencia en todos los rincones más escondidos de nuestra casa, persi-

guiéndonos hasta sobre la almohada de nuestra cama. Cuando nada se sabe, se inventa: á cada paso ocurre que dos amigos hablen mal de un tercero, inventándolo todo, desde los cimientos, apercibiéndose ambos de ello sin dejar por esto de experimentar menor placer.



*
*
*

Los más escrutados de todos en el círculo de los amigos propios, son los "distinguidísimos."

Su celebridad, grande ó pequeña, es como la gran manta de que todos juntos se sirven para infligirles el famoso suplicio del manteamiento, que sufrió Sancho Panza.

A cada cual le parece que se puede decir mal de ellos sin escrúpulos, porque hay tanta gente que hable bien que siempre saldrán gananciosos; además, su condicion privilegiada es una provocacion irritante para la maledicencia, aun para los mismos que los quieren. Sus amigos más íntimos, hablan mal para demostrar que no son adaladores serviles. Otros, con gentes que no les conocen, hablan mal por vanidad, para hacer ver que tienen con ellos una gran confianza y que conocen sus defectos más íntimos; si tienen necesidad, ellos mismos inventan los defectos.

—¿Conocéis á Fulano de Tal?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTÍNEZ"
Año 1925 MONTEREY, MEXICO

—¿Cómo no? Un puerco que es capaz de estarse un mes sin pasarse un peine por la cabeza.

Lo único que no dicen de ellos los amigos íntimos es que son soberbios, porque la acusación heriría de rechazo el orgullo propio: en lugar de esto se les pinta siempre como pobres diablos, manejables como trapos de limpiar.

Si hay algo que pueda presentarlos en ridículo, empuqueñecerlos en alguna manera en el concepto de los ingenuos que les admiran de lejos, se recoge, se engruesa y se le hace girar con celo apostólico. Con que el amigo no tenga horror al Chianti, todos cuentan haberle levantado diez veces de debajo de la mesa, hasta llevarlo en brazos á tomar un coche.

Si no arroja el dinero á manos llenas, es un tacaño.

Si es un pozo de ciencia y se le escapa por casualidad un despropósito, es una diversión para todos: cien pinzas cogen al vuelo el despropósito, y lo colocan con toda delicadeza bajo un fanal de cristal, donde años enteros permanece expuesto á las miradas de medio mundo, metiendo un ruido de comerciantes en feria. Las más pequeñas lagunas de su doctrina, los lados débiles de su ingenio son rebuscados con inextinguible paciencia, y una

vez descubiertos, sirven de entretenimiento á los más idiotas. Cuando dá un gran fiasco, la maledicencia se hace piadosa.

—¿Cómo va? —¿Quién le ha visto? —¿Está muy cambiado?

—¡Oh! Está descorazonado; ya no se levantará; es un hombre muerto.—Y todos encuentran una razón para justificar la salida.

Cuando alcanza un triunfo sucede una breve tregua, todos callan para no hacerse sospechosos de envidia, despues, poco á poco, animándose unos á otros, vuelven á hablar mal con mayor denuedo para hacerle más llevadera su buena fortuna.

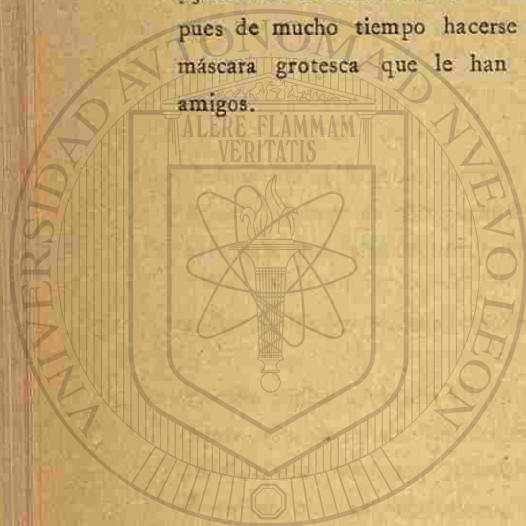
Quitado de su arte ó de su ciencia, es siempre un hombre nulo.

Si es un poeta, no distingue un ángulo agudo de un ángulo obtuso; si es un matemático confunde á los godos con los sarracenos.

Lo que hace de bueno, ó le viene naturalmente, como al pájaro el canto y lo hace casi á pesar suyo, de modo que no tiene ningun mérito; ó le cuesta una fatiga tan bestial, que se puede decir que lo debe todo al trabajo y nada al ingenio.

Sus amigos esparcen á su cargo tan extraños dichos, que el pobre hombre, llegando entre gente nueva, se encuentra á menudo ante mil prevenciones

desfavorables que no consiguen explicarse, y juzgado de una manera torcida, cargado á veces por defectos lejanísimos de su naturaleza no consiguen hasta después de mucho tiempo hacerse reconocer bajo la máscara grotesca que le han puesto encima los amigos.



*
*
*

Los "clarísimos" ejercen contra ellos una maledicencia particular, amenísima; en especial los literatos y los artistas, entre los cuales son más vivos los celos.

Es una maledicencia llena de esquisitas delicadezas.

Algunos, para no hablar mal de aquellos, respecto á los cuales su maledicencia sería demasiado sospechosa, los alaban siempre, pero con una alabanza engañosa, que calla aquello que hay de mejor en ellos, y se baja, en cierto modo, para acariciarlos y así les hace parecer pigmeos.

Otros ensordecen con un elogio caluroso y sin restricciones de su colega, para alejar toda sospecha de celos, y después puesta la espalda al seguro, descende á los particulares y hablando pausadamente, á fuerza de pequeñas observaciones discretas, anulan una á una, con delicadeza y por órden, todas las alabanzas que han prodigado al principio.

Ciertos otros, aun más mentirosos cuando la conversacion recae sobre sus rivales más temidos, cierran la boca, pero con ostentacion, para hacer ver que callan porque quieren, que no intentan decir nada por no hablar mal y así dejan comprender que podrían decir herejías y hacen un mérito de aquel silencio, más venenoso todavía que la maledicencia.

Pero lo más gracioso es cuando uno de ellos, encontrándose en medio de estraños que despedazan á un compañero, toma valerosamente la defensa; el muy zorro goza con toda su alma de que pelen al otro y hace al mismo tiempo el honroso papel de defensor de su rival; pero es preciso ver con qué profundo respeto escucha los razonamientos de los adversarios, con qué dulzura los combate y qué listo anda para atenuar el valor de los propios argumentos defensivos apenas se apercibe de que empiezan á persuadir.

Algunas veces, tambien los más prudentes se des-
enmascaran; entonan las alabanzas del colega en coro con los demás, para mostrarse justos y generosos; está bien, pero ¡canastos! abusan: no acaban nunca de cantar, y entonces pierden de repente la paciencia, la prudencia y el pudor y se echan encima del ensalzado con una rabia felina en que se desar-

rollan todos los instintos sanguinarios de su envidia.

Cuando se encuentran muchos juntos, están circunspectos; saben que cada cual conoce los celos, la envidia y la táctica de la maledicencia de todos los demás; es demasiado difícil hacer la cosa con disimulo.

Entonces hablan mal de los rivales ausentes, así como quien no quiere, inspeccionándose respectivamente; á menudo alaban á alguno, todos á una para hacer nacer el despecho unos en otros, y no hay cosa más cómica que el contraste que hacen, con aquella aparente armonía de opiniones, las miradas que se cambian.

Otras veces—aunque raras,—se encuentran de acuerdo todos en hacer aquel servicio á uno solo, y entonces el destrozado se encuentra como cojido entre las ruedas dentadas de una máquina en movimiento, de la cual no salen más que pedazos de huesos y trozos de carne.

Pero el trabajo regular y duradero de destruccion recíproca, los artistas no lo hacen más que con los amigos estraños á su arte; y lo hacen por lo general pausadamente cuando pueden hablar con toda comodidad, con largas disertaciones, subiendo á los altos principios del arte, con aire de pensadores.

imparciales y serenos; entonces no hacen cuestion de personas, demuestran que tal y tal otro no valen una punta de cigarro, con largos razonamientos empedrados de palabras técnicas y de axiomas que truncan las objeciones en la boca del profano.

El discurso termina casi siempre con una exclamacion acompañada de un suspiro sobre las dificultades tremendas del arte que debería hacer al mundo indulgente.

*
*
*

¡Pero cómo cambia de forma y de naturaleza la maledicencia, según el lugar en que nos encontramos, la hora, la manera de estar y otras cien cosas!

Con los amigos que encontramos de día por la calle, entre el vaiven de la muchedumbre, ajustamos á los ausentes en rápidos toques, hacemos ejecuciones sumarias con la brutalidad de gente ocupada que no tiene tiempo de profundizar los argumentos ni escoger las palabras.

En los paseos tranquilos por el campo, vienen bien las largas biografías, los pacientes análisis psicológicos, interrumpidos de vez en cuando para volver una mirada serena por el horizonte, visto el cual y la paz del hogar y el buen humor que resulta del ejercicio corporal, disponen el ánimo á una maledicencia templada, á veces vasta y profunda.

La peor maledicencia es aquella que se ejercita en

los salones, porque allí el amor propio está más excitado, y la presencia de señoras impone una moderación de lenguaje que irrita al maldiciente y le hace verter tanto mayor veneno cuando menor violencia puede introducir en las palabras.

En el café por lo regular, entre amigos, la falta de toda traba nos hace inclinarse á una maledicencia mezquina, de la cual se sale casi siempre con asco.

En el teatro, la excitación de los nervios y la alegría, hacen prevalecer la maledicencia epigramática.

Se experimenta un gusto particular en hablar mal del amigo presente y lejano, porque su presencia es un estímulo, y gracias á su alejamiento se está libre; y el gusto es doble, cuando el amigo nos mira desde un palco, sonriendo, presa de vaga sospecha que arroja una sombra á su sonrisa.

En la mayor parte de los casos, no es tan malo caer entre los dientes de los amigos sentados: la maledicencia que tiene todas sus comodidades, es incomparablemente más feroz que la otra,

También influye mucho el estado del estómago. Se es tremendo en los días de digestión difícil; se habla, por el contrario, con cierta gravedad amorosa de preceptor, durante la somnolencia de una quilificación suave.

Los amigos atormentados por los callos, son severísimos, os cargan un epíteto injurioso en cada palabra; algunos os echan la cruz á cuestras, regularmente, todos los días de viento; otros indulgentes todo el día, son despiadados por la mañana apenas levantados y no se encuentran bien del estómago hasta que han devorado cualquier pedazo de la reputación de un amigo.

Pero la verdadera maledicencia, la maledicencia universal y desahogada no tiene lugar hasta la noche cuando todos tienen necesidad de compensarse de las fatigas y vengarse de las contrariedades del día; entonces una mitad del género humano habla mal de la otra mitad.

Si en una ciudad grande, dando un vuelo con la rapidez del águila, pudiese uno acercarse á todos los círculos, poner la oreja en todas las puertas, coger cualquier palabra de todos los que pasean, distinguir voz por voz todo el inmenso murmullo de aquel inmenso hormiguero, nos encontraríamos que tres partes de los discursos pertenecen á la maledicencia y las tres cuartas partes de aquella maledicencia va de amigos contra amigos.

Es fácil reconocer durante las tardes, por la calle, los que se encuentran ocupados en aquel dulce ejercicio; cuando se ven á dos personas de cierta edad,

paseando y hablando vivamente, gesticulando con el índice estendido, haciéndose, los dos signos de aprobacion, acercándose bajando la voz y mirando circunspectos á su alrededor y prorumpir en sabrosas risotadas, bien puede apostarse ciento contra uno que están desollando á un amigo.

En ninguna parte, como en una comida de amigos, hay manera de estudiar el lado cómico de la maledicencia. ¡Cuán fácil es de seguir la progresion!

En un principio, la conversacion está dividida en muchos asuntos; no se siente hasta la mitad de la comida la necesidad de cortar trajes á cualquier amigo ausente, todos á una.

Las lenguas se sueltan; los espíritus están excitados: basta arrojar un nombre en medio de la mesa, para que todos estén de acuerdo para romper el fuego.

A los primeros disparos hay un poco de reserva: la maledicencia se mantiene en un terreno decente; pellizca, pincha, abofetea, pelotea al amigo con cierto miramiento para no destrozarlo tan pronto. Pero á cada sorbo de vino se arroja un poco de miramiento. El amigo que poco ántes "no era un águila" ahora empieza á presentar de lejos los contornos de un gorrion. Una broma algo impertinente de un comensal, es acogida con un murmullo de desapro-

bacion medio seria, medio bufa; pero la segunda broma, aun más acerada que viene en seguida, no levanta más que una general risotada.

Se llega á los datos biográficos: todos tienen la memoria lucidísima y en la boca, sin buscarlo, mil ridículas particularidades que hacía tiempo no recordaban. La maledicencia se intrinca; levanta la voz y dice bufonerías; cada cual procura llamar á sí, por un momento la atencion general: el asno va tomando cada vez contornos más limpios; cada cual, despues de vaciado un vaso, procura ver sobre el asno una figura de bribon; entónces los maldicientes se dividen en dos grupos: los que tienen el vino bueno se mantienen en las bromas, ensanchándolas poco á poco; los que tienen mal vino pasan á la maledicencia sangrienta y las injurias se cruzan con las burlas.

Al destapar las botellas de nuevo vino, cesan las tentativas de oposicion de los más moderados; befas, revelaciones poco delicadas, iavenciones, medias calumnias, cosas de que todos se avergonzarían en ayunas; la víctima es peloteada de un lado á otro de la mesa, como fardo de pingajos y sirve de objeto de las risas de todos.

Las fantasías son tan fecundas, que el argumento resulta inagotable. Si hay uno que proponga cambiar no es escuchado. Se forman aquí y allá parejas de

comensales, que en medio de los gritos de la tertulia, se dicen en voz baja aquello que no consigue hacer oír á la muchedumbre, trabajan su nombre en secreto y procuran acabarlo por cuenta propia.

Después se reúnen en un ángulo de la sala los más feroces y empiezan á decir gravemente aquello que no pudieron decir entre la algarada y la risa durante la comida; en otro rincón se recogen los más blandos, á terminar las epigramáticas anécdotas interrumpidas.

A veces, aquel encarnizamiento inhumano contra un desgraciado, se prolonga por la calle hasta bien avanzada la noche; se distinguen grupos de amigos que se retiran, con el rostro encendido que acusa una comida opípara, pasar lentamente, murmurando en alta voz y hacer un círculo en torno de uno de ellos que arranca carcajadas de todos con un epigrama mordaz.

Y aquel es el último martillazo, el golpe de gracia que la comitiva da á un amigo común que está martirizando hace muchas horas.

Dirán todos, despertándose al día siguiente:

—Verdaderamente hemos ido un poco demasiado deprisa ayer tarde.—Y tendrán un poco de vergüenza... Pero irán un poco más allá en otra ocasión.



¡Qué preciosa fuente de ridículo nos faltaría de repente, si curásemos de esta enfermedad de la maledicencia! ¡Qué bellas escenas perderíamos!

¿Habeis visto alguna vez á cuatro amigos que pasean de dos en dos, y los dos que van detrás hablan mal de los dos que van delante, los cuales les pagan con la misma moneda, y después las parejas se cambian diversamente, y entonces cada cual se asocia con el nuevo vecino para servir de copa y de cuchillo al amigo que ha dejado, hasta que se forma una tercera combinación con la cual todos quedan en paz?

Es un caso que se da á menudo.

¿Y cuándo en una compañía de deslenguados, por la tarde, no hay nadie que quiera marcharse el primero, por miedo de ser hecho pedazos por los que se quedan, y cada cual quiere acompañar á casa á todos los demás, y el paseo se prolonga á despecho de todos, hasta que uno propone que

se separen todos en el mismo punto y se marchen á casa por diferentes caminos?

¿Y lo gracioso de la escena muda que se hace en un salon cuando uno toma la puerta, y todos se miran, mostrando en los ojos la intencion de hablar mal de aquella persona y sonrïen á flor de labios, en los pocos minutos de silencio que suceden, adivinando unos en otros el sentimiento de pudor que les impide empezar pronto y la impaciencia pueril que les devora?

¿Y las hermosas escenas que se suceden entre amigos, al salir de una conversacion, cuando, poniéndose los abrigos en la antesala, felices del material de maledicencia que han recogido durante la tertulia, cambian en voz baja, entre risas comprimidas, las primeras observaciones que sueltan con loco placer, al aire abierto, despues de haber soltado las primeras estocadas bajando la escalera como colegiales?

¿Y la cara indefinible que hace el amigo maldiciente cuando sorprende una conversacion precisamente en el punto en que se ha acabado de desollar una víctima á quien tiene ganas, y se arroja ávidamente sobre los restos, malhumorado por haber llegado tarde y contento al mismo tiempo por poder aspirar todavía el olor del estrago?

¿Y la mala figura que hace un personaje encumbrado cuando lee un discurso solemne en una gran comida, mientras los dos comensales que están á derecha y los dos que están á izquierda, hablan mal de él, con las cabezas inclinadas y juntas, y alrededor de la mesa se ven todas las demás caras, reunidas de dos en dos, sonrïentes, con la maledicencia en los ojos y en la boca, hasta que todos se vuelven al final de la lectura y prorumpen en uno de aquellos aplausos, como dirán los periódicos al día siguiente, que salen de lo más profundo del alma?

¿Y el curioso juego de miradas que tiene lugar entre tres amigos, cuando uno se encuentra por la calle con otros dos, y les coge en flagrante delito de decir pestes de él, y los primeros le dispensan una acogida extraordinaria, cambiando miradas centelleantes, y él sospecha algo, y está indeciso entre reir con ellos ó repartir unos cachetes por barba?

¿Y la bella ingenuidad de aquellos maldicientes implacables, los cuales, despues de diez años que hacen cargar con la cruz á cuestas al mundo entero, se extrañan de repente y se maravillan profundamente y se lamentan con lágrimas en los ojos de tener enemigos?

Y esta es una ingenuidad muy comun, la cual deriva de no estar bastante persuadidos de esto: que los amigos, pronto ó tarde, resultan con seguridad, casi todo aquello que decimos de ellos.

En esto, les ayudamos nosotros mismos: de ciertas reticencias nuestras, de ciertos silencios, de ciertas expresiones de la cara, ellos adivinan poco á poco, en qué sentido, á propósito de qué cosas, tenemos la costumbre de hablar de ellos, y por esto resulta para ellos fácil hacerse decir por los otros nuestras maledicencias.

Pero no es menester que indagemos. Los amigos sinceros, como dice un escritor, están hechos á propósito para hacernos saber el mal que dicen de nosotros los amigos dobles.

Y es, por cierto, curiosa, la vuelta que dan las maledicencias para llegar á nuestros oídos. A veces llega una en veinticuatro horas, pasando por boca de

diez amigos, los cuales se las transmiten uno á uno sin interrupcion, como hacen con los ladrillos los albañiles, y el último nos la viene á traer inmediatamente, todavía humeante.

Otras veces, pasa por otros diez amigos, que la olvidan todos excepto uno, el cual la retiene por mucho tiempo, la lleva consigo, la arrastra á lo mejor á lejanos países y nos la sirve despues en un momento dado, años y años más tarde, ya seca y pasada.

De otras maledicencias logramos saber que ántes de llegar á nosotros dan una vuelta alrededor, se alejan, se acercan, hacen zig-zag entre personas desconocidas, viajan por el correo, naufragan y vuelven á nado muchas veces.

Los amigos, ántes de venir á notificárnosla, la trabajan á su manera; algunos, no encontrándola bastante sabrosa, le añaden pimienta; otros, cuando son demasiado gordas, las desmenuzan en píldoras y nos las hacen tragar una á una.

¿Y el modo de traérnoslas? Hay celosos que vienen á hacernos una visita á propósito desde un lejano barrio de la ciudad, despues de tres meses que no daban muestra de estar vivos, y nos besan al entrar en casa.

El exordio es casi siempre el mismo:

—Hé oído una cosa que me ha disgustado.

Otros la toman larga, para no tener aire de haber venido con aquel objeto; tan larga, que ya habeis adivinado la cosa, y ellos dan vueltas todavía con aire de inocencia; despues dejan caer el golpe descuidadamente, mirando aquí y allá y luego á vosotros con el rabillo del ojo.

Muchas veces el amigo trae la maledicencia, no por otra cosa que por deciros de pasada, por boca de otro, aquello que quisieran deciros por cuenta propia; y os exhorta á que riáis; pero si os ve reir sinceramente os hace comprender, apretando los labios, que en las palabras de aquel tercero hay algo de justo, ó al ménos de grave, y cuando no otra cosa, de perdido.

Otros tienen un arte más fino para hacer os sentir en lo vivo la estocada; ántes de deciros lo que no puede pasaros de la epidermis, se muestran titubeantes, os preguntan si lo tomareis á mal, quieren la promesa de que no os vais á incomodar, y así os hacen comprender que juzgan la cosa grave y que si teneis el sentimiento delicado, debeis encontrarla también vosotros gravísima.

Algunas veces, para hacerlo mejor, os lo empiezan á decir y luego lo dejan á la mitad: no quieren referirlo todo, es imposible: no sería acción de buen amigo, y para inducirles á vaciar el saco, no teneis

más que fingir que quereis cambiar de conversacion.

Y todos os han defendido á capa y espada, naturalmente, y rechazan el agradecimiento con un gesto de descuido.

* * *

Cada cual tiene un modo de sentir la maledicencia, el cual corresponde á la medida de su orgullo y al grado de experiencia y conocimiento intuitivo que tienen de su prójimo.

Hay originales que gozan haciéndose repetir las bribonadas que dicen de ellos los amigos y las buscan con curiosidad, y se distraen como de cosas que no les atañeran en lo más mínimo, porque están habituados á pensar tan mal, que cualquier maledicencia queda por debajo de su espectacion y siempre salen ganando.

Otros por la cosa más pequeña que llegan á saber, pierden la paz; buscan subir al primer origen de la especie, interrogando á todos los amigos porque ha pasado, justificándose con cada uno, trabajando un mes para destruir el efecto de una palabra y viven en una continua inquietud, con los ojos alerta, con las orejas extendidas, sospechando siempre que todos digan infamias y horrores de ellos.

Hay tambien violentos que por cada bagatela, amenazan con hacer una tragedia; pero estos, por lo regular, se aquietan despues de la primera juventud, cuando han experimentado que, enfureciéndose no logran más que tener un poco lejana la maledicencia; pero que cuanto más se aleja, se hace más encarnizada y más agradable; la malignidad de los amigos á la cual se quita el desahogo, se convierte en ódio.

Pero casi todos sufrimos vivamente de la maledicencia. Tenemos una buena manera de estar preparados á lo peor é imaginarnos las mil vueltas y juicios desfavorables y los escarnios que nos vienen á referir; pero al oírlos contar con palabras determinadas se nos hacen siempre inesperados; estábamos preparados á todo fuera de aquella única cosa que se nos cuenta en aquel momento: estábamos tambien preparados á aquella, pero no en aquellos términos particulares con que ha sido expresada.

Y la poca profundidad de nuestras amistades se revela en esto: que cuando se nos denuncia la maledicencia de un amigo íntimo, si lo quisiéramos de veras, deberíamos sentir más dolor que despecho; y sucede siempre lo contrario: nuestro primer sentimiento es el deseo de venganza; no nos sentimos heridos en el corazon sino en el orgullo.

Sin embargo, avanzando en los años, nos hacemos siempre más tolerantes.

Reconociendo cada día cuán poco peso dan los hombres á sus palabras, con qué facilidad se desdican hoy de lo que dijeron ayer, por cuántas razones dicen á cada momento lo contrario de lo que piensan y cuán á menudo sucede que una persona desconocida, se nos hace simpática á fuerza de oír hablar mal de ella, acabamos todos por ser indiferentes á la maledicencia de nuestros amigos.

Casi nos alegra, porque nos hace conocer mejor á nosotros mismos y á ellos.

Y no hay estudio psicológico más útil y más agradable.

No hay más que probarse y buscar coger el método particular de maledicencia de cada uno de nuestros amigos, descubrir las personas que cada cual maltrata de preferencia y los defectos para los cuales es más severo; notar cada noche, en el corro de cuantos amigos ausentes se habla mal, cómo procede la maledicencia, la parte que toma cada uno, las contradicciones que nacen y los sentimientos ocultos que la mueven; después de pocos días de esta prueba, se apercebe uno infaliblemente, si la ocasión se presenta de haber hecho un gran paso adelante en el cami-

no de la indiferencia por todo el mal que los amigos pueden decir de él.

A quien sufre demasiado por la maledicencia, no hay más que sugerirle este remedio:

—¡Estúdiala!

El argumento lo merece de veras.

El campo es ilimitado y se encuentran maravillas, casos psicológicos inesperados que valen un tesoro, y que compensan largamente de cualquier amargura.

¿Os imagináis un caballero que al primer anuncio de la enfermedad de un amigo, corre á su casa, se coloca á la cabecera como un enfermero, le sirve con el afecto de una madre, se entenece hasta el llanto, vela tres noches seguidas entre la admiración y las bendiciones de la familia, y saliendo al tercer día para respirar una bocanada de aire, y encontrándose á Fulanito de Tal, le dice que el enfermo es un sucio, y que su casa es una sentina y una porción de maldades por el estilo, despues de lo cual vuelve á asistir al amigo con la ternura de antes?

¿Os representáis á otro amigo, que despues de haber almorzado en vuestra casa donde tomó media turca de vino del Rin que le arrancó mil protestas

líficas de amistad, va diciendo que derrocháis estúpidamente los cuartos para hacer el gran señor y que quitais el pan de la boca á vuestros hijos y se acalora y parece que se enfade y sufra como si labrárais su propia ruina?

¿Habeis oido á un amigo vuestro, al cual, un artista confesó en un momento de emocion, todos los defectos de un trabajo suyo, servirse de estas confesiones para lacerar su reputacion artística y no ya por ódio ó propósito de hacerle daño, sino solo para mostrar que nadie penetra más adentro que él, con el bisturí de la crítica en la naturaleza de aquel ingenio?

¿No os habeis sentido jamás vosotros mismos empujados á censurar con extraordinaria acrimonia un defecto íntimo de un amigo, que habeis descubierto vosotros solos, y que conoceis profundamente, por la única razon de que lo teneis también, y habeis estudiado el defecto del amigo en vuestra alma?

¿Os habeis encontrado alguna vez en medio de veinte personas que esperan, delante de una fonda, á un amigo comun, para un banquete que le han ofrecido en señal de amistad y de honor, todos de acuerdo y expontáneamente aprovechar el retraso del amigo, para tritararlo de un modo inhumano,

sin sombra de rencor, por el solo gusto de matar el tiempo agradablemente?

No hay contradicción ni extrañeza que no se encuentre en la maledicencia; gente que pone de vuelta y media á un amigo, sólo por causar despecho á un tercero y para hacer gozar á otro que se ve obligado á agradecerlo, ó por hacer ver que no teme á aquel amigo, el cual tiene reputación de hombre temible; otros, que antes de renunciar al gusto de despedazar hoy á un amigo, del cual cantaban ayer los alabanzas, se acusan de haberle ensalzado por hipocresía, ó por ignorancia, ó por interés; maldicientes en que el vicio de la maledicencia está de tal modo engrandecido, que no sólo no pueden decir, pero ni siquiera oír decir bien de nadie, ni siquiera de la gente que no conocen, y gruñen en señal de protesta, ó sonrían con aire de duda al escuchar cualquier alabanza, sea proferida por quien quiera y dirigida á quien sea: viejos amigos estrechísimos, que viven juntos años y años, que se dieron mil pruebas de amistad, que al pasar un día separados, se encuentran tristes y malhumorados, como ciegos sin bastón y que, sin embargo, no pueden volverse la espalda sin hablar mal uno del otro, y aprovechan todos los retazos de tiempo para cortarse chalecos, con los amigos

comunes, los cuales, es claro, hablan mal á su vez de los dos.

¡Cuánto se ódia la maledicencia cuando se piensa en estas miserias!

Esto no obstante, sucede á todos, de tiempo en tiempo, volver á casa indignados de la vileza y de la ferocidad de la propia lengua y hacer el propósito solemne de no hablar mal de nadie. No refrenándose jamás, bajamos poco á poco, sin apercibirnos, al terreno resbaladizo de la crítica, de la irrisión y de la calumnia, que nos hace odiosos á nuestros propios ojos.

—Empezando de mañana—nos decimos,—no nos saldrá de la boca una palabra malévola á cargo de ninguno de nuestros amigos.

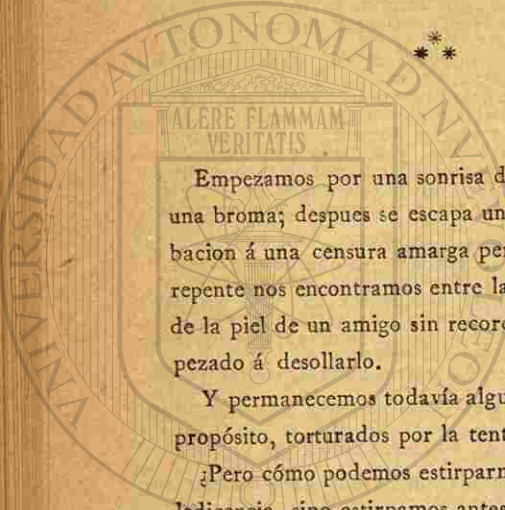
Y al día siguiente nos esforzamos por mantener nuestro propósito. ¡Pobres de nosotros! ¡La empresa es mucho más difícil de lo que creemos!

Nos sentimos los nervios escitados, la conversacion nos parece vacía, difícil, fría; la maledicencia entra en nuestra conversacion por mil partes y bajo mil formas, y tendríamos tanto que hacer por rechazarla que no quedaria libertad á nuestro pensamiento; no

sabemos bromear; nos parece no tener nada que decir; nos apercibimos que nuestra compañía se hace insípida; á cada momento quedamos excluidos de la conversacion de nuestros amigos; la razon de nuestro silencio no es comprendida y no la podemos decir sin hacer reir; nuestra abstencion de la maledicencia pone á nuestros amigos en embarazo, parece que oculta un segundo fin, y tomada por afectacion y calificada de dobleza nos hace sospechosos y hasta odiados.

Despues aquel esfuerzo fatigoso que nosotros hacemos en favor de todos, nos parece, al cabo de poco tiempo, que nos dá derecho á semejante delicadeza de miras, por parte de nuestros amigos, de tal modo que la primer maledicencia de uno de ellos, que llega á nuestros oidos, nos hiere como una ingratitud monstruosa del mundo entero y nos hace vacilar en nuestro propósito.

Y hé aquí que ya estamos arrastrados á la maledicencia por mil hilos diferentes é invisibles.



Empezamos por una sonrisa de consentimiento á una broma; despues se escapa una palabra de aprobacion á una censura amarga pero justa; despues, de repente nos encontramos entre las manos los pedazos de la piel de un amigo sin recordar como hemos empezado á desollarlo.

Y permanecemos todavía algunos días en el buen propósito, torturados por la tentacion...

¡Pero cómo podemos estirparnos el vicio de la maledicencia, sino estirpamos antes la vanidad, la envidia y todas las demás pasiones en que tienen sus raíces.

Despues de una prueba de pocos días, las pasiones comprimidas se sofocan y experimentamos tan urgente necesidad de desahogo, que nos encerraríamos en nuestro cuarto á vomitar vituperios contra las paredes.

¡Ah! Es imposible perseverar—acabamos por gritar y caemos encima sobre el primero que tenemos en

mano, resarciéndonos en una hora de las privaciones y de las torturas de un mes.

La maledicencia es útil al fin, nos decimos, es la censura de la amistad; nos advierte nuestros defectos, nos castiga de nuestras faltas, pone freno á nuestra vanidad, aquieta nuestra ira, atempera nuestros ódios, colorea y alegra nuestras conversaciones aguza el ingenio y purifica el corazon del hombre, porque dá salida á las malas pasiones que encerradas se convertirían en mortal gangrena.

Y confortados con estas razones, empezamos y echamos adelante trabajando por estragar todos los sentimientos del alma y del cuerpo.



Sin embargo, la conciencia nos dice continuamente que no pudiendo obtenerlo todo, deberíamos al ménos obtener una cosa de nosotros mismos: no murmurar de aquellos amigos íntimos á los cuales estamos ligados por un lazo de recuerdos y de confianzas que es casi un vínculo de parentesco. Porque es innoble verdaderamente no tener ni siquiera un amigo en el mundo, al cual se pueda estrechar la mano con la conciencia tranquila.

Todos tenemos algunos, respecto á los cuales la maledicencia es una traicion odiosa.

De estos al ménos, deberíamos proponernos no hablar nunca mal, de defenderlos de todas suertes, con la obstinacion de servidores ciegamente leales, aun cuando fueran atacados con razon; porque de no ser así se acaba por hablar de ellos peor que de los demás, porque á la maledicencia como á los sentidos se consagra más fácilmente negarlo todo que cualquier cosa.

Y nos deberíamos imponer esta ley por política, cuando no debiésemos imponérsela por deber, porque no hay cosa que dé apariencia de sinceridad y de justicia y nos haga perdonar las maldades de la lengua, como el respetar constantemente un pequeño número de personas en medio del destrozo cotidiano que hacemos diariamente de todos los demás.

*
* *
*

Se dice:—Pero no hay amistad que resista á lo largo en nuestro corazon á la libertad de la crítica, porque es natural que se acabe por desconfiar de los amigos que engañan y que no se pueda crear en la existencia de una amistad verdadera, cuando no se cumplen los deberes hácia ninguno.

Sí; es preciso tener un pequeño grupo de amigos inviolables.

Es un gran sacrificio, es verdad, porque son precisamente los amigos íntimos, aquellos de los cuales se experimenta más placer en hablar mal...

Pero en suma; es el único sacrificio que en las condiciones ordinarias de la vida, sea dado hacer por ellos.

Respecto á los demás....

Y bien, si no tenemos la fuerza de renunciar á este gran consuelo de la existencia, deberemos procurar contentarnos con la maledicencia burlesca, que despluma sin hacer sangre, ver de limitarnos á la crítica

de aquellos defectos por los cuales nos importa poco ser criticados, y aprovechar todos aquellos momentos en los cuales nos sintamos inclinados á hablar bien, para atenuar ó desdecir francamente lo que escapó de nuestra boca en momentos de mal humor.

Cada vez que, frente á nuestros amigos, tenemos la generosidad de acusarnos de haber hablado injustamente de uno de ellos y destruimos con un nuevo juicio, los efectos de nuestras palabras malévolas, experimentamos una satisfaccion, ¿no es verdad? una alegría de la conciencia y del corazon que vale cien veces más que todos los innobles placeres de un año de maledicencia aplaudida.



®



EL ÚLTIMO SALUDO

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL ÚLTIMO SALUDO

En carro mortuorio iba lentamente bajo la fría lluvia, por un lado de la hermosa calle, y veíase pasar su reflejo negro sobre los grandes cristales de los escaparates, llenos de objetos agradables y de colores risueños, como pasa á veces la imagen de la muerte en medio de nuestros pensamientos más mundanos y más alegres.

Dos largas filas de amigos y de conocidos venían detrás bajo dos filas de paraguas mojados, haciendo *eres* para evitar los charcos de agua y los coches, de manera que parecía la cola viva y ondulante de aquel grueso monstruo lúgubre que iba delante con sus cien ojos de llama, y un cadáver en el vientre.

Era muy temprano.

No se veían más que caras soñolientas entre los

II.—OB. DE AMICIS

amigos; pero de esas caras atormentadas de las ciudades grandes, en las cuales, entre la somnolencia de la madrugada, se muestra ya el pensamiento inquieto de los cuidados del día y el mal humor de gente distraída de sus quehaceres habituales.

Pocos hablaban.

Muchos no habían conocido más que de nombre y de vista á nuestro buen amigo y habían venido, no por honrar al hombre, sino al colega: al arte más que al artista.

Había otros que le habían negado siempre todo ingenio, tal vez sinceramente, buscando también de mil modos interrumpirle el camino, y habían venido por salvarse con la propia presencia de aquel puñado de enemigos del muerto que suele hacerse de sus amigos más íntimos.

Algunos eran de esos gozadores refinados de la vida que nunca faltan á los acompañamientos fúnebres, que se hacen cortesanos complacientes de la muerte, porque saben que no hay cosa en el mundo que haga tan sabrosos y vivos los placeres de la tarde, como el cumplir un oficio piadoso y el asistir á un espectáculo triste por la mañana.

Había también varios que habían venido por afecto.



Caras enojadas de tenderos miraban desde el dintel de las puertas; aquí y allá, tras las vidrieras, se veían los ojos fijos de una modista que había quedado con la aguja en el aire. Mucha gente pasaba rápidamente.

Y entre aquellos coches sucios, en medio del ir y venir de la ciudad ocupada, aquel pobre carro negro parecía tan olvidado, tan sólo, que daba compasión. Era aquella la calle por la cual nuestro amigo solía pasar todos los días. Yo veía tantas imágenes suyas cuantos eran los lugares donde solía detenerse: en la esquina del Correo, junto al Teatro; más arriba, delante del librero, bajo la marquesina de la Academia, junto al puesto del vendedor de periódicos; y me parecía que todas aquellas figuras sonrientes, se volviesen una después de otra y se hicieran atrás espantadas por el cortejo fúnebre.

Por un momento, en una esquina, el sombrero fúnebre del cochero se dibujó sobre un ancho cartel de teatro en que estaba escrito con grandes caracteres "*Mefistófeles*," la ópera que había ido á oír un año antes en Bolonia y cuyos motivos solfa tararear.

Un poco más allá, el convoy fué detenido durante algunos momentos por una compañía de cazadores, que pasaba de prisa, con los penachos mojados y los fusiles bajo el capote, riendo como niños, bajo la lluvia oblicua que les azotaba el rostro.

Después enfilamos por una calle secundaria, donde el coche comenzó á andar más expedito, resbalando sobre las losas desiguales y de allí á poco salimos de la ciudad. El campo estaba velado por la niebla, todo gris y triste, y el camino lleno de barro.

La mayor parte de los amigos se abalanzó á los coches, y habiendo acabado de despertarse hablaban entre ellos en alta voz; los otros, continuando á pié, iban á buen paso, saltando sobre los charcos, con el rostro encendido y bañado en sudor. El cortejo formaba una larga procesion desordenada é interrumpida, sobre el fangoso camino lleno de carros y carretas; los cuales se veían obligados á de-

tenerse un momento, frente á un puente, sobre el cual pasó trepidando, con la velocidad del relámpago cien rostros y asomados á las ventanillas, un tren de pasajeros.

Llegamos á la puerta del cementerio y entramos en la iglesia. El féretro fué colocado en medio, nosotros nos apiñamos sobre el fondo, un músico empuñó el oboe, cuatro coristas se pusieron á su lado y los coros empezaron á cantar la misa.

La iglesia parecía un sepulcro: desnuda y húmeda, alumbrada por una ventana alta, por la cual entraba una luz tristísima y la lluvia batía con fuerza sobre la vidriera, produciendo un rumor sordo y monótono.

Los cirios del altar, que ardían sin alumbrar, hacían el sitio aun más triste, casi mostrando cómo en aquella oscuridad ninguna luz podía vencer las tinieblas, en las cuales comenzaba la noche de la muerte.

Bajo aquella bóveda augusta, las salmodias de los curas, las notas del oboe, formaban un ruido ensordecedor que hacía temblar el edificio: allí también,

como en todo el mundo, los que hacían más ruido eran los más indiferentes.

Y cuando más altas sonaban las plegarias más se entusiasmaban en los cantos, más se animaba el instrumento y más profundamente sordo parecía, más obstinadamente sordo é impasible aquel féretro negro y larguísimo por el cual se armaba todo aquel estrépito; y estaba allí, á un paso de nosotros y parecfa inmensamente alejado de todo cuanto le rodeaba.

Yo no podía apartar los ojos de las grandes líneas rígidas de aquel lecho tremendo que se cierra sobre el que duerme para no ver más la luz de la aurora; buscaba dentro con la imaginación aquel rostro pálido y consumido, mostrando una expresión de estupor sobrehumano, aquel cuerpo lívido y sutil; con las manos y los pies de esqueleto y huía de aquella vista horrorizada y después me sorprendía de nuevo, bajando de aquella caja con un pedazo de paño negro en la mano en actitud de interrogar otra vez el formidable misterio, movido por la piedad, embarazado por la repugnancia, atormentado por una curiosidad irreverente y temerosa que no me hubiera atrevido á confesar á nadie.

Estaba sofocado allí dentro, aquel hermoso joven que había visto tantas veces temblar y saltar como un niño, por la alegría de ser joven, de estar bueno, de tener ingenio, de ver todavía por delante un cuar-

to de siglo que consagrar al arte, al amor y á los amigos.

¡Era de naturaleza tan buena y tan placentero en su jovialidad de estudiante! ¡Tenía un modo tan original de contar las cosas más graciosas, sin reír, en voz baja y en monosílabos, hablando más con el gesto que con la palabra, con ademanes medidos y rápidos, con los cuales parecía que dibujase continuamente pequeños cuadros! Y era preciso cogerle al vuelo la mano y estr echársela, tan simpático era con aquella música extraña que atraía á todos desde lo más profundo del corazón.

Le veo todavía sobre el Acrópolis de Atenas, romper de repente un largo silencio de admiración avanzando á pasos precipitados como un actor hacía el ribazo para entonar un aire de los *Brigantes*; y por vía Toledo, en Nápoles, fuera de sí de alegría, echar furtivamente sus tarjetas en la capucha de un hermano que caminaba delante.

Y tan niño como era para todo, cuando hablaba del arte se trasformaba hasta el punto de no reconocerlo, se convertía en hombre maduro, en razonador obstinado de su idea, desdeñoso, elocuente, lógico, despreciador de las burlas, apasionado como un amante.

Cuando más sentía faltarle la vida, más se entu-

siasmaba en el trabajo. Por fin, se había enamorado del Oriente; concebía un nuevo cuadro cada día; había arrojado sobre la tela cien bocetos de turcas, de jaiques principescos y de salas de serrallo, y hablaba calurosamente con los amigos, con expresión nueva de la mirada y del gesto, como se viese siempre delante de sí un vasto horizonte luminoso....

¡Pobre jóven! Yo veía entonces en la media oscuridad de aquella iglesia tétrica, aquellos Bajás blancos y espléndidos, aquellas cadinas vestidas de azul y púrpura, todas aquellas criaturas creadas por su fantasía, formadas alrededor de su féretro, como si esperasen todavía que se despertase, y experimentaba una piedad dolorosa como al ver bromear alrededor de la cuna de un niño muerto.

*
* *

A cierto punto, una puerta se abrió y entraron dos hombres llevando otro ataúd cubierto por un paño negro y sucio, féretro que crugió al ser depositado en el suelo como si estuviera roto.

Era un ataúd corto y ancho que debía encerrar alguna pobre vieja muerta en el hospital ó algun niño sin padres, muerto de miseria.

Un cura se acercó, le dijo una oracion y le mandó con Dios.

Despues volvió á empezar la funcion; la iglesia volvió á resonar con los cantos y sonidos acompañados del rumor de la lluvia.

Entre los amigos, algunos miraban de oculto el reloj, dos leían un periódico plegado en cuatro detrás de la espalda de un monaguillo.

Mi vecino me contaba en voz baja las últimas horas del amigo que él había asistido hasta la muerte en una fonda de Niza.

Dos meses antes lo había encontrado todavía en

una calle de Turin ya estenuado y sin voz, pero todavía sonriente; iba á una comida de amigos; él me dijo: —Diviértete—con un acento dulce, fijando en mis ojos una mirada profunda, en la cual bajo la sonrisa amorosa se adivinaba la tristeza infinita de un hombre que se sentía morir y que había renunciado á todos los placeres y á todas las esperanzas de la vida.

De entonces en adelante había empezado á decaer.

*
*
*

Llegado á Niza, estaba ya seguro desde los primeros días, que no debía volver vivo á su país.

Pero, muchacho y enamorado del mundo como era no había dado señal alguna de debilidad.

Si lloraba, debía llorar ocultamente; nadie le vió jamás una lágrima en los ojos.

A un camarero que le aconsejaba ciertas precauciones, le respondió en broma:

—¿Me tomas acaso por un tísico?—y le arrojaba á la cara el humo del cigarrillo.

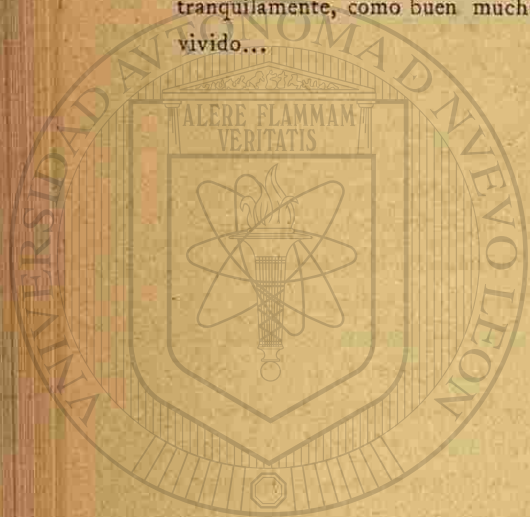
Cuanto más se acercaba al fin se hacía más afectuoso y delicado, y tenía una sonrisa buenísima casi de continuo que encantaba y oprimía el corazón al mismo tiempo.

La última noche se había dormido sintiéndose mejor pero á poco se levantó improvisadamente diciendo que se se sentía mal.

Añadió todavía en lombardo sonriendo:

—¡Esta vez vá de veras!

Despues buscó la mano del amigo, dejó caer la cabeza con los ojos cerrados y murió de aquel modo tranquilamente, como buen muchacho, como había vivido...



A aquellas palabras, me acordé de una tarde que jugando con él al ajedrez y perdiendo, irritado de verle sonreír de mi despecho, le arrojé en cara, brusca-mente, una palabra villana oyendo la cual se puso triste y no me contestó.

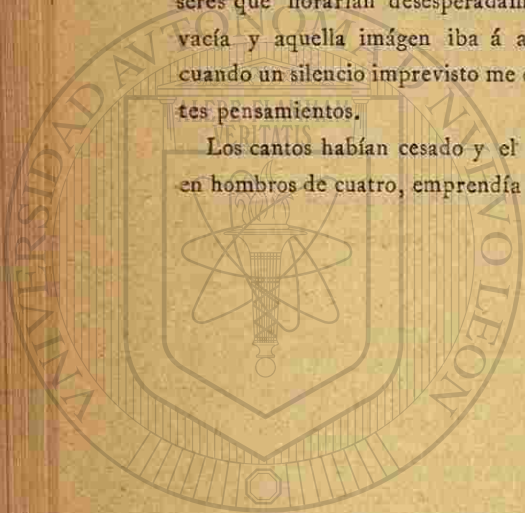
Y aquel recuerdo me dió pena y me acordé de ciertas afirmaciones suyas dogmáticas acerca de la pintura que rebosaban desprecio por mi inexperiencia del arte y me ofendían; é insistiendo en aquel pensamiento, venían á mi mente razones y epigramas amargos con los cuales hubiera podido cerrarle la boca en ciertas ocasiones y me las iba repitiendo con acre complacencia, olvidado del lugar en que estaba y de aquel que tenía delante.

Pero repentinamente ví el féretro y me avergoncé de la aberración.

Imaginé el día en que estaré yo también allí en medio y al pensar que los amigos también entonces mirarán el reloj y leerán el diario ocultamente y ha-

blarán contra mí en ciertos momentos, sentí por mí mismo una inmensa piedad que me obligó á buscar un consuelo en la imagen de mi familia, de los pocos seres que llorarían desesperadamente en mi estancia vacía y aquella imagen iba á arrancarme lágrimas cuando un silencio imprevisto me distrajo de semejantes pensamientos.

Los cantos habían cesado y el féretro, levantado en hombros de cuatro, emprendía el último viaje.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

*
*
*

Entramos en el primer recinto del cementerio, por un sendero, flanqueado por enormes cipreses, entre dos vastos campos cubiertos de cruces blancas que destilaban agua.

¡Oh, aquel gran dormitorio subterráneo, aquella enorme muchedumbre oculta, aquel silencio en que parece sentirse un vago, inmenso eco de gritos desgarradores, de besos desesperados y adios solemnes, aquella soledad en la cual aparecen mil visiones lejanas y confusas de agonías nocturnas, de casas abandonadas, de familias dispersas, de fortunas perdidas, de amores desesperados, de niños abandonados, de cabezas encanecidas y de manos cruzadas, como nos hace siempre volar con el pensamiento á nuestra casa á estrechar sobre el pecho, con miedosa ternura, las criaturas en que hemos puesto nuestra vida!

El féretro parecía que huía, le seguíamos casi corriendo y de aquí y de allá las cruces surgían y pasa-

ban mil á mil como si salieran á nuestro encuentro para pedirnos el nombre del recién llegado.

Entramos bajo un pórtico, enfilamos un vasto corredor y empezamos á bajar por una escalera ancha, entre los cirios encendidos, bajo una bóveda fría y sonora.

Pero yo hubiera querido que enterrasen á mi amigo en el gran campo abierto, en medio de la selva de cruces blancas, mejor que entre aquellas paredes colosales y lúgubres, en aquel gigantesco almacén de cadáveres.

¡Dios mío! ¿La ciudad nos debe oprimir también muertos y amontonarnos todavía unos sobre otros, regateándonos el aire y la luz?

Bajé en medio de los amigos, por fuerza, pensando con un temblor de deseo en los bellos túmulos solitarios cubiertos de vegetación salvaje y azotados por el viento y el Océano, y me sentí oprimida la respiración, cuando el féretro fué colocado entre dos muros cubiertos de lápidas, en un cuartito oscuro y siniestro.

*
* *

Una profunda boca había abierta á media altura de una de las paredes; los curas se arrodillaron, los cirios formaron corro y empezaron los cantos y las plegarias: nosotros, todos en pié alrededor.

Un pensamiento extraño y triste surgió en mi mente en aquel momento. Aquel corredor subterráneo me recordó el interior de un buque y aquel nicho negro me dió la imagen de los camarotes del buque en el que habíamos hecho juntos nuestro viaje á Oriente. Un sentimiento desagradable despertó en mí aquel contraste terrible entre el barco lejano lleno de hermosas mujeres del Archipiélago y resonante de canciones y risas, que navegaba rápidamente hácia la ribera más risueña del mundo y aquel navío enorme y mudo, repleto de viajeros inmóviles que acoge á todos y no devuelve á ninguno que no zarpa nunca, que no se sabe á dónde conduzca, y parece que espera la señal misteriosa de un capitán invisible y de una tripulación de espectros.

¡Qué diferencia entre estos horrendos camarotes de piedra y aquellos otros en que pocos meses ántes, la última noche de viaje, me arrojaba una lluvia de bromas, de anécdotas cómicas, de versos de Porta y episodios festivos de su vida de París!

¡Oh, pobre amigo, si fuese verdad que también en esta litera como en aquella otra, pudieras despertarte para saludar con un grito inmenso un nuevo Oriente luminoso é infinito!



Las voces, en tanto se precipitaban, las plegarias tocaban á su fin.

Pues bien; aun cuando para él no fuera perceptible la soledad, la idea de que dentro de poco debía quedar allí solo, me daba frío. ¡Aquel pobre cuerpo era también cosa suya!

Al verle abandonado para siempre por todos me parecía asistir á una segunda muerte.

Era como si hubiera visto arrojar aquella caja en un abismo sin fondo en el cual debiera permanecer por todos los siglos.

Los últimos *amen* morían con un sonido de suspiro; siguió un silencio profundo; la caja fué levantada hasta el agujero...

¡Adios, adios, adios, mi buen amigo, mi pobre amigo!

¡Perdon por las palabras amargas que te dije, perdon por mis descuidos, perdon por no haberte querido bastante!

¡No me olvidaré nunca de tí, vendré á menudo á encontrarte aquí, y á poner mi cabeza junto á la tuya, para decirte al oído que tus amigos te recuerdan, y te honran, y te aman todavía!

La caja cayó al fondo y entonces todos volvieron la espalda y partieron apresuradamente, haciendo resonar los pasadizos y las escaleras con sus pasos precipitados y sus voces confusas, y pocos momentos despues, el gran cementerio quedaba desierto y la fila de carruajes corría hácia la ciudad, en medio de un vivo rastellar de látigos, bajo un rayo fugitivo de sol...

*
**

Estaban todos contentos de volver á ver el cielo y el campo y de meterse de nuevo en la vida; saludándose con las manos desde las portezuelas, recordaban unos á otros las citas ya fijadas.

—¡Esta tarde á las siete!

—¡A la una, en el correo!

—Mañana en el estudio.

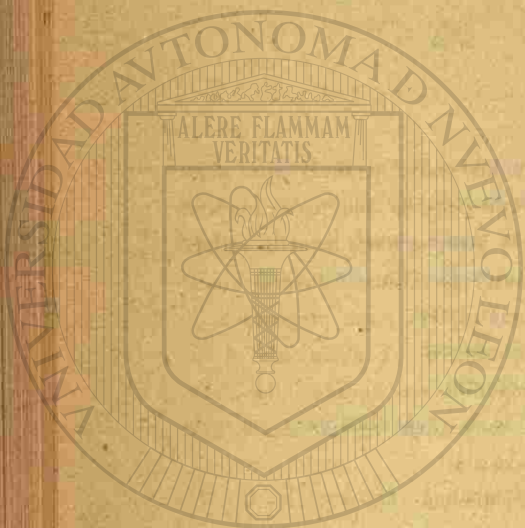
El pensamiento de la cena alumbraba todas las caras.

Los cocheros disputaban á ver quien llegaba más pronto.

El amigo que se sentaba á mi lado, un buen hombre de cuarenta y cinco años, nos explicaba su método de vida regular é higiénico, y nos aseguraba que estaba mucho mejor á los cuarenta y cinco años que á los veinte.

Los otros dos encendían los cigarros con voluptuosa sonrisa. Todos se sentían felices de estar vivos.

Se hubieran golpeado el pecho, hubieran lanzado una nota de bajo para hacer notar que estaban sólidamente contruidos.



Yo también, pero no podía arrancar este pensamiento de mi cabeza: pensaba que para cada uno de nosotros, uno tras otro, se haría aquella misma ceremonia, trabaríanse las mismas conversaciones, fumaríanse con el mismo placer, y me preguntaba:

—¿Quién será el primero? ¿Y quién sabe si no habrá alguno destinado á ser llevado allá abajo tan pronto, que le convendría ajustar desde este momento los cuatro coristas?

Y despues, pensaba todavía:

—Mi vecino morirá de una hipertrofia al corazón, el de enfrente de la ruptura de un aneurisma, aquel de allá de un derrame seroso, aquel otro de un cáncer en el estómago, dentro de veinte años, de tres años, de diez meses, todos antes de lo que creen ó esperan.

Y al mismo tiempo me parecía ver, tras de cada cual, agazapada, como un mónstruo, la mortal enfermedad que le aguardaba, y mi ilusión era tan

viva, que en algunos momentos aquella jovialidad, se me hacía extraña y penosa como una alegría de locos y me despertaba una compasión llena de afecto, como se experimentaría al asistir á un recreo en un hospicio de niños tuberculosos.

Y fui con este pensamiento hasta la plaza, donde nos separamos, y desde la que cada uno se dirigió solo á su casa, llevando su mónstruo sobre los hombros.



LAS DISCUSIONES

UANL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

viva, que en algunos momentos aquella jovialidad, se me hacía extraña y penosa como una alegría de locos y me despertaba una compasión llena de afecto, como se experimentaría al asistir á un recreo en un hospicio de niños tuberculosos.

Y fui con este pensamiento hasta la plaza, donde nos separamos, y desde la que cada uno se dirigió solo á su casa, llevando su mónstruo sobre los hombros.



LAS DISCUSIONES

UANL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LAS DISCUSIONES



AS discusiones son los escollos de la amistad.

Discutimos mal. Dicen que son un ejercicio útil de la mente: en la mayor parte de los casos, no es verdad.

Dejamos aparte aquel trabajo complejo y delicado de la razón, por el cual tiene ésta necesidad de acicalar sus instrumentos y de despreocupar las mil dudas que le vanderán; no se puede hacer esto en una discusión viva y animada en la cual es preciso al mismo tiempo defenderse y no expresar sino á medias el pensamiento y ántes responder mal que tomarse tiempo de pensar en la respuesta.

Dejamos que en esta clase de discusiones, el hablador de ventaja que tiene agudeza y frase flexible, derrote casi siempre al razonador lento y profundo y

el hombre de mundo haga cerrar la boca al solitario, y el desvergonzado derrote al soberbio.

Hay períodos de tiempo en los cuales trabajamos más recogida y más intensamente con la inteligencia y son aquellos en que estamos ménos inclinados y menos aptos para discutir, en que los argumentos de discusión entre amigos son casi siempre forzados, y un noventa y nueve por ciento, indeterminados ó frívolos ó espinosos, y en que casi todas las discusiones nacen fuera de lugar y de tiempo.

El mayor mal es que despues de las primeras palabras, aun entre los amigos más sensatos, entra de por medio el amor propio que lo corrompe todo.

Y se comprende: nosotros nos resignamos pronto á reconocer en otros la superioridad de la agudeza, de la doctrina y de la facundia; pero reconocer que razone mejor, ó sea, que tiene mayor inteligencia y mejor sentido, que es lo mismo que decir que es más hombre que nosotros, eso es harina de otro costal.

Apénas trabada la disputa, el sujeto por sí mismo no es más que lo que es en nuestro corazon; no se apresura tanto en persuadir al adversario, como en acabar de cualquier modo; la pasión nos confunde la cabeza y la conciencia de tal modo, que á cierto punto no recordamos siquiera exactamente del grado

de convicción con que hemos empezado á discutir: no queremos vencer por vencer, sino por vengarnos de algo irritante y ofensivo que hemos percibido en el tono ó sobreentendido en las palabras de nuestro adversario; y aun estando convencidos de tener razón, no combatimos de buena fé y en buena guerra; y cuando hemos vencido con el derecho de vencer, nos vamos casi siempre un poco avergonzados de la confusión de buenas y malas razones, de las afirmaciones aventuradas, de las palabras vacías, de los subterfugios mezquinos, de las groseras estratagemas á que nos hemos visto precisados á recurrir.

Para persuadirnos basta recordar las discusiones tenidas con uno sólo de nuestros amigos, y echar la cuenta de si en aquellas en que hemos conseguido alguna cosa, son en mayor número ó nos compensan de aquellas en que hemos salido irritados y arrepentidos de haberlas provocado ó aceptado.

Un tercio de nuestras amistades serían más sanas y otra tercera parte no habrían terminado, si hubiéramos echado tierra sobre toda discusión desde el primer momento.

Decimos.—Pero... ¡las convicciones!

A propósito: las verdades de que estamos convencidos, las opiniones en que nos sentimos verdaderamente fuertes, son tan pocas, que limitándonos

á discutir sobre éstas, no tendríamos jamás ocasion de discutir.

Discutimos á cada momento por vanidad, por ligereza, por obstinacion, por esto razonamos mal.

¡Con qué hermoso arte argumentamos, por el contrario, y con qué paciencia de santos, y con qué exquisita morbidez de modales, cuando queremos inducir á nuestros amigos á una persuasion que nos debe alejar un daño ó reportar un beneficio!

*
* *

Pero no tiene nada de fácil evitar las discusiones con los amigos.

La generalidad os caen como tejas sobre la cabeza. Del modo que sigue, por ejemplo.

Hé aquí el tipo de un grandísimo número de disputas imprevistas, que acaban de mala manera. Lanzais un juicio cualquiera acerca de un objeto. El amigo os hace observar que no teneis razon.

El reconocer súbitamente que él la tiene, es confesar haber hablado al aire como un niño, y estar acostumbrado á no dar ningun peso á las propias palabras: por esto entre serio y broma sosteneis vuestro juicio.

El amigo se defiende con buenas razones; y el encontrarlo de este modo preparado, más lógico y más fuerte que vosotros, sobre aquel punto en que no esperábais una discusion, os pellizca un poco el amor propio y despierta en vosotros una ligera rábía, que con la acostumbrada equidad de

amor propio, quereis desfogar sobre él, aunque no tenga culpa ninguna.

No teniendo sólidas razones que oponerle, quereis falsear los términos de la cuestion, delicadamente, para ponerlos en un campo más favorable.

El juego no es lícito y el amigo se resiente un poco, porque es como darle una media patente de buey y creer cosa fácil cambiarle las cartas de la mano, y os dice:

—No, tú cambias los términos.

Pero esto es una forma decente de una acusación de deslealtad que os hiere, y no hay más medio de librarse de ella, que sosteniendo lo contrario; es decir, que no habeis cambiado nada y que él es quien ha entendido mal; ó sea, dando otro paso en falso en el camino falso.

Nuestra obstinacion empieza á irritar al contradictor, y lo irrita más, porque, hagais lo que querais, él está persuadido de que conocéis el mal juego y lo da á entender con una sonrisa que significa:

—Harías bien en dejarlo.

Aquella sonrisa, tómese como se quiera, es una sonrisa de compasion.

Entonces os interesa más dilucidar si teneis ó no razon.

Quereis hacerle pagar aquella sonrisa á cualquier

precio, quitaros aquella espina de la garganta de cualquier manera; seguís adelante, con la voz un poco ronca por la emocion, sacais las razones con los dientes, os defendeis, insultais, amontonais bur-las sobre bur-las.

Para vuestra desgracia, en el momento en que estareis á punto de cambiar la hoja para rehuir dificultades, el amigo se ha sobrecogido por un argumento que tiene apariencia de buena razon y que le sella por algunos momentos la boca; y este peligro que él corre de verse batido con un golpe de mano, estando bien cierto de llevar la razon, hace crecer su rabia, que le hace salir, no de los términos, sino del tono general de la conversacion.

Y héos aquí creyéndoos, en cierto modo, hácia él, con un poco de razon que nada tiene que ver con la razon sustancial de la disputa, pero que os gusta confundir con aquella, dando como calor de conviccion el calor de vuestro resentimiento.

En tanto la discusion es llevada con violencia por las dos partes y se alejan de su primer argumento, se confunden, se dividen y nacen por las dos partes, como pequeñas serpientes, otras discusiones secundarias, más aceradas que las primeras: las voces se levantan y las interrupciones se hacen más frecuentes y más secas: casi no os escuchais uno á otro; mien-

tras uno habla, el otro prepara sus contestaciones sin escucharlos: á los argumentos suceden las exclamaciones de estupor y las sonrisas forzadas, los movimientos de hombros, las miradas que quiereu decir:

—¿Hablas en sério ó te estás burlando?

Cada cual dirige todos sus esfuerzos á encontrar lo más rápidamente la frase que con menor número de palabras ó salvando mejor las conveniencias, vaya á herir más directa y agudamente el amor propio del adversario...

A esto se reduce casi siempre la llamada "gimnástica de la inteligencia,"—apenas á un canto de peseta de convertirse en gimnástico de los puños.

*
**

Pero ¿no es verdad que es singularísimo, como recordamos limpiamente, aun despues de muchos años despues, las emociones de estas disputas ardientes con los propios amigos?

El pulso late violentamente, se vé todo en confuso, se vá mucho rato por la calle sin darnos cuenta; nada importa que la gente nos oiga, ni que se vuelva á mirarnos y á sonreir: el humo del orgullo inflamado, nos lo esconde todo.

De vez en cuando las discusiones se interrumpen un momento, y en aquel silencio sentimos nuestra respiracion afanosa que inútilmente nos esforzamos por reprimir, por la vergüenza de parecer agitados de aquel modo.

Despues se empieza de nuevo con más fervor, echando á fuera, con fuerza, todos aquellos argumentos que se han ataviado á la ligera en aquella brevísima tregua.

Nosotros mismos quedamos maravillados del tor-

rente de palabras que afluyen á nuestra boca, precipitadas, acumuladas, apiñadas, vibrantes, y del torbellino de ideas que dá vueltas en nuestra cabeza.

Mil sentimientos malévolos y tristes suben desde el fondo del ánimo perturbado, como limo del fondo de un agua agitada. Y vociferamos los dos, sin mirarnos, por no tenernos que avergonzar viendo el uno sobre el rostro del otro reflejada toda entera la innoble rabia que nos circula por las venas y que todavía logramos disimular, en parte, en las palabras.

Y las palabras, en efecto, no bastarían por sí solas para dar razon de aquella exasperacion bestial.

Pero en el sonido de la voz y en las reticencias y los temblores de la persona, uno adivina los pensamientos y los movimientos más íntimos del otro, las injurias detenidas en la punta de la lengua, los ímpetus involuntarios reprimidos, la satisfaccion y los peligros de una venganza lejana acariciada en secreto.

Sentimos que dentro de nosotros nos arrojamos uno á otro palabras sangrientas, de las que una sola, dicha en voz alta, bastaría á hacernos perder la luz.

*
* *

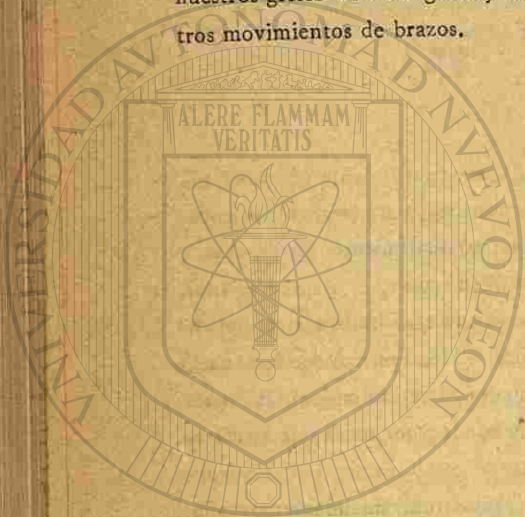
Y en medio de aquella ira, pasa por nuestro corazon de vez en cuando un sentimiento de tristeza y de piedad por nosotros mismos:

—¡Hé aquí, pues, lo que es la amistad, de la que tenemos llena la boca! ¡Hé aquí lo que son nuestros afectos, cuando se desencadena el mónstruo ciego, sordo y furioso, que se encuentra agazapado en nuestra alma!

La discusion ha sido rota finalmente: uno ha hecho punto con una mueca; el otro que no esperaba otra cosa, ha saltado de punto en blanco á otro asunto con gran premura, para evitar que la conversacion recaiga en el primero.....

Pero durante un rato estamos muy mal, con la sangre revuelta, con los labios trémulos, con la voz todavía conmovida, discurriendo forzadamente con bellaca afectacion de naturalidad, de cosas indiferentes, mientras con el pensamiento procuramos cu-

rarnos las heridas y medir el extrago hecho en nuestra amistad, atronados todavía por el eco de nuestros gritos de mal gusto y humillados de nuestros movimientos de brazos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*
**

La dificultad está, cuando se siente no tener razón en una disputa, en coger el momento psicológico oportuno para retirarse.

Pero esto es muy difícil, porque, ó nos retiramos demasiado pronto y parece que lo hagamos por ligereza ó por miedo; ó nos retiramos demasiado tarde, cuando ya el amigo se ha apercibido hace un rato de que teníamos conciencia de nuestra sinrazón, y entonces es como confesar que hemos fingido y mentido y que no nos detenemos sino después de habernos persuadido de que no podemos vencer, al menos honradamente.

El orgullo nos hace preferir casi siempre una lucha innoble y penosa á una franca confesión de habernos equivocado, ¡Pero cuán castigados quedamos algunas veces!

¡Os acordáis de la tortura sin nombre que habéis padecido, cuando en presencia de mucha gente os habéis empeñado impensadamente, y con todo-

vuestro amor propio en una discusion infeliz, contra un amigo lógico y elocuente, en una de aquellas discusiones en que no entra la pasion, que no se pueden enturbiar y que ponen á prueba todas vuestras fuerzas intelectuales?

A cierto punto, navegais ya sin brújula y sin timon y os asalta la agonía del naufragio.

¡Os agarrais á todo, arrojais contra las piernas del contrario todo lo que cae en vuestras manos, hacéis con el pensamiento carreras desesperadas en busca de todos y los más lejanos conocimientos, que os pueden ser útiles; llamais á socorro en todas las regiones de vuestra memoria, y no encontrais auxilio!

Persistís, sin embargo; soltais razonamientos ridículos que os hacen enrojecer al decirlos, ensanchais la tela, repetís, fingís no comprender un razonamiento para daros tiempo de buscar la respuesta, ostentais cierta seguridad, teneis la impertinencia de mover la cabeza con aire de compasion bondadosa...

Pero es perfectamente inútil.

El terreno os falta bajo los piés; las miradas sonrientes y compasivas de los oyentes, entre los cuales buscáis vanamente socorro de vez en cuando, con una rápida mirada, os hacen perder la brújula; ya no razonais, no hacéis más que miserables juegos de palabras que desdeñaríais en boca de otro; no os atreveis á sostener las miradas del amigo que busca en vuestros ojos la conciencia de la derrota.

¿Qué hacer? ¿Como salir del paso?

Intentais arrojar una fórmula de concesion para ver de ablandar al adversario, de detener el ímpetu con que os persigue; pero él ya no tiene misericordia y aprieta más brutalmente el lazo arrojado á vuestra garganta.

Confiais todavía en una escapatoria; un amigo que llega, una silla que cae, un ruido en la calle.... Pero, despues de un momento de distraccion, el

silencio del auditorio, os obliga de nuevo á comenzar la disputa.

Confiais en que el adversario, en compensacion de haberos puesto en aquel apuro, cierre improvisadamente el discurso con una frase generosa que deje á salvo vuestro honor... Pero él tiene el diablo en el cuerpo, y parece que le vuelve más feroz el sonido de sus mismas palabras.

¡No hay entónces esperanza de socorro humano!

Sin embargo, todavía os defendeis; cogéis de nuevo los argumentos ya exprimidos para arrancarles, en convulsiyo estrujon, la última gota de zumo; pedís explicaciones con voz moribunda, abocados á suscitar nueva cuestion sobre una palabra dudosa.

Pero es tiempo perdido: el amigo se divierte con vosotros, os dá vueltas en la red en que os ha echado, exponiéndoo, como bestia caida en el garlito, á la befa de la concurrencia.

Entonces veis cercanísimo é inevitable el momento tremendo en que ya no os será absolutamente posible dar una respuesta que no sea una palabra vacía de sentido ó una nécia é insoportable repeticion de un argumento ya abusado; el momento en que os vereis atados de piés y manos, pegados á la pared, mústios, alicaídos, impotentes, cansados....

¡Ah! ¡Si pudiera tragaros la tierra por una hora! ¡Si una bendita sacudida de terremoto, haciendo tambalear el edificio, os librase de aquel suplicio!

—¿Y bien?...—pregunta el amigo.

Sucede un silencio sepulcral.

Y despues, alrededor, un rápido cambio de miradas y de sonrisas discretas, y un ligero murmullo parece que os diga:

—Despachado, muerto, enterrado. ¡Amen!

Muchas malas figuras, en las discusiones con los amigos, se hacen tambien, porque no se repara en el auditorio antes de aciesgarse á hablar.

Es una precaucion que no debe descuidarse jamás.

No importa que todos tengan nombre y cara de amigos. Podeis caer en un nido de vřboras y ser mordidos por todas partes.

Apenas os enfrascais en la lucha y os acalorais, veis de pronto á vuestros amigos prepararse diversamente frente á vosotros, aun cuando sean indiferentes del todo al objeto de la discusion.

Los que no tienen ningun resentimiento contra vosotros, os aprueban si teneis razon y callan cuando os falta.

Los que tienen contra vosotros algun rencor secreto, lo muestran irresistiblemente en la cara y en el continente.

Todas las antipatias ocultas se revelan.

Todos los que tienen alguna cuenta de amor propio que ajustar con vosotros, se aprovechan de tan propicia ocasion.

Si teniendo razon, pero necesitando tambien socorro, solictais su asentimiento con los ojos, ó no encontrareis su mirada, é la encontrais distraida; si teneis razon y estais á punto de ponerlos sobre el adversario, ellos se interponen ruidosamente, convirtiendo la disputa en broma, os suben á los hombros, os obligan á desperdiciar fuerzas y os arrancan la victoria de la mano de cualquier modo.

Si no pueden montarse sobre vosotros de otro modo, os quitan ánimo con toda suerte de espresiones hostiles ó contracciones de la cara y duplican las fuerzas y la audacia del adversario, con una aprobacion, tanto más viva cuanto ménos sincera, de su más insípido epigrama ó de su más deleznable argumento.

Tenedlo presente.

Algunas veces tambien los amigos hacen nacer una discusion para azuzar en contra vuestra y realizar por su medio una venganza, á un amigo notoriamente mejor armado y más fuerte que vosotros en aquel asunto.

Vosotros os medís, sin saberlo, con una especie de sicario de la discusion, apoyado por un peloton de ayudantes enmascarados que aguardan vuestra caída para destrozáros.

Muchas veces tambien, dos hombres de ingenio y de corazon, dos buenos amigos, enfrascados en una discusion, sirven de chacota, sin aperebirse, á la tertulia que les aplaude; las frases que se arrojan uno á otro en aquellos pocos momentos de acrimonia, son recogidas y guardadas, sirviendo, tiempo despues, para enemistar á los dos adversarios de un momento.

Sucede con frecuencia tambien, que en cierta tertulia de amigos os esperan hace varios días. Os han preparado una emboscada. Todos están de acuerdo para lanzaros en una discusion para la cual están preparando hace tiempo los argumentos, los documentos y las réplicas.

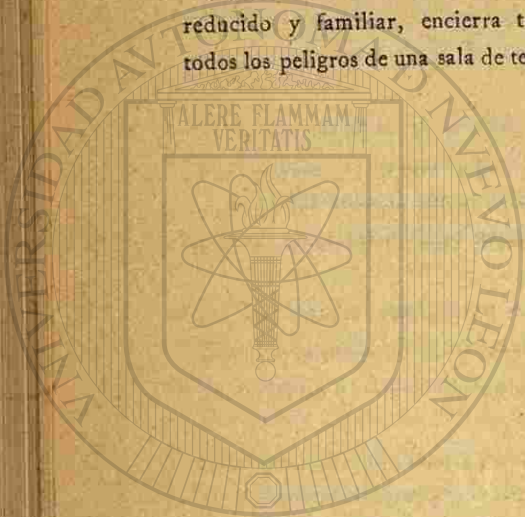
Si á las primeras palabras de la discusion descubris entre ellos una "correspondencia de amorosas miradas" no muy natural en una reunion numerosa, estais advertidos á tiempo: os están cercando para que caigais en sus manos.

No se mirará jamás lo suficiente el aire del lugar y de los concurrentes, antes de aventurarse en una discusion que os obliga á descubrir los flancos y la retaguardia.

Y no es de creer que, cuando no se tiene razon, se pueda tener oculto á los oyentes inexpertos ó profanos en la materia, porque pueden ser tan ignorantes como se piensa, pero mirando rápidamente, bien á uno, bien á otro de los adversarios, cuando los hierros están calientes, todos á una tienen un arte diabólico para comprender aquello en que los dos se hallan ménos fuertes: el que tiene razon y discute de buena fé, se reconoce siempre y por todos en la mirada más clara, los labios más cerrados, en no sé qué más sólido y más tranquilo que se per-

cibe en su discurso, aun bajo la violencia de las palabras.

¡Ojo al auditorio en las discusiones; aun cuando sea reducido y familiar, encierra todas las insidias y todos los peligros de una sala de teatro!



*
*
*

Con el tiempo se logra también juzgar las dificultades y los peligros de los objetos de la discusión, apenas se presentan; cosa utilísima para dejar á salvo la amistad.

Desde los quince á los treinta y cinco años, un hombre ha tenido medio de conocer por experiencia, casi todos los géneros de argumentos y de clasificarlos *in mente*.

Al presentarse por vez primera una discusión, dice entre sí:

—Clase tal. Avancemos tranquilamente.

O bien:

—¡En guardia!

Entre las discusiones peligrosas, por ejemplo, tienen un puesto preeminente las cuestiones de gusto, en las cuales, no pudiéndose aducir razones determinadas y positivas, se recurre con mucha facilidad á las palabras envenenadas.

Decir al amigo:

—No tienes razon,—es como decirle:

—No tienes gusto, no tienes sentido delicado.

Son terribles por esto las discusiones sobre el valor de un artista dramático, sobre la poesía y la armonía comparada de dos dialectos del mismo país, sobre si una persona es simpática ó antipática, sobre si una broma es de bueno ó de mal género, sobre si valen más los vinos del Piamonte que los vinos de Francia...

Guardaos de ellas.

Acaban casi siempre con una tempestad las disputas que surgen entre dos amigos acerca de un objeto que uno de los dos conoce ó debe conocer á fondo por razon de profesion, y que el otro trata como aficionado, con conocimientos de segunda mano y no sin su poco de petulancia de enciclopédico: es raro que el primero no salga descalabrado desde el primer momento.

Son formidables las discusiones de idiomas, sea quien quiera el adversario, porque cada criatura humana lleva dentro de sí el embrión de un lengüístico intratable, y cede mejor sobre la cuestion de la inmortalidad del alma, que sobre cuestion de un pronombre.

Las más tremendas de todas, son las discusiones sobre la honradez de un hombre público, sobre si es

ó no digna la política exterior del Gobierno nacional, sobre si es ó no delicado un negocio comercial ó financiero...

Discusiones en las cuales apenas perdida la calma, se está á cada momento, en bellas paráfrasis por supuesto, á un canto de duro de tratarse de traidores á la patria, de palaciegos, de bribonazos y toda frase mesurada, va tambien cargada de sospechas y de sobrentendidos intolerables.

* * *

Además de estos, hay una serie de argumentos generales de discusión, teas inextinguibles de la discordia humana, á la cual van á quemarse en todos tiempos y en todos los países civilizados, un contingente anual de amistades, que es poco más ó ménos invariable, como el de los matrimonios y el de los delitos.

En cada pueblo y en cada período de tiempo hay todavía sus argumentos particulares y transitorios, sus temporadas repletas de discusiones que son temporadas de crisis, y estaciones relativamente favorables á la planta de la amistad.

Hay tambien entre toda pareja de amigos un número de discusiones siempre pendiente, de órden moral la mayor parte, las cuales no són más que diversas manifestaciones de una desconformidad parcial y oculta de sus naturalezas; reconocida la cual, se hace fácil á ambos preveer de lejos y evitar las disputas inútiles é irritantes.

Queda, sin embargo, un buen número de discusiones que no son clasificables, porque el argumento no interesa en realidad á uno ni á otro de los disputantes, y no son más que pretextos para desahogar los malos humores de la amistad, para poderse decir ó comprender mutuamente, con la excusa de la sangre caliente, ciertas pequeñas verdades desnudas y ásperas que la buena educación impide decir á sangre fría.

No se puede responder en modo alguno, siquiera del buen acuerdo de una hora, aun con los más fieles de nuestros propios amigos; en toda idea, bajo cada palabra, tras de toda cosa se esconde la chispa de una disputa.

¡Qué libro tan curioso se haría recogiendo todas las discusiones que han tenido dos solos amigos, los primeros que se cojan, en veinte años!

En un mes solo, cogiendo al vuelo cada tarde, desde la ventana de su cuarto, las conversaciones de una cuadrilla de cuatro amigos que salían á hora fija de una taberna, hay quien ha notado una discusión furiosa sobre la edad de Ernesto Rossi; otra sobre la paz de Villafranca, otra sobre dos sistemas de máquinas de vapor, otra sobre la percepción de los colores, otra sobre la pena de muerte, y otra sobre el plural de la palabra *archeologo*, si se debía pro-

nunciar *arceologi* ó *arceologbi*, tan obstinada y escarpetosa, que habiéndose detenido los contendientes debajo de su ventana, él, para impedir un escándalo, les apostrofó con la gramática en la mano, diciendo que se podía decir de las dos maneras. Y entonces se aquietaron.

Pero ¡ved lo que son las discusiones!

Quedaron descontentos los cuatro.

*
*
*

Pero para ver hasta qué grado cómico puede llegar esta manía de discutir....

¿Quién no ha caído una vez, al levantarse de la mesa con una tertulia de amigos, sobreexcitados por el zumo de la vid, en una de aquellas turbulentas discusiones que hacen tender el oído inquieto á los guardias de orden público que pasan por la calle?

El espectáculo es singularísimo y no inútil para el observador que tiene el estómago ligero y la cabeza despejada.

Las dos partes contrarias se arrojan á la cara tumultuosamente fragmentos de razonamientos, cuernos rotos de dilema, retazos de conclusiones y de premisas, que arrojan y rechazan de uno á otro, como piedras arrojadas sobre un muro, sin que nadie las recoja.

El vocerío general está dominado por dos ó tres voces de trombon, que cambian de un lado á otro

de la mesa, afirmaciones y negaciones rotundas, las cuales no revelan otra cosa, de las dos opiniones contrarias, más que las fuerzas pulmonares con que pueden contar para combatirse.

Entre aquel agitarse continuo de cabezas y brazos se distinguen rostros encendidos de disputadores solitarios, en los que nadie repara, rabiosos de no tener voz, y que, al verlos con la boca abierta, de aquel modo, sin oír el sonido de sus palabras, parece que hablan bajo una campana pneumática, y estén para dar, de un momento á otro, las últimas boqueadas.

Algunos se colocan de pié sobre una silla para arrojar desde lo alto sus argumentos capitales; otros cogen por las dos puntas la servilleta del adversario, para dispararle en la cara los razonamientos, mientras aquél, volviendo la cabeza, responde á la argumentación de un tercero, que lo asalta por un flanco; otros, desanimados por el tono descompuesto de la disputa, se dejan caer, con la cabeza entre las manos, sobre una silla, de la que saltan indignados, despues de un momento, para mezclarse de nuevo en la lucha, lanzando un argumento olvidado, que alguien le ha apuntado al oído.

*
*
*

Hay siempre en todas partes una voz gangosa, sutil y agudísima, que hiende, por decirlo así, todas las demás voces gruesas y robustas, y penetra en todos los oídos como sonido de cuerno de caza, repitiendo infatigablemente el mismo argumento, hasta que, volviéndose todos á un tiempo, exasperados, para imprecarle con los puños cerrados, le hacen callar por un instante.

Hay siempre una pareja de amigos más quietos, separados de todos, que hablan sin parar hace una hora, escuchándose uno á otro con una atención mucho más profunda que sus discursos, sin apercibirse ninguno de los dos que hace una hora están de acuerdo sobre todos los puntos y en todas las formas, y que no hacen más que repetirse en vez de combatirse.

Vienen despues los que no tienen la mente bastante clara ni la lengua suficientemente suelta para discutir; pero, que no pudiendo callar, se contentan

con sostener á los amigos con un rumor profundo y continuo, semejante á un mugido subterráneo, ó con vociferaciones inarticuladas como las del público de un teatro, que arredran al adversario.

Los que disputan se dividen en grupos, se descomponen en corros, se persiguen, se estrechan unos á otros contra las paredes y contra los muebles, reanudando cien veces el hilo del discurso cien veces roto.

Y en tanto la discusión general va dando grandes rodeos y serpenteando, volviendo continuamente al punto de donde partió, y repitiendo sin descanso las mismas palabras, colocadas distintamente, pero con entonación cada vez más fuerte, acompañadas de gestos siempre más impetuosos, pronunciadas con una convicción cada vez más creciente, reforzada con juramentos, apuestas y apóstrofes líricos á la Verdad, á la Razon, á la Historia, á la Ciencia....

Y al día siguiente no habrá siquiera uno que recuerde con claridad, al despertarse, por cuál de las dos opiniones puso á prueba sus pulmones la víspera.

¡Y decir que semejantes discusiones dan lugar á duelos!

*
* *

Sin embargo es preciso haber tenido con un amigo una discusión violenta, al ménos una, para poder decir que se le conoce íntimamente.

No hay otra prueba que mejor revele el alma, el mecanismo intelectual, el temperamento físico, el fondo mismo de la educación de un hombre.

Personas que han gozado por mucho tiempo en medio de los propios amigos, una reputación de ingenio y de sabiduría, velada con cierto misterio, que le hacía temible y casi venerable, han sido desenmascarados después de la primera discusión, en la cual han mostrado los límites de la propia doctrina, la mente tarda en la réplica, la expresión falta de exactitud, las citas inseguras, la inteligencia fácil á enturbiarse á los primeros asaltos del orgullo. ®

Pierden otros en la primera disputa, la reputación de caballeros ganada y conservada hasta entonces con una dignidad de modales que parecía una dote de la naturaleza; disputando se hacen traición, con

un lenguaje inesperadamente vulgar, con una mímica angulosa y descompuesta, con mil desentonaciones de la voz, de las palabras y de la actitud que muestra un fondo de naturaleza plebeya é inculta que no tiene más que la apariencia de gracia.

Muchos, que fueron siempre creídos hombres austeros y modestísimos, revelan inesperadamente una inmensa vanidad, en la alegría pueril que dejan asomar á su rostro, á la primera fútil discusión en que reportan una media victoria que no esperaban sobre un adversario que se deja vencer por descuido.

*
**

No deja de tener gracia ver al ignoranton de buen sentido y buena pasta perder la paciencia atosigado y con lógica sencilla y terrible, destrozor punto por punto, entre la maravilla de todos, al doctor brillante y superficial que ocupado en dorar lo demás, ha dejado enmohecer la razon; ó al amigo de la boca cosida, poderoso de inteligencia, pero pobre de estudios, estrangular entre el lazo de hierro de una argumentacion de maestro, la petulancia sentenciosa del hombre de mundo; ó al amigo taciturno y tímido, defendiendo una idea ó un sentimiento generoso, animarse, obstinarse, hacer frente á diez adversarios, anegarles en un torrente de palabras ardientes y soberbias levantando la fulgurante frente llena de indignacion, en medio de diez rostros rojos de rabia.

Pero la mayor parte, en el mayor número de los casos nos engañan; los que disputan ménos, resultan casi siempre los más autorizados; reunidas doce per-

sonas, los once hombres de ingenio que discuten acaban por experimentar toda cierta sujecion, delante del único que calla.

Por esto, todos los que reunen al ingenio la astucia, no se arrojan jamás de cabeza en una discusion calurosa en presencia de muchos amigos; escaramuzan cautamente teniendo siempre á la vista el camino de la retirada, ó hacen la parte más cómoda de espectadores ó jueces del campo.

Hay una infinidad de gente que deben la simpatía y aun cierta potencia al propósito que han hecho de no discutir nunca con los propios amigos; y son, casi toda, gente que habiendo discutido muchísimo y acaloradamente durante el pasado, se ha persuadido; despues de infinitas pruebas, que la discusion entre amigos, aquella discusion tranquila y cortés, que deja ideas en la mente, sin dejar ni sombra en el ánimo, ó es imposible como la perfecta amistad, ó es un posible mucho más peligroso para quien lo busca, que útil á quien lo consigue.

*
* *

Así es. ¿Por qué negarlo? Sin duda hay una diferencia en el efecto de las discusiones entre dos amigos del instituto y dos amigos senadores.

Pero no es nunca tan grande como los dos amigos del Instituto pueden creer.

Ved lo que pasa en casa de ***

El dueño de la casa es un hombre ilustre; la señora buena y dulce como un angel, y maestra insuperable en el arte de dirigir la gran orquesta de la conversacion, de refrenar á los impetuosos, de amansar á los soberbios, de persuadir á los testarudos, de desterrar á los embrollones, con una palabra, con una sonrisa, ó con un gesto gracioso de amenaza de su pequeño dedo blanco y lleno de sortijas; y á su salon no acuden más que hombres cargados de años, de honores, de condecoraciones y de hojas amarillentas de laurel.

Parece que aquella debía ser una especie de alta escuela de la discusion señorial y amistosa.

Sin embargo, no pasa una noche sin que en uno de los varios corros en que se divide la concurrencia, nazca una disputa, la cual necesita la oportuna intervención del dedo blanco.

Senadores del cráneo desnudo, hombres de estado, fogueados en el mundo y probados en cien infortunios y dolores gloriosos, palidecen ante la inesperada contradicción de un amigo, como delante del cañon de una pistola; y en el calor de la disputa mientras los rostros ostentan cierta tranquilidad de ánimo, se ven los sombreros echarse atrás con manos trémulas que parecen manos de paralíticos.

Las voces se contienen, los gestos son mesurados; pero los golpes dados y recibidos en los ángulos, con los dientes apretados, furtivamente; las sonrisas de desprecio, las reticencias malignas, las miradas llenas de odio y de veneno, de toques injuriosos, cambiadas de vez en cuando, á hurtadillas de la señora, de aquellos graves personajes, no están por debajo, aunque ménos escandalosa, que las galanterías que cambian los jóvenes amigos del vecino *Club de la Pipa*, las noches de discusión borrascosa.

*
* * *

¡Oh, Dios! Luego aquella que se llama generalmente educación, es, más que del alma, una educación de maneras que cae, como un traje de papel, al primer chaparron que recibe la persona educada.

Estudiad las machedumbres ilustres, veréis también allí, como en otras partes, á un docto famoso que no desdeña un epigrama de cochero, si en lo más ardiente de la disputa puede provocar con él una carcajada que confunda al adversario victorioso; y tres ó cuatro magistrados, sofocar con vocerío confuso de demostraciones de mercado, la exigua voz de un contradictor que temen; y un grupo de productores hacer saltar á un gran helenista para que provoque y derrote á un amigo comun, helenista ménos fuerte que él, pero más poderoso que ellos.

Sentireis, por fin, alguna noche, al pasar por un círculo de comendadores encanecidos, á un paso de la dueña de la casa, cumplimientos como este:

—Esta señora habla por los codos,

Y.

—De seguro no sabe donde vive el sentido comun.

¡Ay de mí! Lo malo es que, creciendo la experiencia por un lado, se refina por el otro lado el amor propio y uno es siempre mucho más sensible que el otro.

Sí; aun así, la discusion es un pugilato del orgullo, más bien que una gimnástica de la mente, un cambio de mordiscos mejor que un cambio de ideas.

¡Y no siempre de mordiscos solo!

¡Oh tarde inolvidable! Moría un hermoso sol de Setiembre, sobre el vasto jardín de la villa, poblado de egregios señores.

Despues de una discusion precipitada, pero breve, el valiente filósofo y el óptimo inspector se habian internado en un bosquecillo, hablando pausadamente: cuando se oyó de improviso un rumor seco que paralizó todas las conversaciones; todos se miraron maravillados y la señora preguntó:

—¿Qué es eso?

¡Pobre señora! Jamás supo la verdad.

...No era el río
que rompe entre las peñas; no era el viento
que los bosques embiste y de uno en otro
se desliza silbando...

sino pura y simplemente un palo de padre y señor mio, aplicado por un vigoroso brazo de Inspector sobre una ancha espalda filosófica de cuarenta y dos años.

Poco despues volvieron por dos senderos distintos, pálidos; pero repuestos...

*
* *

Esta es también una manera de discutir: cada cual tiene la suya, determinada por el temperamento mucho más que por el criterio. Razon por la cual, las maneras son innumerables y diversísimas.

Es uno de los estudios más amenos y de los primeros que hay que hacer sobre los propios amigos.

Ved solo la reducida concurrencia de la sala azul del Círculo de la Independencia: es una corona de originales maravillosos.

Hay un profesor de botánica, un hombre tranquilo y dulcísimo, el cual tiene tal terror por las discusiones, por la dolorosa sacudida que dan á sus nervios de mujer histérica, que permite decir en su presencia los más intemperantes y provocadores despropósitos, aun en su ciencia, sin despegar los labios, por más que sufra interiormente las penas del infierno; ó si llega al extremo de no poderse contener, expresa apenas su parecer contrario, y visto que el amigo insiste, se dá en seguida por vencido

y no ya con ironía, sino con aire de convicción, humildemente, aquietando todavía con acariciadoras palabras, los últimos ataques del adversario y suplicándole que lo deje, con sonrisa contrita y amorosa.

El abogado, su primo, por el contrario, está tan convencido de ser un razonador extra-potente, irresistible, fulmíneo, que cuando os ha dicho:

—No soy de vuestro parecer,—levanta los ojos para ver si no sois todavía presa de temblor convulsivo; sonríe con una expresión de piedad infinita, á cada argumento que le opondis, como á una tentativa de insubordinación de un moribundo; vuelve sobre los amigos una mirada llena de estupor, que parece querer decir:

—¿Todavía respira?

Os dá con la mano golpecitos en la espalda con aire bondadoso, como para aseguraros que os perdonará la vida; y si os manteneis firme, os dispara, al fin, resentido, ahucando las palabras, su argumento decisivo; despues de lo cual, por caridad cristiana, rehusa absolutamente continuar ensañándose sobre vuestro cadáver. ®

Tiene un método de discusión no ménos curioso, ni ménos cómodo, su vecino, el ingeniero mecánico, el cual dice siempre la misma razón y la dice una sola vez, limpia y seca; después de lo cual se vuelve de espaldas, bebe su café, lee su periódico, se limpia las uñas, deja que vosotros os desgañiteis argumentando... No se digna dirigiros una mirada: solo repite de vez en cuando, á intervalos regulares, tranquilamente:

—¡Majaderías, majaderías, majaderías!

Hasta que desesperados de aquel sonsonete que os barrena la tapa de los sesos, le dejais, para no armar un escándalo: sin embargo, tiene en el nacimiento de la nariz una cicatriz antigua, que se dice producida por un tintero de bronce.

Los dos señores que están en frente de él, discuten por el contrario con un método singular que concilia admirablemente la franqueza y la cortesía: jamás se

da el caso de que monten en cólera: rebaten sus razones diciéndose uno á otro:

—Esto, déjeselo decir, es una borricada.

—Perdóneme: en todo caso será la de V.

—¡Bah! Eso es una barbaridad indigna de V.

Y así continúan disputando, con una graciosa soltura que hace imposible todo resentimiento.

Hay un periodista que vence á todos, pero con un sistema que se podría llamar del *cansancio*; sus discusiones son la historia del infinito; acaba con vosotros á fuerza de promesas y declaraciones; procede por vía de exclusion y cuando empieza á apretar el pulgar con dos dedos, podeis estar seguro que todos los diez de ambas manos seguirán el mismo camino quizá más de una vez. Os tiene una hora detenidos sobre un argumento cornudo; os lanza una imprecación cada vez que cometeis la imprudencia de interrumpirlo; hila la cosa tan larga, tan lenta, tan delgada con aquella su entonación cadenciosa de relator de Audiencia que termina por obligaros á que os deis por vencidos para daros el placer de no tenerle que escuchar más.

También tiene gracia la manera de discutir de su *alter ego*, el agente de cambio, si no tuviera el furor indomable de los parangones materiales: hablando, busca continuamente con las manos algun-

argumento de demostración palpable: pone las monedas en fila, en la mesa; dibuja una figura geométrica sobre la targeta; pone derechos, uno delante de otro, dos libros; levanta dos sillas, se hace traer objetos por los vecinos, obliga al adversario á colocarse en cierta posición, y lanza fuera semejanzas tan inesperadas, tan complicadas y difíciles, que permanecéis delante de él sin atreveros á consentir ni á contradecirle, como en la presencia de un prestidigitador que hiciera ante vosotros un juego que no comprendiéseis.

Pero el más formidable de todos es el joven empleado de la *Bacófila*; un contrabandista, un verdadero monedero falso de la discusión; combate en todos los campos de lo posible, provoca á todos aun en las materias de su propia profesión, suelta anacronismos rancios con cara imperturbable, os detiene la palabra en la boca, se desdice, inventa citas, fabrica testimonios, *niega* siempre, no *concede* nada, no *distingue* jamás, os aturde con argumentos de bastón, hace frente á diez adversarios, de los que, uno sólo, bastaría á destrozarle; se levanta más temerario á cada revolcon, vocea desde las nueve hasta media noche, y no cede.

Por fin el decano de la compañía, un viejo filósofo, el hombre más manso del mundo, algunas

veces, mientras aquel habla, se pone á palpar de cierta manera inquietante, la gruesa botella de cristal que siempre tiene delante.

Este parece verdaderamente el más sábio de todos. De una vasta y larga experiencia de las discusiones, ha deducido una série de máximas prácticas, que le oí repetir una tarde, con mucho cariño á un sobrino jóven, salido un poco escandalizado de una disputa furiosa, á la que había asistido, entre los amigos de su tío.

—Discutiendo con los amigos—le decía,—no expresar jamás tu juicio en forma irrefutable.

Busca exponer tus opiniones sin combatir de frente las del adversario, de modo que la discusión proceda casi como dos soliloquios interrumpidos y alternados.

No responder inmediatamente á las razones que te opone el amigo irritado: piensa ó finge que piensas: no hay cosa que sirva mejor á apaciguarlo y á mantener la discusión sobre la línea recta.

Cuando el amigo levanta la voz improvisada-

mente, baja repentinamente la tuya: es una advertencia eficaz que lo refrena más que todas las palabras.

Gesticula lo ménos que puedas y pon las manos en los bolsillos en los momentos de mayor animación, porque lo que dicen las manos es muchas veces más irritante que lo que dicen los labios.

A la primer salida que haga el amigo irritado lanzándote una palabra maligna, responde con mayor bondad que antes, mostrando, sin embargo, que has comprendido la palabra: si es un caballero, pronto buscará modo de desdecirse dignamente.

Cuando veas que la discusión está en un terreno peligroso para la amistad, deténla bruscamente con una palabra resuelta, confesando abiertamente por qué la rompes de aquel modo, que es la única razón aceptable y conciliadora.

Cierra delicadamente la discusión en que resultes victorioso, cuando leas en la cara del amigo que persiste en disputar solamente porque no sabe cómo salir de la discusión.

No discutir jamás con quien, por insuficiencia de inteligencia ó de conocimientos, te obliga á hacer razonamientos de munición, de los cuales te avergüenzas.

No aceptar jamás una discusión á que te provoca un amigo de mal humor.

No disputar en presencia de gente que te vea por primera vez.

No empeñarte en una discusión ardiente con quien es mucho más viejo ó mucho más jóven que tú.

No disputar sobre una obra de arte con quien la ha hecho.

No disputar con el amigo, en presencia de una señora á quien quiera gustar.

Evita las disputas con amigos en tu casa.

No discutas sobre la inmortalidad del alma despues de la comida.

Y en toda discusión, ten presente estas tres PPP: perdonar, ponderar, poner á prueba la paciencia.



A TRAVÉS DEL MUNDO



DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

No aceptar jamás una discusión á que te provoca un amigo de mal humor.

No disputar en presencia de gente que te vea por primera vez.

No empeñarte en una discusión ardiente con quien es mucho más viejo ó mucho más jóven que tú.

No disputar sobre una obra de arte con quien la ha hecho.

No disputar con el amigo, en presencia de una señora á quien quiera gustar.

Evita las disputas con amigos en tu casa.

No discutas sobre la inmortalidad del alma despues de la comida.

Y en toda discusión, ten presente estas tres PPP: perdonar, ponderar, poner á prueba la paciencia.

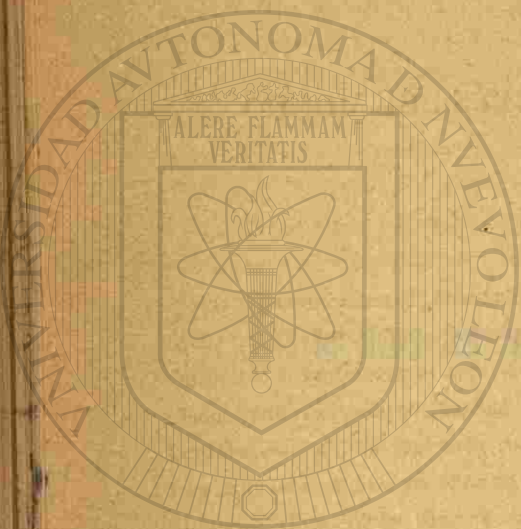


A TRAVÉS DEL MUNDO



DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO BETES"
 No. 1625 MONTAÑEY, MEXICO



A TRAVÉS DEL MUNDO



EMOS hablado hasta ahora de *nuestra* amistad.

Pero sobre la naturaleza y la forma de la amistad, pueden tan fuertemente la cultura intelectual, la educación, la profesión, el modo de vida, y el mundo en que se vive que casi puede decirse que cada clase social, cada orden de personas tiene una amistad propia.

La nuestra es tal vez la peor, y la mejor es, quizá, la de la gente sencilla é ignorante.

Nosotros nos escudriñamos, nos atormentamos demasiado los unos á los otros; y esto no es amistad como el razonamiento no es poesía.

Hacemos subir el corazón al cráneo y bajar el cerebro al puesto del corazón: matamos la amistad para ver cómo está hecha.

Veamos los campesinos.

En muchos puebl'os no tienen siquiera la amistad, y no la dicen jamás.

Entre amigos no se analizan, no se miran casi á la cara; no cambian juicio uno sobre otro, sino cuando interviene un hecho grave; no conocen las infinitas pequeñas torturas que nosotros nos infligimos unos á otros y que vuelven áspero nuestro corazón.

El placer de conversar entre ellos, de repetirse mil veces la misma cosa con las mismas palabras, no está casi nunca turbado por un disentimiento de ideas.

Recaban de la amistad ménos placer que nosotros, pero también ménos amarguras. O no son amigos, ó son amigos tranquilos é iguales.

No se fatigan recíprocamente el corazón y la cabeza como nosotros hacemos: reposan, duermen, por así decirlo, en la amistad.

Veamos los obreros de la ciudad, los jóvenes principalmente: son amigos sin refinaciones; pero hay en su amistad cierto rudo sentimiento caballeresco que es muy raro en nuestras amistades de gente educada.

Casi siempre, en las disputas, el uno considera como hechas á sí las injurias hechas al amigo; se sostienen ciegamente, se convierten en paladines jurados uno de otro, se defienden recíprocamente, ab-

primer impulso, muchas veces con riesgo de la piel, sin creer que hagan una acción de amigos heroicos, por puro deber de camarada, por cierto sentimiento que tienen de la amistad, sencillo y generoso en su tudeza, no refrenado por la reflexión.

Veamos los soldados: aquellos quintos de una misma provincia, pobres y analfabetas que se encuentran en una gran ciudad nueva, en el mismo regimiento y en la misma compañía, aturdidos por la nueva vida y por el nuevo mundo en que han sido arrojados como de un empujon.

Se buscan y están juntos en todos los momentos libres, la mayor parte de las veces sin hablar.

El domingo dan un largo paseo silenciosos por las afueras de la ciudad; no tienen ninguna idea que cambiarse; por la noche miran juntos desde la ventana, fantaseando las grandes calles de la ciudad que se ilumina.

Y cuando uno está en el hospital, el otro gasta sus dos sueldos de paga para llevarle dos naranjas.

No se hacen protestas de amistad, no se llaman, ni siquiera saben que son amigos. Sin embargo, son mucho más verdaderos y buenos amigos que nosotros, para quienes la amistad es un pensamiento, un trabajo del corazón y un objeto de conversación continuo.

Pero para nosotros ¿qué es?

También en las clases llamadas cultas hay gran número de personas, en la vida de las cuales la amistad no tiene más que poca ó ninguna parte.

No la tiene desde luego en el corazón de toda esa juventud devorada por la ambición, no por la gloria pero sí por el poderío del lustre social, fervorosamente ardiente de llegar pronto, la cual desde los bancos de la escuela, converge meditadamente todos sus esfuerzos y lo hace servir todo á un mismo fin, poniendo la "carrera" por encima de todos sus ideales y los afectos, bajo todo lo demás.

No tienen siquiera idea de la amistad los avaros, al ménos durante el período agudo de su fiebre (pasado el cual y conseguida la riqueza, algunos vuelven al sentimiento de los afectos tiernos), sea porque el furor de enriquecerse destruye toda delicadeza del corazón, sea porque la pasión del dinero, hace al hombre presa de las peores pasiones humanas y

lo presenta bajo un solo aspecto que no puede inspirar más que aversión y desprecio; y los avaros efectivamente desprecian á los hombres.

No hace gran caso de la amistad la juventud elegante y galante, porque las mujeres absorben sus sentimientos y todo su corazón y la rivalidad en la galantería es la que divide más profundamente á los hombres; no somos amigos, como dice Leopoldi, más que hasta los dineros y las mujeres.

No busca y no cultiva la amistad, aquel gran número de hombres, para los cuales la vida es un problema fatigoso y difícil de cada día, que ocupa todos sus pensamientos y les hace tocar con la mano continuamente la dureza y el egoísmo de los propios semejantes.

Tampoco existe la amistad para aquella gente que la enfermedad ó una tristeza natural invencible condena á la soledad; como para los muchos que viven recogidos y casi suspendidos por encima del mundo como la barquilla de un globo aereostático inmóvil, en el amor maniático de un arte ó de una ciencia que llena toda su existencia; como para una multitud innumerable de bribones sin alma y sin corazón.

Y en fin, hay una clase de hombres que no saben qué cosa sea la amistad, porque no tienen

tiempo de pensar en ella; hombres que no viven un momento fuera de los propios negocios y de la propia familia; que estrechan la mano á un amigo, á mucho tirar, una vez al mes, en medio de la calle, mirando al reloj, para los cuales la amistad es una especie de lujo del corazón, bueno para los célibes desocupados, para los estudiantes y para la gente que se divierte; una cosa extraña y lejana confinada entre los recuerdos de su primera juventud junto con los de la poesía y del amor.

A todos estos, un libro sobre los amigos debe hacer el mismo efecto que un libro sobre los seletitas.

¿Los amigos? ¿Cuáles? ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Qué se puede decir de ellos?

*
**

Fuera de estos, también, hay ciertos órdenes de personas que tienen verdaderamente una tendencia particular á la amistad, ó mejor dicho á ciertas formas de la amistad, diversas entre ellos, á no ser por un fondo comun de superficialidad y fragilidad.

Por ejemplo, todos los que viven en condiciones iguales, sujetos á una misma disciplina y á ciertos superiores comunes: estudiantes, empleados, oficiales.

El tener que quejarse de las mismas cosas, de morder y destrozar á los mismos superiores, es lazo fortísimo.

Una gran parte de los malhumores desfogados contra quien está por encima, hace más fácil la buena armonía entre colegas; además que al verse con frecuencia sin poderse hablar, contribuye en mucho á tener viva la amistad.

Las amistades entre oficiales son tal vez las más

alegres y las más placenteras de todas, precisamente porque su disciplina es más estrecha y los superiores más duros.

Los artistas, por el sentimiento poético que tienen de la vida y por aquella infinita fuente de conversación que tienen comun, son muy inclinados á la amistad entre ellos; son tal vez la clase en que se encuentra mayor número de parejas de amigos que goza verdaderamente los placeres de la amistad.

Pero existe el gran peligro de los celos.

Para ser buenos amigos, es preciso que profesen artes distintas; escultores y pintores, por ejemplo; ó al menos géneros diversos: pintores de figura y pintores de paisaje.

Es difícilísima la amistad entre paisajistas; más difícil entre poetas; más fácil entre un poeta y un novelista, siempre que el poeta no escriba poemas narrativos.

Son buenos amigos entre sí por lo general, todos los que trabajan mucho, con pasión y con provecho y que tienen poco tiempo para dedicarse unos á otros, porque en aquel breve tiempo se encuentran casi siempre en un estado de ánimo favorable para la amistad, satisfechos del trabajo propio, vibrantes, fecundos, ajenos á los contrastes; y despues que se han dejado se olvidan uno á otro, no tienen tiempo para

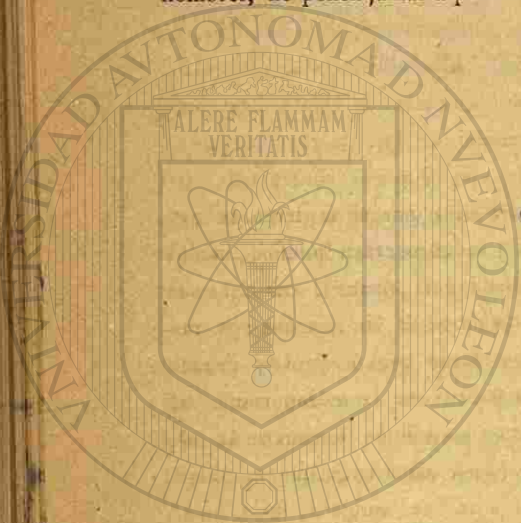
volverse á acordar de los discursos oídos, ni para hacer la anatomía del amigo visto.

El ócio es el peor enemigo de la amistad.

Son aficionados, generalmente, á la amistad, los "hombres de ingenio" los habladores agudos y brillantes, que fundan sobre esta cualidad todo su orgullo; porque en medio de los amigos encuentran su satisfacción más viva y ménos contrastada; hay muchos celosos entre ellos, porque se sirven de estímulo unos á otros: se encuentran infelices cuando deben faltar una tarde á la tertulia, como artistas obligados á faltar la noche de su beneficio; y muchos, nacidos para hacer grandes cosas, pagados por aquel pequeño triunfo que reportan cada día en medio de los amigos no levantan más alta su ambición y no hacen nada de bueno en toda su vida.

Sostienen la amistad y son amigos, no profundos, pero fáciles en compensación y casi siempre contentos (cuando se encuentran juntos en edad madura y han renunciado á las mujeres), los llamados *hombres de mundo*, ó mejor *del buen mundo*, precisamente porque no tienen necesidad del amigo, sino de los amigos; á los cuales no piden más que cortesía, y saben conseguir aun de los conocimientos superficiales, ciertas satisfacciones que suelen dar á veces las amistades in-

timas, y jamás se disgustan de la amistad, porque jamás reciben desengaños, porque conociendo á los hombres, no ponen jamás á prueba la amistad.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*
* *

Tienen el sentimiento vivo de ella, pero á su manera, los bebedores y todos los gastrónomos, cuando son razonables y están sanos; porque la amistad es el condimento indispensable de su vicio, y una vez trabada amistad, se consideran unos á otros y es raro que se separen, sea porque en la pasión común se recomponen fácilmente los ánimos despues de la lid, sea porque saben todos por experiencia que es difícil encontrar su sucesor á un buen amigo de mesa, en el cual se requiere cierta medida en el vicio, cierto grado de libertad, y determinada filosofía.

Son fáciles para la amistad entre ellos casi todos los hombres que dan que hablar mucho de sí, y que tienen sobre ellos los ojos del público; no tanto por efecto de simpatía recíproca, porque en casi todos los hombres célebres la guerra feroz de los individuos acaba por paralizarles poco ó mucho las fibras afectuosas del corazón; sino porque en su amistad, toman

lustre unos de otros y esconden los celos recíprocos y esperan confundir así en un solo ejército defensor á sus devotos.

Muchas amistades inalteradas y sólidas, pero de una naturaleza especial, que se podría llamar "amistad del cerebro" se encuentran entre la gente que aun no teniendo ingenio extraordinario, tiene el hábito de pensar y de razonar, y originalidad de ideas y curiosidad intelectual viva y continua: entre estos, el razonamiento tranquilo, el comercio de pensamientos, el trabajo mental hecho en comun, basta á alimentar la amistad, sin que intervenga el sentimiento; se encuentra especialmente entre los cultivadores oscuros y apasionados de ciertas ciencias, entre los bibliomanos, entre los estudiosos solitarios de idiomas, entre enciclopedistas de afición, numerosos en las grandes ciudades.

Tienen la amistad fácil entre ellos, los hombres de corazón frío, una amistad fría, ya se comprende, pero duradera; porque precisamente pretenden poquísimos unos de otros y no tienen entre sí, aquellas grandes razones de contrastes y de sinsabores que es la diferencia de los afectos: además que se comprenden pronto unos á otros al primer encuentro, mucho más profundamente que las naturalezas afectuosas, y no tienen necesidad, como éstos, de poner

se á prueba para ver si el fondo de sus caracteres corresponde á las apariencias.

Se encuentran tambien muchas amistades tranquilas é iguales en cierta categoría indefinible de personas oscuras, mediócras, humildes, tímidas que se mueven en la sociedad con la punta de los piés, con cuidado, apretándose para ocupar poco puesto, privados de ideas y de pasiones, limitadas á sus pequeños afectos y á sus insignificantes placeres; amistades modestas como ellos, sin rivalidad, sin impaciencia, sin sacudidas, que se festejan una vez á la semana con una taza de café ó con un paseo por el campo, y no recuerdan en diez años más que un enfriamiento de dos ó tres días, por una discusion sobre la hora, ó el mal humor de una tarde por una partida de dominó dejada á la mitad.

Amistades de infusorios sociales.

Pero el mundo moral es infinito y nosotros no vemos más que muy confusamente todo lo que está más allá de los confines de nuestro sistema.

¿Quién sabe lo que será la amistad entre los hombres en el fondo de aquellos abismos de oprobio y de desventura, á los cuales nos asomamos apenas con el pensamiento, horrorizados?

Quisiéramos ver cómo nace este sentimiento, qué pensamientos inspira, qué palabras dicta entre ciertos monstruos de maldad que se afeccionan uno á otro, á su manera, en la abyeccion de los calabozos y las cuadras del presidio; entre ciertas víctimas de la injusticia humana, relegadas del mundo, á las cuales no resta otro consuelo sobre la tierra que la estimacion ó la benevolencia de un hombre; entre aquellos prisioneros de Estado que languidecen durante quince años en dos calabozos vecinos, hablándose desde las ventanas y escribiéndose con sangre, que vuelven juntos á la libertad y á la fa-

milia; entre ciertas personas caídas desde la riqueza en la miseria, que se ganan el pan, una junto á otra, con un trabajo de ilota, á diez mil leguas de la pátria, sólo, enfermos, despreciados, sin el consuelo siquiera de una esperanza; entre ciertos hombres que se encuentran juntos en medio de los horrores de un naufragio y permanecen durante dos días frente á frente, locos de terror, aferrados á la misma tabla, en la soledad inmensa del mar; entre ciertos viejos.... entre dos viejos, decrépitos, ciegos, reducidos á forma apenas humana, que he visto durante muchos meses desde la ventana de una quinta, allá abajo en el jardín del Hospicio de los pobres, sentados todos los días sobre el mismo banco, al sol, apartados de los demás é inmóviles, durante horas y horas, con los codos sobre las rodillas y las cabezas juntas, dos pobres sacos de huesos, animados sólo por una chispa y sumergidos en una oscuridad inmensa y eterna, despues de una larguísima vida de miseria....

¿Será amistad la que les tiene juntos? ¿La habrán expresado alguna vez? ¿Quién sabe!

Tal vez ninguno de los dos ha pronunciado jamás en su vida aquella palabra y son amigos más sinceros que Schiller y Goethe.

*
* *

Pero una de las más singulares condiciones en que se pueda encontrar un hombre respecto á la amistad me parece aquella en que se encuentran los reyes.

Y tambien la condicion en que se encuentran los médicos.

Los reyes están en la peor y los médicos en la mejor condicion de todos.

¿Qué amigos pueden tener los reyes, cuando no existe amistad verdadera sin libertad y sin igualdad?

¿Qué podrán ser sus amistades, sin eleccion, sin *tú*, sin reciprocidad ni confianza?

¿Con qué amigos pueden desahogar sus disgustos de familia?

¿Cómo pueden estar seguros de la verdad de la risa, cuando dicen una broma, ó de la sinceridad de la aprobacion, cuando hablan?

¿Qué cosa más extraña no haber sentido nunca sobre el hombro la mano de un amigo, no haber

sido nunca el objeto de una burla, no haber recibido jamás una carta llena de bromas, no haber dado jamás cuatro pasos por la calle cogidos del brazo de un compañero, no poder buscar al amigo á quien se quiere; no haber oido, no poder oir jamás, en la vida, la voz de un hombre que les diga:

—¿Cómo vá, amigo mío?

Los médicos por el contrario; son respecto á la amistad los hombres más afortunados del mundo; entran en nuestras casas, aun la primera vez, como amigos antiguos; todos confiamos á ellos algun secreto; los esperamos como ángeles salvadores; interrogamos su rostro como á un oráculo; les encontramos, por poco que lo sean, extraordinariamente amables y buenos; nos inclinamos á atribuir á su ciencia aun los beneficios que debemos solamente á la naturaleza, porque el creer que un hombre nos ha salvado la vida, nos dá un concepto consolador del poder humano y nos hace mirar con corazon más seguro los peligros del porvenir; profesamos por ellos, aun cuando sean coetáneos nuestros un respeto particular que la gratitud cambia fácilmente en reverencia; les colocamos naturalmente por encima de nosotros, revelándoles nuestros vicios, nuestra pusilanimidad, nuestros dolores, nues-

tras miserias; aceptamos humildemente sus reproches, soportamos con paciencia sus durezas, buscamos de todos modos conservar su afecto, y cuando nos han curado una vez, lanzamos su nombre á los cuatro envitos y decantamos su ciencia en todos los tonos con un ardor de gratitud que no expresamos por ningun otro beneficio, aun más positivo, recibido de otro amigo, aun cuando sea cien veces más amigo.

Y en efecto, creemos firmemente que no reúne ninguna otra clase de persona tantas amistades afectuosas y sólidas como los viejos médicos reúnen entre sus clientes antiguos.

Pero todo bien considerado, la clase que dá mejores parejas de amigos, es sin duda la de los jóvenes de veinte años, buenos, libres, calaveras, sin un cuidado en la cabeza, ni un céntimo en el bolsillo.



ÍNDICE

El reverso de la medalla.....	3
Cómo nacen las amistades.....	25
Cómo se rompen.....	61
En el campo.....	103
La maledicencia.....	117
El último saludo.....	193
Las discusiones.....	221
A través del mundo.....	273



